

MINISTERIO
DE CULTURA



Año VII - N.º 1-2

Enero-febrero 1939

¡PROLETARIADOS DE TODOS LOS PAISES, UNIOS!

LA INTERNACIONAL COMUNISTA

(Órgano del C. E. de la I. C.)

Aparece en español, ruso, alemán, inglés, francés y chino

EDICIONES EUROPA-AMERICA
Sección española del BUREAU D'EDITIONS
Paris-México-Nueva York

SUMARIO

	<i>Pág.</i>
La herencia de Lenin	3
 <i>LOS PROBLEMAS DEL DIA</i>	
«...Y dejarán de ser libres...»	15
Los resultados de la Conferencia de Lima	17
La lucha por la democracia en Cuba	22
El pueblo chino no se dejará engañar por frases falaces	26
Tom Mooney y los cazadores fascistas de hombres	30
La alianza contra los pueblos.....	33
Un pogromista de sotana	35
El camino de los bolcheviques	39
K. FUNK : Las reivindicaciones coloniales del fascismo alemán	49
P. VIDAL : El Congreso nacional del Partido socialista francés	59
ROSA MICHEL : El Frente Popular en Francia no ha muerto	72
 <i>EN EL PAIS DEL SOCIALISMO</i>	
A CLAIRE : La esencia del patriotismo soviético	77
 <i>LA HEROICA LUCHA DEL PUEBLO ESPANOL</i>	
Por la defensa de Madrid	88
 <i>CRONICA DE ACONTECIMIENTOS</i>	 95

Editorial

✓ La Herencia de Lenin

Hace quince años moría el hombre que transformó el mundo como nadie lo había hecho hasta entonces, acercando a la humanidad a la realización de sus sueños más audaces : Vladimiro Ilich LENIN.

Las masas humanas se aglomeran ante el mausoleo del gran maestro, en Moscú, para ver el rostro del que sobrevive eternamente en su obra, en la doctrina revolucionaria que nos ha legado, en las realizaciones de la Revolución socialista triunfante cuyo jefe fue, en el potente Estado socialista fundado por él, en el incomparable Partido bolchevique que ha forjado, en los férreos cuadros, con Stalin a la cabeza, que ha animado con su espíritu, en la Internacional Comunista en la que ha unido a los obreros más avanzados de todos los países ; en fin, en el movimiento obrero internacional, al que ha infundido vigor e impulso con su doctrina y con su ejemplo.

La obra de Lenin continua viviendo en las luchas y en las victorias de la clase obrera, en el incontenible desarrollo del socialismo. *La figura de Lenin* sigue viviendo en los corazones de los combatientes de la libertad, en las leyendas y canciones de los pueblos, en las que él encarna la lucha por la libertad. *El símbolo de Lenin* continua viviendo en los bolcheviques, de quienes Stalin exige

«que sean hombres políticos tan lúcidos y tan precisos como lo era el propio Lenin ; que sean tan intrépidos en el combate, tan implacables como él con los enemigos del pueblo ; que sean refractarios a todo pánico y a toda sombra de pánico cuando las cosas comienzan a complicarse y se dibuje en el horizonte cualquier peligro ; que sean tan refractarios a toda sombra de pánico como lo era el mismo Lenin. Que cuando se trate de resolver problemas complejos, que requieran un estudio profundo y obliguen a tener en cuenta todos los inconveniente y todas las ventajas, se muestren tan prudentes, tan ponderados y reflexivos como el propio Lenin ; que sean siempre tan veraces y tan honrados como era Lenin ; que amen a su pueblo como el lo amaba.» (*)

En las páginas de la historia, se han inscrito los nombres de muchos jefes revolucionarios, pero de todos ellos, sólo Lenin ha sabido aunar perfectamente en su persona la teoría y la práctica, la doctrina y la

(*) J. STALIN, *Un diputado soviético*, Ed. Europa-América 1938, pág. 13.

vida, la más audaz visión del porvenir y la más completa organización del presente. Su vida y su causa estuvieron indisolublemente unidas. Ni su peor enemigo ha podido hallar en la vida de Lenin, una palabra o un acto que no fuesen de una claridad absoluta. Lenin era un hombre de una pieza ; era un todo, como el Partido formado por él a su imagen y semejanza. La vida de Lenin es un tema del que nada puede sacar el biógrafo vulgar, preocupado por la psicología y cuyo interés se despierta sólo ante las contradicciones interiores de una personalidad. No tiene más remedio que inclinarse ante la grandeza, la unidad, la rectitud incomparable de esta vida. Aquí, no hay nada que «descubrir» ; todo está tan claro como la Revolución de Octubre o tan incomprehensible y tan insondable — para los observadores burgueses — como la Revolución proletaria.

Esta Revolución, la transformación y la reconstrucción de todas las relaciones sociales, prevista y justificada científicamente por Marx y Engels, era considerada por Lenin como una tarea política inmediata. Hasta en los problemas aparentemente nimios de la vida cotidiana, de la organización, de la prapaganda, distinguía *los elementos de la revolución que comenzaba á madurar*. Nada escapaba a su atención y en el más pequeño arroyo reconocía una parte de la gran corriente que arrastra el pasado y trae el porvenir. Estudió con el mayor realismo todos los problemas de la lucha revolucionaria. Para él, la revolución proletaria, el derrumbamiento del capitalismo, la victoria del socialismo, no fueron nunca un sueño vago, sino un objetivo real, concreto, inmutable, del movimiento. En franca oposición con los «políticos realistas» reformistas, que profesaban la cómoda opinión del tránsito pacífico al socialismo, la potente política realista de la Revolución creó un partido capaz de conducir a la victoria de la Revolución. Para él, *la revolución fué la realidad, el hecho supremo*, y precisamente por eso fué más capaz que ningún otro de apreciar friamente cada situación y de darse cuenta de una manera precisa de todas las fuerzas en acción.

Hasta para los mejores jefes de la Segunda Internacional, el objetivo del movimiento, la revolución proletaria era cada vez más nebuloso e indistinto. Hasta para hombres como Bebel, la revolución no era en fin de cuentas más que el «gran barullo», una catástrofe cada vez más lejana e incomprensible, algo así como un Juicio final, como un vago ocaso de los dioses del capitalismo, sin relación alguna con los problemas y las luchas diarias de la actualidad. Para Lenin; esa escisión entre la realidad sindical y parlamentaria, por un lado, y el « mito de la revolución », por otro, ese abismo entre la teoría y la práctica, era intolerable. Veía en ese abismo entre la teoría y la práctica el «rasgo más enojoso de la vieja sociedad burguesa»; para él, *la unidad de la teoría y de la práctica* era, precisamente, una de las características del marxismo. Los oportunistas que confundían su estrechez de espíritu con el sano sentido común, trataban al jefe de los bolcheviques de «soñador», lo cual suponía para ellos una sentencia sin apelación. Lenin fué todo menos un «soñador», aunque era capaz de tener sueños creadores. El mismo ha hablado de esto en términos inolvidables. Al explicar la necesidad de un órgano revolucionario para toda Rusia,

mostraba en su folleto *¿Qué hacer?* como ese órgano había de contribuir a organizar el Partido y a encender el fuego de la revolución. Y añadía :

«¡ Tenemos que soñar ! Escribo estas palabras y, de repente, tengo miedo. Me veo sentado en el «congreso de unificación» teniendo frente a mí a los redactores y colaboradores del *Rabocheie Dielo*. El camarada Martinof se levanta y me dirige la palabra con ademán amenazador : «¡ Permitidme ; ¿ Tiene derecho una redacción autónoma a soñar sin haberlo comunicado a los comités del Partido ? » Después, se levanta el camarada Kritchvski y... continúa, con un gesto aún más amenazador : «Yo voy más lejos. Os pregunto si un marxista tiene derecho a soñar...»

Véase en que términos contestaba Lenin al escritor Pisaref :

«Si el hombre estuviese totalmente privado de la facultad de soñar, si no pudiese adelantarse de vez en cuando al presente y contemplar con la imaginación el cuadro completo de la obra que se esboza entre sus manos, no puedo imaginarme el movil que podría impulsar al hombre a emprender y realizar tan vastos y tan fatigosos trabajos en el arte, en la ciencia y en la vida práctica».

Esta facultad del sueño creador que consiste en «contemplar con la imaginación el cuadro completo de la obra que se esboza entre sus manos», la poseía Lenin en alto grado. Esta facultad le permitía, no solamente percibir en su germen el desarrollo de la revolución, sino también reconocer en ese germen las últimas consecuencias de las desviaciones o de los errores políticos. Se opuso siempre con la mayor inflexibilidad a las alteraciones y a las falsificaciones del marxismo, incluso a las que parecían más insignificantes. Los liberales socialdemócratas estaban desconcertados ante la vivísima vigilancia del hombre que, en las desviaciones de hoy, veía las caídas de mañana o de pasado mañana. «Debes resistir al comienzo», decía un viejo filósofo. Lenin se oponía con implacable energía a los falsos comienzos, a los falsos principios, con objeto de alejar los peligros mortales del «cuadro único y acabado de la obra» de la revolución proletaria, de la realización del socialismo. Los vacilantes, los espíritus débiles, los oportunistas, se han quejado con frecuencia de la sinceridad brutal de Lenin. Lenin sabía, sin embargo, que la clase obrera no puede poner término a su misión gigantesca y casi sobrehumana más que no retrociendo ante ninguna verdad, criticando implacablemente las debilidades y los errores, desembarazándose sin compasión de todos los elementos podridos, enfermos o enemigos. Solo la crítica implacable y oportuna y la autocrítica pueden impedir que el virus del capitalismo envenene a la clase obrera y transforme las pequeñas rozaduras en peligrosos tumores. La acerada crítica de Lenin prestó grandes servicios al Partido y a cada uno de sus miembros. Esta crítica contribuía considerablemente a la atención de Lenin hacia el movimiento y hacia cada uno de los que a él consagraban sus esfuerzos. El hombre que se cuidaba de que los delegados de un congreso estuviesen bien alojados y alimentados, que se preocupaba afectuosamente de cada camarada, que odiaba a los «grandes hombres» que no se ocupan de las «cuestiones personales, de las preocupaciones y de las miserias de los cuadros del Partido», era el mismo que golpeaba con mano dura cuando se trataba de problemas de principio. El *cuidado de los cuadros*, de los hombres

y del movimiento es el mismo en Lenin. Lenin luchaba por cada uno de sus colaboradores tan apasionada, tan tenaz, tan infatigablemente como por la masa del pueblo; pero el afecto que sentía por un hombre cesaba en el mismo instante en que este hombre tiracionaba a la causa que era la vida de Lenin: el pueblo, la revolución y el socialismo.

Ninguna derrota pudo quebrantar su firmeza. Su vida hundía sus raíces en lo más profundo de las masas populares. (*Sólo el pueblo es inmortal*), ha dicho Stalin en un discurso a los jefes de las empresas. La vida de Lenin estaba henchida de esa inmortalidad del pueblo. Sabido es cómo Lenin sabía hablar a los obreros, a los campesinos, a todos los «anónimos» del pueblo, cómo les preguntaba y los sondeaba, cómo era insaciable de cuanto decían, cómo meditaba sin cesar sobre sus opiniones. Sabido es con qué atención, con qué paciencia aprendía de las masas el grand maestro de las masas; como contrastaba cuidadosamente sus planes a la luz de la experiencia de las masas. *Estaba completamente impregnado del pueblo*, era carne y sangre del pueblo. La inquebrantable firmeza de sus conocimientos teóricos, el estar convencido de la fuerza gigantesca de la clase obrera, de las masas, del pueblo, eran las bases de la firmeza de Lenin, que jamás se extravió ni conoció el pánico, la depresión ni el desconcierto.

Cuando todo vacilaba a su alrededor, él permanecía firme y señalaba el camino. Nadie comprendía tan bien como él el difícil arte de la retirada, del rápido cambio de frente que, no solamente salvan a las tropas, sino que crean los puntos de partida para los ataques próximos. La paz de Brest-Litovsk, el paso a la Nueva política económica, demuestran su dominio sin igual en el arte de iniciar oportunamente la retirada y de hacerlo de modo que ayudase a desarrollar las fuerzas de la nueva ofensiva. En tales situaciones, quedaban pocos inquebrantablemente a su lado; pero había uno de sus compañeros de lucha en el cual podía tener siempre una confianza absoluta: STALIN, su compañero y su igual. Lenin, tenía siempre más alientos que los enemigos de la revolución. Su paciencia revolucionaria, que siempre se oponía a los apresuramientos de los impacientes, obtuvo siempre la victoria. Pero Lenin sabía también que, a veces, el resolver una situación revolucionaria no es una cuestión de años, sino de días o de horas. Para los revolucionarios, las normas del tiempo son muy distintas de las del calendario. El maestro de la paciencia revolucionaria exclamaba en Octubre de 1917: «¡El éxito de la revolución rusa y de la revolución mundial depende de dos o tres días de combate!» Todos saben cómo ejerció entonces presión sobre el Partido, cómo lo impulsó hacia adelante, cómo explicó a sus camaradas la forma en que, en pocos días, se deciden decenas de años de historia. Lenin, con inaudita paciencia, había dedicado toda su vida a preparar dicho instante y cuando este instante se presentó, su extraordinaria rapidez consiguió la victoria. La política realista de Lenin estaba constituida por la mayor sensatez y la más extraordinaria audacia; estaba llena de reflexión prudente; consistía, también, en saber asestar golpes decisivos.

En Lenin, el tipo del jefe revolucionario de masas, había llegado

a la perfección. Creía más que nadie en las masas, en su instinto revolucionario, en su fuerza creadora revolucionaria. Pero jamás hizo de las masas un mito, ni dijo nunca que las masas fuesen infalibles. Sabía que las masas pueden extraviarse, que es necesario señalarles con paciencia los errores que cometen, ayudarlas, enseñarlas sobre su propia experiencia a deshacer los errores, los prejuicios, las concepciones retrógradas, y a transformar el sentimiento revolucionario en conciencia revolucionaria. Sabía que las masas necesitan una fuerza que las guíe, que las oriente, que las dirija y que los movimientos espontáneos fracasan infaliblemente, que los movimientos de masas no triunfan si no hay una fuerza que los guíe, los oriente y se ponga a su cabeza. Esta fuerza es el Partido que Lenin forjó, *el Partido único y revolucionario del proletariado*, formado por *los elementos maduros y conscientes de la clase obrera*. Este Partido necesita también una dirección, un grupo dirigente en que estén los elementos más capaces, más sólidos, más entregados al Partido. Jefe de este grupo dirigente será el hombre más capacitado, más firme, el que tenga más fuertes vínculos con las masas. Este jefe fué Lenin. Hoy, es Stalin. Se presentan continuamente situaciones en que el poder de las masas y las necesidades del momento se encarnan en *un solo* hombre; en que la claridad de juicio, la audacia, y la resolución de *un solo* hombre imponen la decisión. Un jefe de este tipo fue Lenin. Hoy, lo es Stalin. El jefe proletario de las masas no se atrincheró detrás de las decisiones puramente formales, con objeto de evitarse responsabilidades; por el contrario, tiene la conciencia de ser el cerebro de las masas, su voluntad concentrada, su conciencia despierta. No adula nunca a las masas, no se embriaga jamás con la autoridad que éstas le confieren, pero sabe que ellas constituyen el suelo en que está arraigado, y del cual extrae sus fuerzas. Para él, los hombres de su Partido no son jamás una «escolta», sino los miembros iguales de un todo, de una comunidad de hombres soldada, no por la obediencia, sino por la identidad de las convicciones. Lenin fué un jefe así. Hoy, lo es Stalin.

Profundamente compenetrado con las masas, imbuido de la fuerza elemental del pueblo, Lenin fué a la vez *el pensador más grande y más audaz que la historia ha producido desde MARX y ENGELS*. Lenin no sólo ha continuado el marxismo en toda su pureza e integridad, no sólo lo ha *defendido* contra todos que lo falseaban y lo vulgarizaban, sino que lo ha *hecho avanzar y lo ha desarrollado*. Lenin ha recalcado siempre que «sin teoría revolucionaria no puede haber movimiento revolucionario». Ha subrayado siempre la *inmensa significación de la teoría*, de la teoría revolucionaria exacta, concienzudamente contrastada por la experiencia. Al oponerse ardorosamente a los que sólo eran rutinarios o dogmáticos, ha defendido no la letra, sino el espíritu del marxismo. Mientras que los revisionistas oportunistas «revisaban» las verdades fundamentales del marxismo porque no les convencían, porque les parecían «inoportunas», mientras los kautskianos y demás centristas se refugiaban en la letra del marxismo e intentaban sustituir el espíritu por la letra, Lenin, concretaba, basándose en los nuevos hechos, en las nuevas experiencias, la doctrina de Marx y de Engels, cuando las nuevas experiencias y los nuevos hechos permitían hacerlo. Marx y Engels previeron, indudablemente, la *época del capitalismo en*

descomposición del imperialismo, pero no la vivieron. Lenin ha definido el imperialismo como el «capitalismo agnizante), como la última fase del desarrollo capitalista, como la «víspera de la revolución socialista». Ha demostrado el carácter parasitario del poder extremo del capital monopolista, la espantosa agravación de todas las contradicciones inherentes al capitalismo, las diversas tensiones que conducen a explosiones guerreras y revolucionarias. He aquí los elementos característicos del imperialismo: la agravación de las contradicciones entre las clases dominantes y el imperiolismo, la agravación de las contradicciones entre los dueños de las colonias y los pueblos coloniales, la agravación de las contradicciones entre los Estados imperialistas que mantienen una furiosa lucha por un nuevo reparto del mundo. El capitalismo se ha extendido a todos los países del mundo y se ha transformado en un *sistema mundial*. El sistema mundial del capitalismo está maduro para la revolución. Las bases esenciales de la revolución se derivan, no del grado de madurez de las relaciones económicas en tal o cual país, sino del conjunto de la correlación de fuerzas en cada país. Justamente en los países poco desarrollados económicamente, en los países en que subsisten vestigios de feudalismo y donde la burguesía es más débil que en los demás, puede estallar antes que en los demás la revolución y conseguir la victoria. En varios países o en *un solo* país donde haya estallado la revolución proletaria, la clase obrera puede construir el socialismo aliándose a las masas campesinas, mientras en los demás países sigue en pie el capitalismo. Este resultado a que ha llegado Lenin, brillantemente confirmado por el triunfo del socialismo en la Unión Soviética, va más allá de lo que enseñaron Marx y Engels. Estos tenían que admitir, dada la etapa en que se hallaba en su tiempo la evolución del capital, que la revolución proletaria empezaría estallando al mismo tiempo en todos los países capitalistas progresivos; que, en todos esos países, la clase obrera construiría al mismo tiempo el socialismo. Teniendo en cuenta los nuevos hechos, Lenin rectificó este punto de vista, y ya en 1915 afirmó lo siguiente en su artículo «Sobre la consigna de los Estados Unidos de Europa»:

«Pero, como consigna independiente, la consigna de los Estados Unidos del mundo no tiene justificación; en primer lugar, porque se confunde con la misma idea del socialismo y además, porque esa consigna puede dar lugar a interpretaciones falsas, porque algunos podrían creer en la imposibilidad del triunfo del socialismo en un solo país y equivocarse acerca de las relaciones previsibles de este país con los demás.

«La desigualdad del progreso económico y político, es ley inmovible del capitalismo. De donde hay que deducir que el socialismo solo puede empezar triunfando en algunos Estados capitalistas solamente, e incluso en uno solo.» (*)

Basándose en las nuevas experiencias, Lenin rectificó una nueva tesis de Marx y Engels. Teniendo en cuenta el grado de evolución política de su época, Marx y Engels hubieron de admitir que la dictadura del proletariado se desarrollaría bajo la forma de la República democrática y que la clase obrera construiría su dictadura sobre la base del parlamentarismo. Marx y Engels señalaron, sin ningún género

(*) LENIN, *Contra la corriente*, Ed. franc., t. I, pág. 139.

de dudas, que la Comuna de París había creado nuevas formas de Gobierno por el pueblo, en las que por primera vez, aunque de una manera imperfecta, adquiría cuerpo la dictadura del proletariado. Sin embargo, durante la revolución de 1905, nacieron en el propio seno de las masas nuevos organismos, altamente democráticos, de la voluntad de las masas : los *Soviets*. Lenin comprendió al punto la inmensa importancia política de estos organismos de masas, que eran incomparablemente más democráticos que cualquier Parlamento. Vió en los *Soviets* los instrumentos futuros de la dictadura proletaria, las organizaciones más amplias, más poderosas, más directas, más democráticas y con grand autoridad entre todos los oprimidos y explotados, es decir, por consiguiente, entre las más amplias masas populares. Vió en el poder de los *Soviets*

«no solo una forma superior de las instituciones democráticas... sino también la única forma capaz de asegurar el tránsito lo más incruento posible al socialismo.»

Manteniéndose dentro del espíritu de Marx y Engels que veían en la dictadura del proletariado la piedra angular de su doctrina, Lenin fue más allá de sus tesis y dio a la dictadura del proletariado una realidad sólida y duradera bajo la forma del Poder Soviético.

Mientras los reformistas de todos los matices abandonaban la doctrina de Marx y Engels o la transformaban en un dogma rígido, en un objeto inerte de museo. Lenin lo consideró siempre como un «método de acción» y lo mantuvo en la sublime plenitud de su vida. Una doctrina no puede vivir más que en continuo desarrollo. El marxismo vive hoy porque se ha desarrollado en la doctrina del marxismo-leninismo.

Continuando y desarrollando el marxismo, Lenin desarrolló la teoría del imperialismo como capitalismo en descomposición, «agonizante», como la «vispera de la revolución socialista». Refutó contundentemente la teoría oportunista de la «espontaneidad», teoría según la cual la misión del Partido consiste en seguir el movimiento «espontáneo» de la clase obrera, y puso de relieve el *papel dirigente de la vanguardia proletaria, del partido revolucionario de la clase obrera*. Explicó con claridad que el movimiento obrero no conduce por «sí mismo» al socialismo, que la conciencia de clase política no se desarrolla por sí misma partiendo de las luchas económicas de la clase obrera, que la conciencia de clase política no se desarrolla de «dentro afuera», sino que hay que elevar a los obreros a la conciencia de clase política, «fuera de la lucha económica, fuera de la esfera de las relaciones entre obreros y patronos». Lenin desarrolló la teoría que Marx había expuesto en su «Circular a la Liga de los Comunistas», la *teoría de la revolución ininterrumpida*, y enseñó a la clase obrera que es posible y necesario pasar de la revolución democrático-burguesa a la revolución socialista-proletaria ; que es una tarea estratégica de decisiva importancia realizar convenientemente el *paso de la revolución democrática a la revolución socialista*. Lenin se levantó violentamente tanto contra los oportunistas, que levantaban una «muralla china» entre la revolución democrática y la revolución socialista y adoptaban

el punto de vista según el cual había que acabar convenientemente la revolución democrática y aplazar la revolución socialista para más tarde, como contra los «izquierdistas» que querían comenzar inmediatamente por la revolución socialista saltando por encima de la revolución democrática. Bajo la dirección de Lenin, los bolcheviques realizaron en 1917 el paso de la revolución democrática a la revolución socialista.

La teoría de Lenin sobre el paso de la revolución democrática a la revolución socialista, su posición ante la democracia burguesa, es, precisamente hoy, de gran actualidad. Hoy, numerosos adversarios de la Internacional Comunista pretenden invocar a Lenin para combatir la política del VII Congreso. Y hay una cosa que pasan en silencio con toda intención y es que Lenin no se cansó nunca de demostrar que el partido revolucionario de la clase obrera no es capaz de movilizar a las masas contra las clases en el poder más que con *una lucha continua por las reivindicaciones democráticas*. Vease lo que escribía Lenin en su folleto *¿Qué hacer?* :

«Porque no es socialdemócrata [los bolcheviques no adoptaron el nombre de comunistas hasta 1917] quien olvide prácticamente que los «comunistas apoyan todo movimiento revolucionario», que debemos por consiguiente exponer y subrayar las tareas *democráticas generales ante todo el pueblo*, sin disimular un solo instante nuestras convicciones socialistas. No es socialdemócrata quien olvide prácticamente que su deber es ser el primero en plantear, aguzar y resolver *toda cuestión democrática general*...

»Debemos asumir la organización de una amplia lucha política bajo la dirección de *nuestro* partido, con objeto de que todas las capas de oposición, sean cuales sean, puedan prestar y presten efectivamente a esta lucha y a nuestro Partido, el apoyo de que sean capaces...

»Y no hay que cansarse de insistir en que eso no es todavía socialdemocratismo; que el socialdemócrata no debe tener como ideal el secretario de una tradeunión, sino el tribuno popular que sabe reaccionar contra toda manifestación de arbitrariedad y de opresión, allí donde se produzca, y sea cual sea la clase o la capa social que haya de sufrirla...» (*)

Y en su artículo «Sobre la consigna de los Estados Unidos de Europa», Lenin exponía que las consignas políticas democráticas no oscurecen ni debilitan en modo alguno la consigna de la revolución socialista, sino al contrario :

«Las transformaciones políticas dirigidas en un sentido verdaderamente democrático y las revoluciones políticas *a fortiori*, no pueden en ningún caso ocultar ni debilitar la consigna de la revolución socialista. Al contrario, contribuyen siempre a acercar ésta, a crearle una base más amplia; arrastran a la lucha socialista a nuevas capas de la pequeña burguesía y de las masas semiproletarias. Por otra parte, las revoluciones políticas son inevitables en el camino de la revolución socialista, que no debe ser considerada como un solo acto, sino como una época entera de tumultuosos acontecimientos políticos y económicos, de una extrema agudización de las luchas de clases, de guerras civiles, de revoluciones y de contrarrevoluciones.» (*)

Contentémonos con estas citas para caracterizar la posición de Lenin ante la lucha por las reivindicaciones democráticas. En nuestra época, la misión histórica de la clase obrera consiste en colocarse a

(*) *Obra cit.*, pág. 137.

(*) LENIN, *Contra la corriente*; Ed. franc., t. I, pág. 137.

la cabeza de la lucha por todas las reivindicaciones democráticas, realizar contra el fascismo las tareas de la revolución bruguesa democrática y preparar el paso a la revolución socialista, al socialismo, que es nuestro objetivo.

Continuando y desarrollando el marxismo, Lenin elaboró en su forma más completa la *teoría de la dictadura del proletariado*, que el propio Marx consideraba como su mayor mérito. Demostró que la dictadura del proletariado es necesaria para vencer la resistencia de las clases cuyo poder ha destruido la revolución, para realizar la unión de todos los trabajadores en torno al proletariado, con el fin de organizar y construir el socialismo, para armar a la revolución contra los enemigos interiores y exteriores. Demostró que la dictadura del proletariado es incomparablemente más democrática que la democracia burguesa más avanzada porque

«esta democracia está siempre comprimida en el reducido marco de la explotación capitalista y es siempre una democracia para la minoría, para los ricos... Al mismo tiempo que es una ampliación considerable de la democracia para el pueblo, para los pobres... la dictadura del proletariado produce una serie de restricciones a la libertad de los explotadores.

«Democracia para la inmensa mayoría del pueblo... es decir, su exclusión de la democracia; tal es la modificación que experimenta la democracia en el periodo de *transición* del capitalismo al comunismo.» (*)

Fiel a estos principios, la *dictadura del proletariado en la Unión Soviética* ha realizado, para las masas populares, la democracia más completa y más amplia. La primera Constitución de la Unión Soviética correspondía ya a esos principios. La Constitución staliniana representa una etapa aún más avanzada de la democracia soviética; no solamente la democracia para la inmensa mayoría del pueblo sino para *todo el pueblo*, que, una vez liquidados los capitalistas y de los terratenientes, y después los kulaks—por consiguiente, toda clase de explotadores—ha alcanzado ya su unidad política y moral. Bajo la dirección de Stalin, la más completa y amplia democracia ha quedado inscrita en la nueva *Constitución soviética*, mientras se mantiene y refuerza el *Estado soviético* que asegura el socialismo contra el mundo capitalista, contra todos los enemigos exteriores e interiores. Lenin ha establecido del modo siguiente que la dictadura del proletariado es necesaria durante un largo periodo, que la lucha de clases no cesa con la victoria de la revolución proletaria, sino que más bien se agudiza :

«La dictadura del proletariado es una guerra llena de sacrificios e implacable de una clase nueva contra un enemigo *más poderoso*, contra la burguesía, cuya resistencia se *déduplica* a consecuencia de su propio derrumbamiento...

«La dictadura del proletariado es una lucha encarnizada, sangrienta y no sangrienta, violenta y pacífica, militar y económica, pedagógica y administrativa, contra las fuerzas y las tradiciones del viejo mundo.» (*)

Esta lucha no ha terminado aún, ni terminará, mientras la Unión Soviética esté rodeada de países capitalistas que no retroceden literal-

(*) LENIN, *El Estado y la Revolución*, Ed. franc., páginas 89, 91, 92.

(*) LENIN, *El extremismo, enfermedad infantil*, Ed. franc. páginas 9, 31.

mente ante ningún medio para aniquilar el socialismo. El Estado socialista, su Comisariado de Negocios extranjeros y su Ejército Rojo no pueden suprimirse mientras los ejércitos, los espías, los saboteadores, los asesinos capitalistas, amenacen a la Unión Soviética. En la Unión Soviética, la dictadura del proletariado no es solamente el arma más fuerte de los pueblos soviéticos, sino también el arma más potente de la clase obrera internacional y de las masas populares que amenazan en todos los países capitalistas : el fascismo y la dominación extranjera.

Continuando y desarrollando el marxismo, Lenin estudió la *cuestión campesina* ; la resolvió como nadie lo había hecho antes de él ; evidenció la necesidad de la alianza de la clase obrera con las masas campesinas. Como nadie antes que él, expuso la *cuestión nacional* y demostró su inmensa importancia ; estableció el equilibrio conveniente entre el internacionalismo proletario y la participación de la clase obrera en los problemas vitales de la nación. En todos estos problemas, Stalin fué para él un compañero fiel, lógico y creador.

La *posición de Lenin en la cuestión de la guerra* tiene la mayor importancia en el periodo de la lucha contra los promotores de guerras. En la época de la primera guerra mundial imperialista, Lenin sostuvo una lucha sin cuartel contra la guerra. En todos los países beligerantes, señaló a la clase obrera la misión de preparar la derrota de la burguesía interior y la transformación de la guerra imperialista en guerra civil. Hoy, los cómplices voluntarios o involuntarios de los agresores fascistas, intentan sacar de aquella actitud lógicamente revolucionaria de Lenin durante la guerra mundial la siguiente conclusión : *Lenin fue, en todas las circunstancias, un adversario de la guerra, asignó a la clase obrera, en todas las circunstancias, la misión de preparar la derrota de su propio país. Nada más falso y engañoso que esta conclusión.* Ya durante la guerra imperialista, dijo Lenin que el pacifismo era «una forma de desorientación de la clase obrera». *Hizo una exacta distinción entre las guerras imperialistas y las guerras de emancipación, entre las guerras justas y las guerras injustas.* En su polémica con Rosa Luxemburgo (sobre el folleto de Junius), indicó que las guerras nacionales contra potencias imperialistas son no solo posibles y verosímiles, sino también *inevitables, progresivas y revolucionarias.* Demostró que también son posibles en Europa esas guerras, hoy como antes y que, en ellas, la misión de la clase obrera consiste en apoyar a los combatientes de la libertad. Se opuso a la concepción dogmática según la cual toda guerra es ya una guerra imperialista desde el momento en que, según las circunstancias, participan en ella Estados imperialistas al lado de los combatientes de la libertad. Demostró, con el ejemplo de la guerra de la independencia de los Estados Unidos que aquella guerra fué y continua siendo una guerra de emancipación, aunque la monarquía francesa réaccionaria apoyase a los defensores de la libertad norteamericana. Vease lo, que decía Lenin en su «discurso sobre la guerra», pronunciado en el primer Congreso de los Soviets Obreros y Soldados de toda Rusia :

«La tarea no es fácil. No está permitido olvidar ante ella que, en ciertas condiciones, no evitaremos la guerra revolucionaria. Ninguna clase revolucio-

naria puede renunciar a la guerra revolucionaria sin condenarse a un pacifismo ridículo. Nosotros no somos tolstoyanos. Si la clase revolucionaria toma el poder, si no quedan en pie anexiones en su Estado, si el poder deja de pertenecer a los bancos y a la alta finanza—lo cual no es muy fácil en Rusia—esa clase sostendrá una guerra revolucionaria, y no de palabra sino de hecho. No se puede renegar de la guerra revolucionaria. Eso sería caer en el tolstoyanismo, en la moral pequeñoburguesa, olvidar toda la ciencia marxista, perder de vista la experiencia de todas las revoluciones europeas» (*).

Lenin señaló continuamente que la guerra no es otra cosa que la continuación de la política con otros medios, que de lo que se trata, por lo tanto, es de saber *qué* política—y de *quién*—se continua en la guerra. Si el fascismo alemán mantiene en una guerra su política de opresión y de asesinato, esta guerra no es otra cosa que la forma más sangrienta del saqueo y de la opresión. Cundo el Frente Popular español, que ha dado la libertad al pueblo y que por eso ha sido atacado por los fascistas, defiende al pueblo y al país, sostiene una guerra justa, una guerra de independencia. Si el pueblo soviético defiende el socialismo durante una guerra, esta es la guerra más justa, más revolucionaria que ha habido jamás. Tal es la doctrina de Lenin en el problema de la guerra.

Con su doctrina, con su acción, con su política, Lenin fué el poderoso *unificador de la clase obrera y de las masas populares*. Abandonó la «unidad» puramente formal de la Segunda Internacional, esa «unidad» que se derrumbaba ante todos los problemas decisivos, para realizar la verdadera unidad, la unidad de hecho de la clase obrera, que resiste a todos los embates. ¿Que era, que es hoy, esa «unidad» cuyo guardian pretende ser la Segunda Internacional? En los primeros días de la guerra imperialista, se desmoronó esa «unidad», y destrozándose recíprocamente, los trabajadores de todos los países se peleaban en el frente. ¿Y hoy? Cuanto más urgente es para la clase obrera hacer la unidad en todos los países, más desunida y dividida está la Segunda Internacional, más se evidencia la traición de los Citrine, de los Spaak y de los Stauning, más se incapacitan para la acción los partidos socialdemócratas. *La unidad, la unidad sólida en la ideología, en la política y en la organización, no existe más que en las filas de la Internacional Comunista*. Fiel a la doctrina y al ejemplo de Lenin, la Internacional Comunista trabaja infatigablemente, sin dejarse desviar, en la unión de la clase obrera, en la realización del Frente único antifascista, en la concentración de las grandes masas populares contra los agresores fascistas. El trabajo histórico de unión de Lenin ha logrado en la Unión Soviética resultados muy completos. *En la Unión Soviética, se ha realizado la más alta unidad política y moral del pueblo: unidad de la clase obrera y de los campesinos, unidad de todos los pueblos de la Unión Soviética, unidad entre el pueblo soviético, su Partido y su gobierno*. La obra de Lenin, continuada por Stalin, es el Partido «monolítico», el Estado soviético «monolítico», bloque granítico inatacable e inmovible.

Lenin era, como el Balzac de Rodin, una cabeza altiva erguida sobre un bloque de piedra maciza, una cabeza altiva erguida sobre el bloque de granito del pueblo, del Estado soviético, de la dictadura del prole-

(*) LENIN, *Obras completas*, Ed. franç., t. XX, pág. 571.

tariado. La unidad de su sér, de su personalidad, se refleja en la unidad del Partido que él creó, del pueblo que él condujo, del Estado que él fundó: unidad de la teoría y de la práctica, del pensamiento y de la acción, de la voluntad y de la ejecución.

Lenin continua viviendo, marcha delante de nosotros ; vive en Stalin, el más fiel de sus compañeros ; vive en el gran Partido de los bolcheviques, en la Unión Soviética ; vive en su doctrina que se apodera de las masas, y en las masas que realizan su doctrina en sus luchas heroicas y que, apesar de todas las violencias, avanzan hacia la revolución y hacia el socialismo.

MINISTERIO
DE CULTURA



Los problemas del día

«...Y dejaran de ser libres...»

En el discurso pronunciado por Hitler el 2 de diciembre, en Reichenberg, ante los alemanes de los Sudetas, el fascismo alemán ha proclamado abiertamente su propósito de «educar» a la juventud alemana en una esclavitud perpetua. Al enumerar las «grandes hazañas» realizadas por el fascismo alemán desde 1933, Hitler se vió obligado a confesar que la educación del pueblo alemán para formar lo que ellos llaman la «comunidad popular» tropieza en su camino con innumerables obstáculos. El, que se envaneció siempre de haber exterminado el marxismo, tuvo que reconocer francamente que no ha podido realizar esa tarea.

«Es extraordinariamente difícil inculcar a un proletario consciente que todas las ideas que ha sostenido hasta hoy son falsas.» Estas fueron las palabras pronunciadas por Hitler en Reichenberg. Puede ser que el fascismo logre «inculcar» a un proletario consciente cómo hay que juntar los talones en el cuartel, pero es imposible «inculcar» a un proletario consciente la creencia de que su concepción del mundo, basada en la doctrina de Marx y Engels, es «anticuada» e incapaz de vencer. La concepción del mundo del proletariado consciente ha triunfado en la sexta parte del globo y esto lo saben, no solamente los proletarios conscientes, sino toda la humanidad. En el país del socialismo, la teoría del proletariado consciente—el marxismo-leninismo—es una realidad. El proletario que no dobla la cerviz y que, como ha dicho Hitler muy acertadamente, «se ha educado en el orgullo de su conciencia de clase», está convencido hoy, como lo estaba antes del encumbramiento del nacional-socialismo, «de que llegará un día en que el Poder del Estado caiga en sus manos, con la dictadura del proletariado». Al referirse a sus esfuerzos para realizar en Alemania el llamado «socialismo práctico», Hitler hubo de hacer una confesión todavía más completa, declarando que «aún existen, sin duda alguna, hombres que dicen: yo sigo siendo comunista; yo sigo siendo un proletario consciente». Sí; existen esos hombres. Y su número es infinitamente más elevado que el 1,2 o el 1,1% de los electores alemanes. El terror brutal, las medidas de opresión y de coacción, las persecuciones, los campos de concentración y las ejecuciones capitales, no han conseguido doblegar a los proletarios conscientes de Alemania. A pesar de todo su aparato de educación cuartelera, de la supresión de la libertad de palabra y de prensa y de sus órganos coercitivos, el fascismo no es capaz de matar en los proletarios

alemanes honrados y conscientes la concepción del mundo que tienen ni de convertirlos en autómatas de la fraseología fascista. El fascismo alemán lo sabe demasiado bien, y por eso Hitler dice, con resignación: «Que continúen siendo lo que son... Hay otro factor, que se llama el niño.»

El fascismo no pretende solamente esclavizar económica y políticamente a los niños, a la juventud del pueblo alemán, sino que quiere también darles un alma de esclavos. Especula con el hecho de que la actual juventud alemana no conoce las manifestaciones francas de la lucha de clase revolucionaria del proletariado y siente una gran ansiedad por ocultar a la juventud alemana la doctrina del marxismo-leninismo. En su discurso de Reichenberg, dijo Hitler, textualmente: «Y está creciendo una juventud que nosotros educamos... Alejamos de ella esas ideas desde sus primeros años, es decir, prohibimos que se acerquen a ellas.» Y expuso cómo se desarrolla la educación de la juventud alemana. En la infancia, hay que ingresar en las organizaciones fascistas. Al lado de la escuela, de esa escuela que ya no proporciona a la juventud alemana una formación intelectual, sino que la embrutece, existe la organización de los Pimpfe, del Jungvolk, de las juventudes hitlerianas, de las S.A. y S.S. En estas organizaciones, se quiere educar a los hijos del pueblo alemán para convertirlos en «nacional-socialistas de los pies a la cabeza». Una vez que han pasado por las organizaciones infantiles y por la escuela, «...forman parte, durante siete meses, del servicio del trabajo, donde son militarizados, bajo el signo simbólico del pico alemán». Ese es el sentido del servicio del trabajo: la militarización con el pico alemán. Los uniformes están preparados; las marchas militares también y el pico alemán permite asimismo ejercitarse en el uso del fúsil. Sobre todo, si se tiene en cuenta que, después del servicio del trabajo, la juventud masculina se incorpora al ejército. En el regimiento, se da a los jóvenes educados de este modo cuanto puede faltarles para ser «nacional-socialistas de los pies a la cabeza». Y cuando han cumplido su servicio militar, «los agrupamos en las S.A. y S.S., con objeto de evitar que decaigan; y así, dejarán de ser libres durante toda su vida...» Tal es el camino que el fascismo destina a la juventud alemana. Esta descarada confesión de Hitler en Reichenberg—y otras frases del mismo discurso—no se publicaron en la prensa alemana. Pero las oyeron los que asistieron al mitin de Reichenberg y cuantos escucharon por radio «la alocución del Führer». Es necesario que la juventud alemana no vuelva a ser libre durante toda su vida. Así lo quiere el fascismo, así lo quiere Hitler. Porque sólo así puede esperar el fascismo alemán «inculcar» a una parte de la juventud alemana su ideología falsa, llena de contradicciones y refutable punto por punto.

Pero esos métodos educativos no permitirán tampoco al fascismo alemán expulsar de Alemania las ideas del marxismo-leninismo. Grandes sectores de la juventud alemana, y sobre todo de la juventud obrera, sienten la diferencia que hay entre el capital y el trabajo, aunque no hayan leído las obras de Marx, Engels, Lenin y Stalin. Puede prohibirse a un pueblo que manifieste su pensamiento en la prensa y en los mitines; pero no se le puede prohibir que piense. Y, en Alemania, todo hombre que piense—sin excluir de esta regla a la juventud—sabe que,

si se producen 180 millones de toneladas de carbon en vez de 80, los 100 millones suplementarios no irradian su calor sobre el pueblo alemán; vé que los señores propietarios de las minas se embolsan enormes ganancias, gracias a una redoblada explotación de los obreros, mientras la masa del pueblo no puede quemar el carbón que necesita para tener en sus viviendas la temperatura necesaria. El aumento de la producción sirve en muy escasa proporción al pueblo alemán, que si ganara más podría, por lo menos, satisfacer sus necesidades más perentorias. El pueblo alemán sabe también que los millones de alemanes que no pudieron pasar el verano y el otoño anteriores con sus familias, sino que fueron obligados a vivir durante meses enteros en los cuarteles y en los campamentos, no estaban preparados para «hacer el sacrificio supremo y más grave» y fueron sometidos a una coacción, a la que no podían sustraerse. La mayor parte de la juventud alemana sabe que el servicio del trabajo no es un recreo ni una ocupación útil, sino que la juventud es militarizada, como ha dicho Hitler, con objeto de hacerla perder la costumbre de pensar por su cuenta y para inocularle el virus del nacional-socialismo. Gran número de jóvenes, y en primer lugar la juventud obrera, sienten que la realización de la llamada «comunidad popular» es imposible en la Alemania capitalista, porque el fascismo no está siquiera en condiciones de atenuar las diferencias de clase. Todas las contradicciones entre el capital y el trabajo aparecen bajo el fascismo de una manera más clara que antes. Ya no es posible hablar del derecho de los obreros alemanes y del pueblo alemán. Los unos y el otro no tienen ya derechos; solo tienen deberes. Deberes que los fascistas imponen al pueblo alemán, poniendo en ejecución las consignas de los fabricantes de cañones. Esto lo sabe el pueblo alemán, y por eso el fascismo no logrará extirpar las viejas tradiciones revolucionarias del pueblo alemán, como no ha conseguido arrancar sus ideas a los proletarios conscientes. En el pueblo alemán, en la juventud de Alemania, se mantiene viva la idea de la libertad. Si el fascismo alemán ha podido arrastrar a una parte de la juventud alemana, con su política de aventuras, con su falso culto a los héroes, con sus charangas militares y sus juegos guerreros, el sector más valeroso de la juventud alemana siente repugnancia ante la ausencia de justicia, de humanidad y de libertad que el fascismo alemán ha elevado a la categoría de sistema. Esta parte de la juventud alemana busca el camino de la libertad. Los proletarios conscientes procurarán que la juventud alemana conozca la historia de la lucha revolucionaria de la clase obrera alemana y que esa juventud continúe las tradiciones del proletariado revolucionario. No; la juventud alemana no se verá privada de libertad durante toda su vida.

Los resultados de la Conferencia de Lima.

El facismo alemán manifiesta un interés cada día más vivo por la América del Sur. Los Estados sudamericanos, con sus riquezas minerales y sus reservas de materias primas, le parecen de capital importancia para la realización de sus planes imperialistas. Sus agentes han logrado,

en parte, introducirse en diversos países sudamericanos, conquistar puestos influyentes en la vida económica de esos Estados y representar un papel considerable en la organización de la contrarrevolución. De acuerdo con el imperialismo alemán, el imperialismo japonés procura también asentarse en América y obtener puntos de apoyo para su lucha futura contra los Estados Unidos. Los intrusos fascistas se apoyan en los círculos burgueses más reaccionarios de los países americanos, fomentan los motines, excitan a unos Estados sudamericanos contra otros y procuran minar la independencia de esos países, con su trabajo de zapa. En esta labor a larga vista, se sirven del procedimiento demagógico consistente en atizar y explotar la legítima indignación de los pueblos sudamericanos contra las depredaciones de los trusts de los Estados Unidos (¡esos pueblos irían de Herodes a Pilatos!). En su lucha contra el capital norteamericano, las naciones sudamericanas, según el criterio de sus «consejeros» fascistas, deben echarse en brazos del imperialismo alemán y japonés. El contagio fascista, el azote del odio de raza y de las provocaciones a la guerra no deben serle ahorrados al Nuevo Mundo y la miseria y el salvajismo a que el fascismo somete a Europa deben imponerse por la fuerza en América del Sur.

Los círculos democráticos de todos los Estados americanos reconocen cada vez más claramente el peligro de la invasión fascista y reclaman una estrecha unión de los países americanos contra los bandidos que en ellos se introducen bajo diversos disfraces. Estos círculos se van dando cuenta de la gran importancia que, desde este punto de vista, tiene la actividad naciente de la política exterior de los Estados Unidos, inaugurada por el presidente Roosevelt.

La conferencia de los Estados americanos en Lima ha sido un primer paso hacia esa unión.

Después de la Conferencia de Lima, los periódicos clamaron a voz en grito que la «política antinazi de Roosevelt había sufrido un fracaso». Toman sus deseos por realidades. Sin ser un éxito total, la Conferencia de Lima no puede ser considerada como un fracaso de la política de la resistencia contra el agresor fascista.

Es indudable que las fuerzas antifascistas americanas han tropezado con obstáculos considerables. El fascismo alemán, unido a los círculos más reaccionarios de la burguesía sudamericana, hizo lo posible y lo imposible por que la Conferencia fracasara.

Gracias a las simpatías del gobierno de Benavides en el Perú, los agentes del fascismo alemán lograron introducirse en la Conferencia en calidad de «observadores», espiar, como «chóferes», a la diversas delegaciones y urdir toda clase de intrigas. Por ejemplo, cuando los delegados argentinos, cediendo a la presión de las masas de la Argentina y dada la actitud de las demás delegaciones, iban a ponerse de acuerdo con sus colegas sobre la necesidad de resistir enérgicamente contra las potencias de guerra fascistas, los agentes del fascismo alemán propagaron el rumor falso de que el ministro argentino de Negocios Extranjeros, que ya había salido de Lima, había decidido someter a la Conferencia una contrapropuesta contraria a la moción de los Estados Unidos.

El embajador del Brasil en Roma concedió interviús que merecieron

el aplauso de Berlín. La prensa profascista de Méjico, de Argentina, de Chile, del Uruguay y de otros países «recordaba» todos los días los peligros del imperialismo yanqui y excitaba contra la política de Roosevelt. No hay que decir que los trotskistas no han permanecido apartados de este torneo de bandidos. En unas declaraciones hechas en Méjico a un periódico reaccionario norteamericano, el mismo Trotski, que es uno de los más valiosos agentes de la Gestapo, acusó al gobierno de Roosevelt de estar a las ordenes de Rockefeller, rey del petróleo. En la Argentina, las bandas trotskistas, dirigidas por el hijo del anterior presidente de la República, infectaron las calles de Buenos Aires de carteles protestando contra el «imperialismo yanqui y sus planes de Lima». En Chile, en el Brasil y en todas partes, esos bandidos gritaron que «Roosevelt y el imperialismo yanqui son los principales enemigos del pueblo».

Por otra parte, la prensa del imperialismo yanqui, y sobre todo la de Landon, candidato opuesto a Roosevelt por la reacción, hizo cuanto pudo para justificar las provocaciones de los agentes fascistas. Por ejemplo: el Wall Street Journal, que estaba dedicado a atacar a Méjico y a las expropiaciones de las explotaciones extranjeras en ese país, declaró que el primer deber de Lima era pedir cuentas a los autores de esa expropiación, pues sin ello no podía existir en América una «fraternidad permanente». Este artículo se publicó precisamente en el momento en que el gobierno de Roosevelt y el de Cárdenas se ponían de acuerdo a propósito de las expropiaciones. Otro órgano de los trusts yanquis, el Journal of Commerce, pidió a los Estados Unidos que «exigieran el respeto de sus derechos y de sus intereses legítimos». Landon, jefe del partido republicano y delegado de los grandes hacendados del valle del Mississipi, adversarios tradicionales de las grandes empresas agrícolas anglo-argentinas, pronunció en Lima un discurso exaltando la doctrina de Monroe—«América para los americanos»— pero no dijo una sola palabra de la política de «buena vecindad» defendida por Roosevelt y, además, atacó por igual al fascismo y al comunismo. Por otra parte, en una conferencia pronunciada en la universidad «Georges-Washington», un representante del Comité nacional de los republicanos condenó la política de Roosevelt, basada en la amistad con la América latina, y reclamó la vuelta a la política imperialista de agresión del antiguo presidente Coolidge. Estas manifestaciones reaccionarias han provocado serias inquietudes en los círculos latino-americanos de los Estados Unidos, cuyos dirigentes han declarado a la United Press que, en su opinión, el discurso de Landon ha impedido que la Conferencia aprobase una resolución más enérgica.

En fin, la actitud del gobierno peruano ha contribuido a esos graves inconvenientes. Como ha afirmado el New York Times, el dictador peruano llegó hasta ejercer una severa censura sobre las informaciones acerca de la Conferencia; por otra parte, las delegaciones estaban rodeadas de una tupida red de espionaje fascista. Esto explica también que la prensa fascista alemana e italiana haya podido propagar tantas noticias falsas acerca de Lima.

Según el reglamento de la Conferencia, todas las resoluciones debían aprobarse por unanimidad, razón por la cual no fué posible, en ningún momento, obtener una declaración de los 17 países favorable a la moción

presentada por Hull, secretario de Estado norteamericano, pues la Argentina votaba siempre en contra.

Sin embargo, lo esencial es que en Lima ha podido observarse la existencia de poderosos factores favorables a la unidad americana ante la agresión fascista.

Se sentía la fuerte presión ejercida sobre las distintas delegaciones y sobre toda la Conferencia por la opinión pública democrática y por las masas populares del continente americano. Esta presión se notó, incluso, en el Perú. Numerosos antifascistas del Partido aprista, encarcelados en espantosas condiciones, declararon la huelga del hambre durante la Conferencia, en nombre de la democracia, y 30.000 obreros agrícolas de una plantación perteneciente a unos nazis alemanes, se declararon en huelga. Las organizaciones de Méjico (la delegación mejicana asumió siempre una actitud netamente democrática y antifascista), de Cuba, de Costa Rica, de Chile y de otros países, dirigieron a la Conferencia telegramas pidiendo la defensa del continente americano contra el fascismo, la ayuda a España, la amnistía y la libertad de los antifascistas presos en el Perú, en el Brasil, en Argentina y en los demás países de la América latina, etc. Las organizaciones democráticas uruguayas enviaron telegramas del mismo género pidiendo ayuda para la España republicana, en nombre de 200 comités; así como la organización argentina gallega, en nombre de 63.000 miembros y de 400.000 residentes gallegos y de una reunión de 10.000 personas, organizada en Buenos Aires por el Partido democrático.

Todas estas organizaciones y reuniones y muchas otras pidieron que la Conferencia adoptara enérgicas medidas antifascistas.

La afirmación demagógica de los fascistas, que pretenden que la exportación sudamericana no puede prescindir de Alemania, de Italia y ni del Japón ha sido desmentida por todos los latino-americanos patriotas y de visión clara. Estos representantes de los pueblos sudamericanos ponen, con razón, de relieve que son los países fascistas los que no podrían prescindir de las mercancías sudamericanas y que su supuesta «penetración económica» en la América del Sur solo sirve a sus fines de espionaje, de agresión y de servidumbre. Los acontecimientos de Abisinia, de España, de China, de Austria y de Checoeslovaquia, así como los manejos fascistas en la misma América latina, han abierto los ojos a la América del Sur. Por otra parte, la prensa americana ha demostrado que Alemania compra en el Brasil productos a cambio de moneda sin valor alguno y los revende a sus antiguos clientes. Además, hay que recalcar que la exportación de los productos sudamericanos a Alemania, Italia y Japón, no la realizan los aborígenes sino que está casi completamente monopolizada por los trusts ingleses y americanos. Por último, el dumping alemán y japonés pone en peligro a la industria nacional que está surgiendo en los países sudamericanos.

Hoy, cuando se conocen todos los hechos y no pueden ser falsificados por la censura peruana, se ve que las ruidosas afirmaciones de los fascistas acerca del supuesto fracaso de la Conferencia carecen de fundamento.

Es indudable que el resultado de la Conferencia de Lima no es

totalmente satisfactorio. A pesar de la favorable intervención de Méjico y de Cuba, la Conferencia no ha adoptado una actitud franca ante la lacha antifascista del heroico pueblo español ni respecto a China. No ha dado satisfacción a los pueblos americanos en cuanto a la libertad de los antifascistas presos en el Perú, en el Brasil y en otros países. No ha tomado ningún acuerdo inmediato y concreto para poner un límite a la peligrosa penetración económica de los Estados agresores en la América latina y se ha negado a adoptar una resolución clara y categórica contra las potencias de guerra fascistas.

Sin embargo, no hay que ignorar los resultados positivos de la Conferencia. Conviene señalar, en primer término, que se ha pronunciado en favor de las medidas progresivas en el problema de los derechos de la mujer y en el de la libertad de las organizaciones y que ha desaprobado los prejuicios de raza y de religión. Ha declarado necesario defender la paz en todo el continente americano y ha definido la idea de agresión de un modo practicamente utilizable. Además, ha examinado seriamente la cuestión de los derechos de los indios y ha prometido apoyar al Congreso panindio que ha de celebrarse este año en Bolivia. Y hasta en lo que se refiere a la conclusión de un pacto antifascista de unión y de defensa de toda América, la Conferencia no ha fracasado completamente, a pesar de algunas alarmantes concesiones.

El Jornal do Comercio, órgano de la burguesía conservadora del Brasil, dijo que, en Lima

«todas las delegaciones estaban animadas de un solo sentimiento : el deseo de defender lo que hemos conquistado por las armas»,

es decir, la independencia. Y el 9 de diciembre, el mismo periódico decía, en términos todavía más categóricos, que

«en cuanto se refiere a la cuestión principal, todos los miembros de la Conferencia reconocen unánimemente las ventajas de una actitud común frente a todo intento de las potencias del viejo mundo de penetrar en América.»

El presidente de la delegación brasileña, Mello Franco, declaró en un discurso que los países de la América latina debían prestarse mútua ayuda contra «la propaganda organizada en el exterior» y

«rechazar esa doctrina política que pretende que la carencia de materias primas y el excedente de población confieren el derecho a apoderarse de nuestros países y de nuestras riquezas».

Y el mismo ministro argentino de Negocios Extranjeros declaró, en su discurso, que toda América rechazará unida toda agresión extranjera contra sus instituciones democráticas y su independencia.

Un observador democrático observó en Lima que, a pesar de las concesiones hechas a la Argentina, cuyo gobierno sigue la política de Chamberlain, la Conferencia llegó a un acuerdo completo en tres puntos : resistencia a la agresión, consulta mútua en caso de ataques interiores contra la democracia y supresión de la actividad antidemocrática de los inmigrados extranjeros.

Como hicieron observar Hull, secretario de Estado de los Estados Unidos y el presidente de la delegación brasilena, la actitud adoptada

por la aplastante mayoría de las delegaciones hace presumir con confianza que la presente «declaración de Lima» será pronto ampliada y completada. La formación en la Argentina de un «Comité para la unión de toda América», la reunión probablemente próxima de un congreso democrático panamericano en Montevideo, los considerables resultados obtenidos por los congresos contra la guerra y el fascismo celebrados en Nueva York, Washington y Méjico, la movilización de las fuerzas antifascistas y de las masas populares en toda América, son hechos que demuestran que la resistencia de los pueblos americanos contra las potencias fascistas está en vías de rápido desarrollo. El continente americano se despierta y abandona la ilusión de que la política guerrera de los Estados fascistas no le interesa. A las fuerzas democráticas les corresponde ahora la tarea de demostrar a los pueblos americanos toda la gravedad del peligro y desencadenar un potente movimiento democrático para resistir unida y fuertemente contra las potencias de guerra fascistas y contra los agentes del fascismo.

La lucha por la democracia en Cuba.

En la vida política cubana, han acaecido grandes cambios. Hasta el comienzo de 1938, el gobierno, cuyo jefe efectivo es el coronel Batista, revistió el carácter de una dictadura militar. Hoy, da pruebas de respeto por los derechos democráticos del pueblo.

El gobierno ha autorizado grandes manifestaciones en favor de Méjico y de España, durante el año 1938, ha modificado su propia actitud hacia la España republicana; por ejemplo, ha puesto en libertad un barco republicano español con su tripulación, que estaba secuestrado hacia un año. El 30 de septiembre, el coronel Batista declaró a la agencia periodística americana Associated Presse: «Cuba está por la democracia, contra el fascismo totalitario.» Y añadió que el ejército cubano cuyos efectivos se elevan a 25.000 hombres, combatiría, en caso de guerra, al lado de los Estados Unidos democráticos y contra el fascismo. Además, el gobierno eliminó a uno de sus miembros, Montalvo, representante típico de los grandes negociantes fascistas de Cuba.

En una declaración hecha contestando a las reivindicaciones democráticas y sociales formuladas por la manifestación popular del 25 de septiembre, el coronel Batista prometió acceder a la casi totalidad de dichas reivindicaciones. El líder de la reacción, Rivero, director del órgano de los grandes comerciantes españoles, recientemente condecorado por Hitler, combate en su periódico la orientación del coronel Batista hacia la política del presidente Cárdenas en Méjico y hacia el respeto de los derechos democráticos del pueblo. El coronel Batista responde a estos ataques manteniendo su nueva orientación antifascista. A despecho de la indignación y del furor de los reaccionarios, Batista no se limita a mantener públicamente su promesa de convocar este año la Asamblea constituyente, sino que adopta las primeras disposiciones para que esa promesa se convierta en realidad. Ha dispuesto que se proceda a la confección de las listas electorales en todo el país y ha

nombrado una comisión legislativa encargada de preparar una ley que determine las modalidades de las elecciones para la Asamblea constituyente.

La nueva orientación del gobierno se ha manifestado también en su actitud hacia el Partido Comunista y demás organizaciones revolucionarias. Después de haber tolerado el gobierno durante algún tiempo los discursos públicos de los oradores comunistas, el coronel Batista reconoció a principios de septiembre al Partido Comunista cubano el carácter de partido político legal, justificando su decisión del siguiente modo :

«Los comunistas constituyen una fracción de la opinión pública y nuestra intención es admitir a todos los sectores del pueblo en la preparación de la nueva Constitución cubana.»

El Partido Comunista cubano, que desde su fundación, hace trece años, tuvo que trabajar siempre clandestinamente, organiza hoy manifestaciones públicas en las cuales participan miles de personas. Ha celebrado públicamente el decimotercero aniversario de su fundación. La radio del Estado le tiene reservado un turno para su propaganda y el 7 de noviembre, el Partido ha celebrado con una alocución radiada el 21.º aniversario de la Revolución de Octubre. El Partido Comunista ha dirigido recientemente al presidente del Brasil, Varga, una carta abierta firmada por Blas Roca, en la que éste pide la amnistía y la libertad de Luis Carlos Prestes. El líder comunista de los obreros cubanos, César Villar, a quien la policía había obligado a expatriarse en 1936, ha regresado legalmente a Cuba, donde millares de trabajadores le han tributado un recibimiento público. Asimismo, Joaquin Ardoqui, uno de los dirigentes del Partido Comunista, que también estaba desterrado, ha regresado libremente a su patria. Con el secretario general del Partido, Blas Roca, a quien la policía había buscado rabiosamente hace pocos meses, fue recibido por el coronel Batista, el cual les confirmó su voluntad de convocar la Asamblea constituyente en 1939. Cuando Blas Roca desmintió las afirmaciones de la prensa reaccionaria sobre las supuestas maniobras de Batista contra los comunistas, este último le dirigió un cortés telegrama, en el que reiteraba y subrayaba la sinceridad de sus intenciones.

Estos cambios acaecidos en Cuba se deben a varias causas. En primer lugar, el viraje en cuestión había sido preparado por el movimiento de los obreros y de las masas populares en pro de la satisfacción de sus reivindicaciones económicas, por la democracia y por la unión de las fuerzas democráticas progresivas del país. En las manifestaciones y en las demostraciones de los obreros en favor de Méjico, de la España republicana y de China, participaron, respectivamente, 30.000, 60.000 y 80.000 personas ; la manifestación de los obreros del transporte y del proletariado cubano, que formularon el 25 de septiembre, en la Habana, 15 reivindicaciones políticas y sociales, revistió también un grandioso carácter de masas. Recorre todo el país una vigorosa corriente en pro de la unidad de los obreros y por un frente democrático, así como por un partido único de la revolución. A comienzos de 1938, se reunió en la Habana, con la autorización del gobierno, un gran congreso obrero, en

el que se fundó la Unión regional de la Habana, al que siguieron otros congresos regionales e industriales, numerosos e importantes, que dieron nacimiento, en todo el país, a asociaciones regionales e industriales. Finalmente, se constituyó un comité central de organización para un gran Congreso nacional obrero, que ha de celebrarse en 1939. Este congreso debe crear la Central nacional única del proletariado cubano, que abarcará a más de 900.000 obreros de la ciudad y del campo, y empleados. Hasta hoy, no había, según la estadística oficial, más que 200.000 obreros y empleados organizados.

Este movimiento unitario de los obreros da lugar al progreso de la unión de los partidos revolucionarios. A mediados del año 1937, se creó un bloque revolucionario, en el que ingresaron los siguientes partidos: Partido nacional agrario, Partido «aprista» cubano, Partido revolucionario cubano y Unión revolucionaria. Este bloque unía las fuerzas progresivas de la pequeña y media burguesía, de los intelectuales de izquierda y amplias masas populares y obreras nacionales y revolucionarias. Hoy, se hacen grandes esfuerzos por ampliar y reforzar este bloque y por crear un partido progresivo único. La última asamblea plenaria de la Unión revolucionaria (un partido nacional-revolucionario) ha decidido adherirse al partido revolucionario cubano (el partido de la grande y la pequeña burguesía progresiva), con objeto de comenzar a constituir el Partido progresivo único. La juventud cubana, adherida a diversas organizaciones especiales de la juventud y a distintos partidos, se orienta cada vez más hacia la unión. La organización Jóvenes del Pueblo se ha adherido a la Hermandad de los Jóvenes Cubanos. La Unión de los negros de Cuba (la población cubana contiene un 30% de negros) se ha pronunciado también por la unión del pueblo en la lucha por la democracia y por la igualdad de derechos de los negros con el resto de la población.

Otra causa que ha contribuido al cambio de política de Batista la han constituido las dificultades económicas con que ha tropezado el gobierno.

Una tercera causa que ha jugado un papel decisivo ha sido la acertada línea política mantenida por el Partido Comunista, que durante los últimos tiempos ha trabajado seriamente por la liquidación de los sectarismos del pasado. Ha combatido enérgicamente y con éxito las peligrosas tendencias puchistas de la pequeña burguesía reaccionaria, tendencias que eran habilmente explotadas por los agentes fascistas, y en particular por los bandidos trotskistas.

El Partido Comunista se ha asegurado la dirección de las manifestaciones populares y obreras más importantes en favor de la democracia en España y de la unidad de los obreros y del pueblo. Con una decisión cada vez más firme, ha llamado la atención de las masas contra el empleo de la violencia y contra la ausencia de organización y ha recomendado los medios legales para manifestar la voluntad del pueblo. En razón de esta orientación, los agentes del fascismo no han tenido pretexto alguno para provocar disturbios, que habrían dado a la reacción un arma contra el pueblo.

En su décima asamblea plenaria, el Partido Comunista ha exami-

nado minuciosamente la situación política del país y ha llegado a la conclusión de que Batista no es ya el líder de las fuerzas reaccionarias y de que la lucha del Partido debe dirigirse, en primer término, contra los fascistas notorios: Rivero, Montalvo y Casanova. Los comunistas han subrayado que no consideran, por esto, que el coronel Batista sea un demócrata y haya que apoyarle. El Partido he hecho constar que el coronel Batista no ha dado más que los primeros pasos hacia la satisfacción de las reivindicaciones del pueblo y que la táctica del Partido debe consistir en apoyar las medidas democráticas del gobierno, en apartar de este último a las fuerzas reaccionarias del interior y del extranjero y en insistir para que el gobierno emprenda el camino que conduce a una Constitución democrática que garantice la democracia, mejore las condiciones de vida del pueblo y proteja la Economía nacional.

El cambio de política del gobierno ha estado condicionado también por la influencia de Roosevelt, por la política progresiva del presidente de Méjico, Cárdenas y, sobre todo, por la heroica lucha de los pueblos español y chino. Los orígenes sociales de Batista han ejercido también cierta influencia. Batista procede de una familia campesina y, cuando se puso al frente de la revolución de 1933, no era más que taquígrafo y sargento. Aunque se haya enriquecido después y a pesar de las medidas reaccionarias que precedieron a su reciente evolución, no tiene la confianza de los aristócratas y de la burguesía.

La reacción cubana comienza—aunque de una manera disfrazada todavía— a atacar al coronel Batista. Intenta unir todas sus fuerzas, fingiendo defender los ideales de la revolución de 1933, contra la «demagogia» de los comunistas. Uno de los principales reaccionarios, el senador Casanova, acaba de adherirse a un partido nazi, formado tomando como modelo el partido nazi alemán. Valiéndose de las provocaciones de sus agentes trotskistas (atentado contra un sacerdote, bombas lanzadas en un cine), estos reaccionarios procuran por todos los medios sabotear la preparación de la Asamblea constituyente por Batista.

Por otra parte, el coronel Batista manifiesta muchas vacilaciones, bajo la presión de estos reaccionarios, gran número de los cuales forman parte del gobierno. Así, el gobierno ha prohibido reuniones organizadas en favor de España; ciertos sindicatos obreros siguen siendo considerados como ilegales; el periódico del partido revolucionario cubano ha sido suspendido y, en algunas provincials, los oficiales del ejército cometen actos de violencia contra el pueblo y las organizaciones revolucionarias. Además, el gobierno ha autorizado la creación de dos organizaciones fascistas que preparan un golpe de Estado reaccionario contra la nueva política de Batista. Los líderes de la reacción cubana buscan ya, para este golpe de Estado, la ayuda material de los banqueros americanos.

Pero los comunistas y los demócratas cubanos están alerta. Ya han descubierto esos sangrientos y sombríos planes de la reacción y del fascismo y los manejos de esos infames agentes de la reacción que se llaman trotskistas. Luchan con tenacidad y con éxito por la unión de los obreros, y, al mismo tiempo, insisten para que las fuerzas de izquierda creen un partido progresista único, cuya necesidad es cada día más imperiosa. Los comunistas y los partidos de izquierda apoyan todas

las medidas progresivas del gobierno, pero no renuncian en ningún caso a criticar los actos contrarios a los intereses del pueblo cubano.

Los comunistas y los demás demócratas de Cuba sostienen una lucha disciplinada y legal bajo la consigna de : «Por una Cuba feliz y democrática ; por una Constitución que garantice la democracia, proporcione al pueblo mejores condiciones de vida y proteja la Economía nacional!» Luchan por la reunión, en 1939, de una Asamblea constituyente que oponga un potente dique a los manejos del fascismo y una al pueblo contra sus enemigos interiores y exteriores.

El pueblo chino no se dejará engañar por frases falaces

Poco antes de dimitir, el presidente del Consejo japonés Konoye ofrecía «la paz» al pueblo chino, mirando de soslayo hacia las dificultades económicas del Japón, cada día más considerables. Pero Chang Kai Chek, en un gran discurso pronunciado en memoria de Sun Yat Sen, negó toda posibilidad de éxito a tan inocente intento y afirmó la absoluta voluntad de victoria del pueblo chino.

Uno de los partidarios de la fascistización total del Japón, el barón Hiranuma, ha ocupado el puesto del príncipe Konoye, lo cual no impide que las clases dominantes del país continúen prodigando sus dulzonas frases retóricas a propósito de la pretendida misión del Japón en Asia oriental y del «salvamento de China» de los peligros del comunismo y del capitalismo occidental. Pero sus actos no están en armonía con sus palabras y es de presumir que lo mismo ocurrirá en el porvenir. Detrás de sus protestas de filántropos deseoso de edificar una «China nueva», asoma la garra del imperialismo japonés, que quiere transformar a China en una colonia. En el mismo momento en que el Japón declara hipócritamente que desea respetar la soberanía de China, se contradice afirmando que necesita mantener en China su ejército. Al referirse a la colaboración económica del Japón, de China y del Manchukuo, los magnates de los trusts japoneses aluden a una forma de saqueo colonial cuyo equivalente histórico es difícil encontrar. El terror sangriento, la violación de mujeres, el asesinato de gentes indefensas, el incendio de ciudades y de aldeas, la destrucción de diques, la inundación de inmensos territorios : estos son los hechos que jalonan el camino de los ejércitos del Mikado a través de China. Detrás de ellos, avanzan los mercaderes, los beneficiarios capitalistas que se establecen en las ciudades conquistadas para apoderarse, por medio de la violencia y del fraude, de las empresas chinas, arrojando de ellas a los chinos. En Tientsin, en Changai y en otros puertos chinos, los vapores japoneses desembarcan batallones enteros de «comerciantes» ávidos de ganancia, moscardones de la guerra.

Cuando la violencia sangrienta no basta, se recurre a otros procedimientos para arrancar al campesino chino hambriento su última camisa y su última cazuela de arroz. El ejército japonés va provisto de

imprentas de campaña, que tiran innumerables billetes de banco llamados militares, cuya circulación se declara forzosa. El gobierno japonés reparte cada día mayores cantidades de yen sin garantía en la Economía china agotada, y los impone a las masas chinas en pago de su trabajo, mientras que un rigurosísimo control les impide entrar en el Japón, para pagar mercancías niponas. Este no es más que uno de los métodos «pacíficos» de los militaristas y bandidos japoneses. Existen otros muchos, y sobre todo el que consiste en fomentar la venta y el consumo del opio.

Antes de la invasión, las autoridades chinas habían comenzado con éxito a combatir el azote del opio. Pero los militaristas japoneses han hecho resurgir el comercio del opio sobre las ruinas de China. Se han levantado todas las prohibiciones; el opio y la heroína circulan públicamente en las ciudades y en las aldeas de las regiones ocupadas. Los militares y «comerciantes» japoneses han organizado un tráfico de estupefacientes de gran envergadura y de tal suerte, que las cajas de guerra del ejército japonés se llenan con el producto de los impuestos a que da lugar. Pero el objeto que se persigue no es el puramente financiero de una expedición de rapiña, por medio de la intoxicación metódica de un pueblo; lo que se pretende es paralizar a las masas chinas por medio de los estupefacientes, privándolas de la fuerza necesaria para resistir y sublevarse contra el invasor.

Este aniquilamiento de las fuerzas físicas del pueblo chino se completa poniendo trabas a su desarrollo intelectual, con la sistemática destrucción de las universidades y de los establecimientos de enseñanza superior en los territorios chinos ocupados. En las regiones invadidas, la soldadesca japonesa ha destruido total o parcialmente 54 de las 82 universidades y establecimientos de enseñanza superior antes existentes; en estas regiones, no funcionan ya más que 6 establecimientos de enseñanza superior. Una vez que las bombas metódicamente lanzadas han realizado la obra de destrucción, la bárbara soldadesca japonesa prende fuego a los edificios, después de haberlos regado con petróleo. Esta suerte cupo a la universidad de Nan-Kai, cerca de Tientsin y a otros muchos establecimientos de enseñanza superior y universidades. Se ha reducido a cenizas bibliotecas enteras, llenas de obras valiosísimas, testigos de la historia milenaria de un pueblo de antiquísima civilización. El inmundo odio de los militares japoneses se ha cebado en todas las instituciones culturales del pueblo chino. Para reducir a un pueblo a la servidumbre, dice la consigna de los militares japoneses, no basta con quitarle su tierra ni con intoxicarlo por medio de estupefacientes; hay que privarle también de todos los recuerdos de su pasado nivel intelectual.

Los imperialistas japoneses han dado una ruidosa publicidad a la iniciación de sus planes de explotación de los tesoros naturales de China, planes que podemos calificar de fantásticos. Claro es que en esto tienen también en cuenta solamente la colonización del país con el designio de transformar la Economía china en un complemento de la Economía japonesa, destinado a abastecer a ésta de las materias primas que necesita y sin preocuparse lo más mínimo de las condiciones de vida del campesino chino. Este, en vez de continuar labrando la tierra para arrancarle el alimento diario, véase obligado a plantar algodón, para venderlo, naturalmente, al precio fijado por los centros de compra de los trusts

textiles japoneses. En lugar de continuar criando rebaños de corderos que le dan la leche, la carne y la ropa, el pastor mongol, tiene que dedicarse a la cría de razas lanares que no satisfacen sus necesidades, pero que suministran lana barata a la industria japonesa.

Estos ejemplos bastan para demostrar que los proyectos de explotación japoneses no tienden a otra cosa que a convertir a los campesinos chinos, agobiados ya por el peso de los arrendamientos, en siervos de los monopolios industriales japoneses.

A idénticas conclusiones se llega examinando los proyectos de explotación de las riquezas mineras de China. Cuando fué invadida la China del Norte, se produjeron numerosos escándalos en materia de fundación de sociedades. En Tientsín y en Peiping se crearon docenas de sociedades industriales y comerciales japonesas, que decían disponer de enormes capitales, pero que, en realidad, no disponían de más activo que unas oficinas llenas de empleados. Están interrumpidos los trabajos de construcción iniciados y los locales industriales recién construidos permanecen vacíos porque faltan las máquinas. Los círculos financieros japoneses han declarado varias veces que el Japón no está en condiciones de exportar a China grandes capitales. Y los nipones intentan procurárselos con una especie de acumulación originaria, es decir, por medio del saqueo en gran escala, por todos los procedimientos de fraude y de violencia contra las masas chinas. Al mismo tiempo, los agentes nipones, trabajan por interesar a los círculos financieros reaccionarios de Inglaterra y de los Estados Unidos en las combinaciones japonesas en China.

Dado el impúdico sistema de rapiña que los japoneses ponen en práctica en las regiones ocupadas, no debe extrañarnos el escaso éxito de sus tentativas de dar un barniz de respetabilidad al gobierno de marionetas de Peiping y de Nankín, atrayéndose a algunas notabilidades chinas. Son conocidísimas las figuras turbias que ocupan los puestos de esos gobierno fantasmas: ex-bandidos, traficantes de opio, héroes del hampa china, «compradores» (*), es decir, gentes acostumbradas a vivir parasitariamente como intermediarios al servicio del capital extranjero. Estos individuos, comprados con dinero contante y sonante, son objeto del desprecio y del más profundo odio de las masas chinas. Hecho significativo: un reaccionario tan empedernido como Wu Pei Fu, elegido por los japoneses para capitanear esa cuadrilla de traidores, se ha negado cortesmente, declarando que prefiere arrastrarse hasta la muerte.

Las autoridades japonesas de ocupación hacen todos los esfuerzos imaginables para arrancar a las masas chinas una promesa de lealtad hacia el Japón. Las cosas suelen suceder del siguiente modo: los niños de la escuelas reciben la orden de ir a la manifestación en la que aparecen unos grupos pagados para aclamar y aplaudir representando al pueblo. Los fines de la propaganda nipona son demasiado transparentes para que puedan conseguir su objeto. Los mismos propagandistas suelen delatar sus verdaderos sentimientos hacia el pueblo chino; por ejemplo, en una revista de propaganda destinada a Changai, se califica a los chinos de «cerdos que hablan chino».

(*) En español, en el original. (N. del ed.).

Pero el pueblo chino concentra sus fuerzas para continuar rechazando las «ofertas de paz» japonesas hasta lograr la expulsión definitiva de los invasores. El pueblo chino construye actualmente en el interior de su territorio una nueva base económica que ha de permitirle continuar la guerra. Construye caminos y vías férreas, monta fábricas de armas y moviliza millones de hombres para la defensa nacional y para la victoria definitiva. Las informaciones procedentes del centro de China nos dicen que los gobiernos provinciales que antes se hacían la guerra constantemente están ya constituidos por hombres nuevos, animados de un nuevo espíritu. El gobierno nacional chino y los gobiernos provinciales interesan a las masas en la lucha contra los invasores, con medidas diversas, tales como la concesión de créditos a los campesinos, el mejoramiento del nivel de vida de los trabajadores de las ciudades, la represión del bandidaje y del tráfico del opio, etc.

*
**

Por lo que se refiere a la cohesión nacional, tenemos el testimonio de alguien poco sospechoso de simpatizar con China. Nos referimos a un reportaje del enviado especial de la Frankfurter Zeitung en Chung King, capital de la China nacional, en el cual se encuentra esta confesión, hecha seguramente con harto dolor de su corazón :

«Hace un año, incluso hace pocos meses, muchas gentes se estrujaban los sesos por saber si las tres importantes provincias de Tse Chuan y de Yunan se «sostendrían», si no se separarían de Chan Kai Chek grupos enteros cansados de la guerra y si los antiguos comunistas no aprovecharían las derrotas militares para provocar disturbios beneficiosos para sus designios ; en una palabra, si China no se disgregaría bajo la presión del Japon. Todo esto pertenece ya al pasado. Ya no hay duda posible en cuanto á la disciplina nacional de la población en todos sus sectores. En este sentido, la joven China, la China nacional, ha conseguido un éxito completo. Nos hallamos ante una China debilitada exteriormente, pero consolidada interiormente... Hoy, hay dos cosas de las cuales está firmemente convencido el campesino analfabeto, y tendrían que suceder muchas cosas para quitarle esa convicción : la jefatura de Chan Kai Chek y la necesidad de luchar contra el Japon.»

El pueblo chino defiende su independencia y su libertad con admirable heroísmo contra la cruzada de rapiña del militarismo japonés. Rechaza con desprecio toda oferta de paz que suponga la menor limitación de su independencia nacional y expulsa de sus filas a los agentes del imperialismo japonés, como Wan Chin Wei. Los hijos del pueblo caen y dan su sangre por la causa de la cultura y del progreso. No hay duda de que vencerán ; pero, para aliviar los sufrimientos del pueblo chino y acelerar la victoria, es preciso que los pueblos democráticos realicen esfuerzos mucho más considerables. Los pueblos de la Unión Soviética prestan una ayuda eficaz al pueblo chino y le manifiestan activamente su simpatía. Los Estados Unidos han puesto un crédito a la disposición del gobierno nacional chino, añadiendo que en caso necesario aplicarán sanciones económicas contra el Japon. Inglaterra ha concedido también créditos al gobierno chino, aunque se sabe que Chamberlain y sus compinches lo hacen menos por amor al pueblo chino en lucha por su libertad, que con la intención de obtener con ese gesto mayor consideración de los militaristas japoneses en cuanto se relaciona

con los intereses británicos en China. Esta ayuda no será eficaz para el pueblo chino hasta el día en que las masas populares democráticas hagan causa común con China, boicoteando completamente las mercancías japonesas, obligando a sus gobiernos a imponer sanciones económicas contra la pandilla militar japonesa, impidiendo el envío de material de guerra al Japón y cuando obren de tal suerte que el pueblo chino, que sostiene una lucha a muerte, reciba la mayor ayuda posible de las potencias democráticas.

Tom Mooney y los cazadores fascistas de hombres

El 7 de enero abandonó, al fin, la prisión de San Quintín, en San Francisco, donde ha permanecido durante veintidós años, a pesar de ser completamente inocente, el combatiente de la libertad Tom Mooney.

Durante una manifestación celebrada el 22 de julio de 1916 en pro de la intervención de los Estados Unidos en la guerra mundial, estalló una bomba en una avenida de San Francisco, causando varias víctimas. Cuatro obreros fueron detenidos y acusados por el atentado; entre ellos, se encontraban Tom Mooney y Billings. Tom Mooney, hijo de un minero y activo militante sindical era, para los magnates de la finanza americana, un aguafiestas, dadas sus intervenciones en favor de los mineros. Basándose en falsos testimonios, Billings fué condenado a cadena perpétua y Tom Mooney a muerte, pena que le fué conmutada por la de cadena perpétua, a consecuencia de una poderosa campaña de masas desencadenada después del proceso.

El proletariado americano y el proletariado internacional no han olvidado a Tom Mooney, víctima de la rabia guerrera del imperialismo. Durante estos veintidós años que Tom Mooney ha sufrido en la cárcel, el mundo obrero de todos los países ha reclamado su libertad en miles de mítines, manifestaciones y conferencias. El 1 de julio de 1935, Dimitroff lanzó un llamamiento en defensa de Tom Mooney. Vease lo que dijo, entonces :

«Dirijo un fervoroso llamamiento a todos los que luchan contra la reacción política, contra la barbarie fascista, a todos los hombres honrados del trabajo manual y del trabajo intelectual, sin distinción de convicciones políticas, a todos los que, con su potente protesta, en el momento del proceso de provocación de Leipzig salvaron la vida de unos acusados inocentes, a los que, apesar de las criminales amenazas de Goering, obtuvieron mi liberación y les pido que se alcen por la liberación de Tom Mooney, que, aunque encarcelado desde hace muchos años, permanece fiel a la gran causa de la clase obrera. Tom Mooney, ese obrero honrado, ese valeroso luchador proletario, debe ser salvado. Hay que poner término al terrible crimen cometido contra ese hijo fiel de la clase obrera norteamericana.»

Los tribunales, las comisiones y los magistrados revisando continuamente el caso de Tom Mooney; los hechos, las pruebas, las fotografías documentales atestiguaban en favor de Tom Mooney y de Billings; todo demostraba que no había tenido nada que ver con el atentado. Pero los círculos que habían obtenido la primera condena estaban interesadísimo en que la sentencia continuara en vigor. Y sólo fué reparada la

injusticia de que habian sido victimas estos luchadores cuando San Francisco tuvo un gobernador demócrata.

Durante los veintidós años pasados por Tom Mooney entre los muros de su calabozo, jamás perdió su fé en la causa de la clase obrera. La primera frase que dijo a los periodistas al abandonar su celda fué esta :

«¿Creen ustedes que ahora voy a ponerme a bailar y a cantar? Mi vida pertenece a la lucha por la liberación de Billings y por la unidad de la clase obrera.»

Casi toda la vida de un hombre transcurrida en el calabozo no ha podido quebrantar su valor ni su abnegación ni su voluntad de lucha. En un solo hombre, en Tom Mooney, toma cuerpo la fuerza indoblegable e invencible de esa clase que está llamada a construir un mundo nuevo, un nuevo orden social, un orden de libertad del que habrán desaparecido la explotación del hombre por el hombre, la justicia de clase, las confabulaciones guerreras al servicio del lucro. No hay persecuciones ni represiones que puedan doblegar a esta clase y a sus combatientes, y las derrotas pasajeras nos pueden paralizar su voluntad de lucha y su resolución. Apenas Tom Mooney recobra la libertad, ocupa de nuevo su puesto entre las tropas combatientes. La liberación de Tom Mooney después de veintidós años de una vida de presidio llena de tormentos de toda especie, es mucho más que la reparación de una injusticia ; es, además, el símbolo de la lucha del proletariado internacional, que conduce, después de una marcha por un camino lleno de abismos, a las cumbres de la libertad, a pesar de los ladridos de los perros sanguinarios del fascismo.

Los hombres que en todas partes han conservado siquiera un rayo de humanidad se inclinan con veneración ante el mártir grandioso y verdaderamente sobrehumano, ante el hombre que ha consagrado toda su vida a la clase obrera. Con veneración saludaron a Tom Mooney 250.000 personas en San Francisco, cuando salió de su calabozo ; con veneración le acompañaron en sus primeros pasos por el camino de la libertad millones y millones de hombres de todo el mundo.

El fascismo alemán, que está fuera de la humanidad civilizada, no podía hacer otra cosa, a proposito del caso de Tom Mooney, que difundir sus venenosas calumnias. Desde hace varios meses, los órganos de prensa del fascismo alemán mantienen una infame campaña contra Roosevelt y contra la democracia norteamericana. La liberación de Tom Mooney, después de veinte años de cautividad, fué, para los heroes de los progromos alemanes, una ocasión de vomitar sobre los Estados Unidos y sobre el mundo democrático sus habituales sortas de calumnias.

El Voelkircher Beobachter se burló de la «parodia de justicia» e intento producir la impresión de que eso no era posible mas que en paises «contaminados por el liberalismo».

Los círculos que, basándose en falsos testimonios, habian enviado a Tom Mooney a presidio e hicieron después todo lo posible por impedir su libertad, son los mismos que hoy combaten furiosamente a Roosevelt y quieren aniquilar la democracia americana. Ni en los llamados paises démocráticos retrocede la reacción ante los delitos judiciales. Pero donde

las masas tienen libertad de movimientos democráticos, disponen de la posibilidad de hacer que cesen los crímenes judiciales cometidos por los hombres negros de la reacción y de reparar las injusticias cometidas, aunque sea después de largas y difíciles luchas. En un régimen democrático, las masas tienen la posibilidad de defenderse, de levantar la voz para protestar y de obligar a la plutocracia a contar con ellas, hasta que ésta acaba por ceder ante los movimientos reivindicativos.

Pero la opinión pública mundial no olvida ni olvidará que, en la Alemania de los asesinos fascistas, languidece en un calabozo, desde hace seis años, Ernesto Thaelmann. Ningún tribunal alemán se ha atrevido a acusar a Ernesto Thaelmann; ningún tribunal le ha condenado. Se mantiene cautivo desde hace seis años arbitrariamente, a un hombre cuya actuación pertenece, en su totalidad, a la opinión pública. El «caso» Ernesto Thaelmann es una «vergüenza» judicial sin precedente en la historia del mundo.

El mundo no olvida que el sangriento régimen ha cubierto a Alemania de una tupida red de colonias penitenciarias—de campos de concentración—en los que se mantiene encerrados desde hace años, de un modo completamente arbitrario, a centenares de miles de hijos y de hijas del pueblo alemán, a decenas de miles de judíos sin protección y sin defensa. Esas colonias penitenciarias, en las que se martiriza a los inocentes hasta la muerte, son monumentos de la ignominia fascista. Día y noche, se alzan de los campos de concentración, los gemidos de los hombres y de las mujeres torturados. Todos los días y a todas horas, se oyen los quejidos de los perseguidos hasta la muerte. El mundo no olvida que todos los días mueren hombres maldiciendo el bárbaro sistema fascista, en esas canteras en que los viejos y los jóvenes se ven sometidos a trabajos forzados. El mundo no olvida que en esos campos de concentración ejercen su poder barbaro unos caníbales que el pasado no conoció jamás.

El mundo no olvida que la sombra el verdugo se cierne sobre la escena guerrera de Alemania. Los fascistas alemanes han asesinado, fusilado, decapitado a Fiete Schulze, a Edgar André, a Peter Forster, al mutilado de guerra Claus, a Scherr, y a tantos otros. El mundo no olvida que hay, en Alemania, un niño de tres años cuya madre, la inolvidable Liselotte Hermann, hubo de entregar su cabeza al verdugo. Ese niño es el huérfano de toda la humanidad. Y cuando llama a su madre, acusa al régimen fascista cargado de maldiciones, en un lenguaje que ahoga todas las oleadas de propaganda y todos los rugidos con que los altavoces nazis inundan el espacio.

La opinión pública mundial sabe lo que significa la seguridad de las personas, en la Alemania actual. El mundo sabe que los honrados ciudadanos alemanes ven todos los días en peligro su libertad y su vida y que el régimen patibulario del fascismo ha convertido la Alemania de Goethe en la Alemania de la Gestapo.

¡Y ese vergonzoso régimen pretende erigirse en defensor del derecho, se atreve a hacer observaciones a otros países acerca de su justicia! No, el régimen fascista ha perdido todo derecho a figurar en el coro de los pueblos.

Una vez en libertad, Tom Mooney ha tomado posición frente al fascismo en un discurso radiado. Ha recordado la persecución del movimiento sindical alemán, de los socialistas, de los comunistas y de los judíos, y ha declarado :

«Para contener la siniestra reacción fascista, no veo ninguna fuerza más grande que la fuerza organizada de los trabajadores.»

En su llamamiento a los trabajadores ingleses, ha definido el fascismo como la «forma más brutal de la reacción que ha existido jamás», y que amenaza a «las fuerzas de la democracia y del movimiento obrero». He aquí lo que dice también Tom Mooney este llamamiento :

«Debemos unir a la clase obrera y a todos sus amigos».

Estas palabras constituyen una advertencia al proletariado internacional, a todos los sinceros partidarios de la democracia y de la libertad; les recuerdan que deben concentrar todas sus fuerzas para sostener una lucha común contra el fascismo hitleriano para arrancarle sus víctimas.

Tom Mooney está en libertad. Y hay que gritar, cada vez más alto : ¡Poned en libertad a Thelmann, poned en libertad a los centenares de miles de hombres que sufren en los calabozos, en los presidios y en los campos de concentración de la Alemania hitleriana!

La alianza contra los pueblos

¿Que es ese pacto llamado «Antikomintern»; que significación tiene ese acuerdo que, durante los pasados meses, ha constituido el tema de numerosos artículos publicados en la prensa alemana y que ha sido celebrado en términos líricos en los círculos del «triángulo» Berlin-Roma-Tokio, después de la adhesión de Hungría y del Manchukúo?

¿Se trata de un acuerdo por virtud del cual pretenden los firmantes colocar en todos los países una «literatura» llamada anticomunista, compuesta de producciones a la vez imaginativas e histéricas de criminales notorios, como ese guardabosque Albrecht, condenado por atentar contra las buenas costumbres y ese guardia blanco que se presenta con el nombre de Butenko, funcionario de embajada secuestrado y asesinado por los fascistas?

¿Es, quizá, un acuerdo por virtud del cual intentan sus firmantes organizar en todos los países «exposiciones» antisemitas y anti-comunistas?

¿Se trata, acaso, de un acuerdo para facilitar un cambio de experiencias acerca de la organización de pogromos?

¿O tiene por objeto asegurar una ayuda mútua a los esfuerzos emprendidos para infestar y corromper sistemáticamente la prensa de los países capitalistas?

¿Es un pacto de mútuo apoyo en el trabajo de descomposición y de zapa organizado en otros países con ayuda de los espais y de los «pogromistas» fascistas?

Es evidente que las consecuencias del llamado pacto «Antikomintern» aparecen en cada una de esas actividades tenebrosas. La labor de «esclarecimiento» ideológico que se lleva a cabo bajo el disfraz del «Antikomintern», y más frecuentemente bajo disfraces menos llamativos, cuenta con el concurso de toda especie de personajes turbios. Es una charca en la que pululan los elementos degenerados y desmoralizados, hombres de todo linaje, barones bálticos, mencheviques y trotskistas. Esta última categoría es especialmente numerosa y, a través del «Antikomintern», se halla en contacto directo con los dirigentes reaccionarios del capital de los trusts, como lo demuestra la correspondencia del trotskista Rudolf, alias Laszlo, publicada hace poco y que se refiere a las transacciones por medio de las cuales el tal Rudolf proporcionaba a las organizaciones patronales «material» contra el Frente popular en Francia y contra el movimiento obrero en otros países, material que era transmitido por medio del «Antikomintern» y pagado por dichas organizaciones en moneda contante y sonante.

Pero esta múltiple actividad no constituye mas que una parte de las tareas que el «triángulo» Berlin-Roma-Tokio se ha impuesto en sus pactos secretos. Sus autores le han dado, con toda intención, un título engañoso, enarbolando un falso pabellón, lo mismo que los buques que transportan a España grandes cantidades de material de guerra y numerosas tropas de intervención. Ese pacto no va dirigido «únicamente» contra la Internacional Comunista, no se dirige solamente contra los Partidos Comunistas de los diversos países, sino también contra las grandes masas populares en conjunto: El Voelkischer Beobachter ha aprovechado la adhesión de Hungría al pacto para afirmar expresamente, el 14 de enero último, que el peligro contra el cual se ha creado dicho pacto

«no se manifiesta solamente en la fuerza de las distintas secciones de la Tercera Internacional, sino también y mucho mas aún, en la falta de fe de amplios sectores populares y sobre todo entre esos... intelectuales que forman la opinión, especialmente en las democracias.»

El mismo periódico hubo de observar, con ocasión del segundo aniversario de la firma del pacto en noviembre de 1938:

«Si no ha sido la Unión Soviética la única en sentir la fuerza del bloque anticomunista, sino también otros Estados... ellos tienen la culpa... Si ha habido algunos hombres de Estado y políticos que han acariciado abiertamente la idea de conseguir la adhesión de Moscú, que no les extrañe que el pacto del triángulo haya producido sus efectos más allá del fin que se había trazado en un principio.»

¿Como, con que objeto y contra quien, se han hecho sentir los efectos del pacto? Un periódico oficial de los fascistas, la Westfaelische Landeszeitung, ha sido lo suficientemente indiscreto para ponerlo al descubierto en su artículo de fondo del 18 de enero último. Según él, ese pacto constituye la condición necesaria para instaurar en el mundo un «nuevo orden». Va dirigido contra las «democracias» y quiere imponer un «nuevo orden» fascista, saltando por encima de todos los tratados que existen entre los diferentes pueblos y Estados. Los hombres de Estado que se declaran partidarios de los tratados vigentes reciben

de la hoja fascista el calificativo de «arterioescleróticos», porque no son capaces «de tener en cuenta ese movimiento natural y perpétuo» que impulsa a los hombres del dinamismo fascista a ocupar China, España y otros países. El pacto es, evidentemente, la expresión de una «nueva concepción del derecho», concepción que, naturalmente, no reconoce más ley que la de la selva virgen. Las guerras de conquista de los pueblos pacíficos e independientes se califican de «acciones de policía contra los traidores», de donde se deduce que los firmantes del pacto se consideran como los gendarmes del mundo, ante los cuales deben doblegarse todos los pueblos de la tierra.

La Westfaelische Landeszeitung pregunta, al final del artículo: «¿Necesita el triangulo demostrar todavía lo que significa?»

La demostración está hecha.

Significa la concentración de las potencias y pandillas más reaccionarias, al mando del fascismo alemán. Intenta sustituir los tratados vigentes entre los pueblos y Estados por acuerdos turbios entre las camarillas fascistas y reaccionarias de vanguardia y el fascismo alemán para la dominación imperialista del mundo. Lo lógico, tratándose de pactos secretos entre las pandillas reaccionarias es que tengan por finalidad reducir a los pueblos a la esclavitud. Ese pacto significa, en fin, que la ley de la selva debe ser la «ley» de la vida internacional, ley con la cual intenta el «triangulo» suprimir brutalmente y extirpar las libertades populares y el derecho de los pueblos a gobernarse por sí mismos.

Esa «alianza contra los pueblos» es la concentración más reaccionaria de nuestra época, la concentración de las fuerzas de destrucción y de descomposición. Quien busque una comparación no la encontrará más que en el ejemplo dado por el mismo fascismo alemán con el disfraz de «anticomunismo», en el incendio del Reichstag. Dicho incendio tuvo como consecuencia la opresión y el sanguinario aplastamiento de las organizaciones obreras, las matanzas de intelectuales, creyentes cristianos, demócratas e incluso miembros de los partidos burgueses de derecha que no eran fascistas y miembros de otras agrupaciones del mismo carácter. Las actividades del triangulo en cuanto se refiere a la política exterior son bien visibles y no es necesario exponerlas detalladamente.

Las manifestaciones del «triangulo» son otras tantas advertencias para los pueblos. La más impresionante de todas es el campo de concentración en que se ha convertido toda Alemania.

Un progromista de sotana

Las matanzas de judíos organizadas por los canibales fascistas han horrorizado e indignado al mundo entero. Estos sentimientos han encontrado su más fuerte expresión en los Estados Unidos. El pueblo norteamericano, que representa, dentro del mundo capitalista, a la nación más avanzada y que fué el primero en proclamar los derechos

del hombre y en defender estos derechos en una lucha de alcance mundial, ha denunciado, en manifestaciones vehementes, estas persecuciones, que hacen palidecer las de la época más sombría de la Edad Media. En mítines, manifestaciones y asambleas públicas formidables, en la prensa y a través de las declaraciones de sus políticos más destacados, el pueblo norteamericano ha condenado la barbarie fascista. Esta estigmatización de los infames verdugos de los judíos por los hombres políticos más eminentes de los Estados Unidos, ha provocado en los medios nazis aullidos de furor. Impotente, la prensa alemana escupe su baba contra el Estado más fuerte y más desarrollado del mundo capitalista y contra su pueblo, educado en tradiciones muy distintas a las de persecuciones de herejes, cuentos de brujas y matanzas de judíos.

A pesar de esto, incluso en los Estados Unidos, algunos obscurantistas se han creído en el deber de importar en Norteamérica la peste parda. En su campaña histórica contra Roosevelt y el pueblo norteamericano, los periódicos del fascismo alemán citan con una especial satisfacción al «cura de la radio» Coughlin, bajo cuya sotana se esconden especulaciones de bolsa y cínicas prevaricaciones. Los fascistas alemanes, que persiguen a los cristianos lo mismo que a los judíos, que suprimen toda libertad religiosa y reservan al católico creyente el infierno sobre la tierra, han asignado a este cura norteamericano un puesto de honor en el fondo de su corazón.

Aunque condenan hipócritamente el «catolicismo político», no se recatan para admirar la sucia agitación política de este cura fascista, pues ellos sólo hablan de «catolicismo político» cuando los curas defienden la libertad religiosa y la dignidad del hombre; en cambio, si un cura abusa de sus hábitos para aprobar las matanzas de judíos y el terror fascista, aclaman a esta degeneración política como el «verdadero cristianismo». Los más conocidos y más respetados dignatarios de la Iglesia han elevado su voz contra la persecución de los judíos, y hasta el arzobispo de Milán, cardenal Schuster, cuyas simpatías por el fascismo no son ningún misterio, ha condenado de un modo categórico el antisemitismo; pero los fascistas alemanes creen tener en su reverendo padre Coughlin un arma contra el pueblo norteamericano y contra los sacerdotes católicos que condenan la furia antijudía.

¿Quién es, pues, este reverendo padre Coughlin, este abogado de los fascistas alemanes dentro del campo católico?

Carlos E. Coughlin, que tiene hoy 46 años cumplidos, nació en Hamilton (Canadá). Su padre era irlandés. En 1923, Coughlin dependía de la diócesis de Detroit, regentada en aquella época por el obispo Galacher, también de origen irlandés. En 1926, Coughlin firmó con la «Free Press» de Detroit un contrato por el cual se comprometía a pronunciar todas las semanas un sermón en la emisora de radio de dicho periódico. No se sabe si por aquel entonces estaba ya vinculado a Henry Ford, el amo de Detroit, pues hasta el comienzo de la gran crisis mundial la gente no se había preocupado mucho de él.

Cuando estalló la terrible crisis económica, arruinando a millones y millones de hombres, Coughlin se dió cuenta, de pronto, de su misión;

«se encontró a si mismos» según sus palabras. Sus discursos por radio eran escuchados por un número cada vez mayor de gente, no sólo en Detroit sino también en otras grandes ciudades de los Estados Unidos. Se puso a repartir sus «arengas» por correo y entabló correspondencia con grandes masas populares. Sus partidarios fundaron la «Radio-Ligue de Little Flower». A medida que la crisis se agravaba, sus oyentes y partidarios se hacían cada vez más numerosos.

La crisis económica mundial fué el comienzo de la «edad de oro» de los charlatanes, los demagogos y los envenenadores fascistas. Coughlin supo interpretar los síntomas de la época. En sus discursos, tronaba contra los magnates bancarios de Wall Street, los mismos que le subvencionaban. Lloraba lágrimas de cocodrilo ante la miseria de los obreros, sin perjuicio de fulminar anatemas contra las huelgas encaminadas a conseguir un aumento de salarios. Encontraba palabras «lacerantes» sobre los sufrimientos de los parados, pero al mismo tiempo protestaba contra el seguro del paro, a favor del cual había desecadenado una campaña de gran envergadura el Partido Comunista de los Estados Unidos. En sus discursos apoyaba al entonces presidente Hoover y su reaccionaria política. En 1932, dándose cuenta de que soplaban nuevos vientos, apoyó a Roosevelt y lanzó la consigna de «¡Roosevelt o la ruina!» En aquella época, círculos influyentes creían todavía poder dirigir según su gusto la política de Roosevelt. Pero cuando se produjo una escisión en el campo de Roosevelt y los círculos financieros y políticos dirigentes se desviaron del presidente, Coughlin volvió a «encontrarse a si mismo» y lanzó la consigna de «¡Roosevelt y la ruina!»

Todos los domingos, pronuncia Coughlin uno de sus discursos tonantes que se conocen con el título de «ataques contra las cuatro MM» (contra los banqueros Morgan, Mellon, Mille y Meyer). Muchos de los que, impulsados por la crisis, se aferraban a cualquier fantoche de paja, veían en él un luchador contra el capital financiero. En realidad, se hallaba vinculado muy estrechamente al Committee for the Nation, formado por 2.000 grandes banqueros, industriales y granjeros ricos. Los agentes de Rockefeller y de Henry Ford, de Morgan y de otros magnates financieros eran visitas asiduas en casa del cura y le suministraban las consignas que había de desarrollar en sus discursos por la radio.

Durante varios meses, Coughlin hizo campaña en favor de la inflación y de la elevación del precio de la plata.

«¡En marcha hacia Cristo!... ¡Adelante! ¡Dios lo quiere! ¡Dios quiere que organicemos una cruzada contra ese dios pagano que es el oro!»,

...clamaba en una de sus arengas por radio.

«La plata es la clave de la prosperidad mundial.»

En realidad, de lo que se trataba era de su prosperidad personal. Su secretaria, Amy Collins, poseía en aquel momento 500.000 onzas de plata. Gracias a su «cruzada», el precio de la plata subió rápidamente, y los bossillos de Coughlin se llenaron de billetes.

El reverendo padre Coughlin controla tres bancos, especula con

diversas clases de acciones y el Committee for the Nation le paga un tributo anual de 800.000 de dólares.

Toma y daca. Coughlin solivianta a sus oyentes contra la Unión Soviética y fulmina anatemas contra el socialismo y la democracia. El tristemente célebre Hearst, este gangster de la prensa, ha puesto a disposición del reverendo padre su órgano personal en Detroit, con el fin de combatir a Roosevelt. El propio Vaticano se ha visto obligado a desautorizar al cura excitador. Durante las elecciones presidenciales, Coughlin se unió a los enemigos jurados del pueblo norteamericano, a los peores elementos reaccionarios y profascistas, cuyas candidaturas apoyó. Pero, como su candidato no reunió, en las últimas elecciones, más que un número irrisorio de votos, Coughlin, despechado, declaró inmediatamente que se retiraba de la política.

Durante varios meses, no se volvió a oír hablar de él. La radio se calló y sus partidarios de antaño volvieron la espalda, desengañados, al demagogo charlatán.

Las persecuciones de los judíos en Alemania devolvieron la voz al fracasado agitador. Los enemigos reaccionarios de Roosevelt partidarios del fascismo alemán, no se han atrevido, en vista del estado de ánimo de los norteamericano, a aprobar en voz alta los pogromos, pero querían, no obstante, hacer algo que fuese grato a los nazis. Era necesario confiar a alguien la sucia faena encomendada por el fascismo alemán y el Judas, que, según un periodista norteamericano, «no había vendido al Señor por 30 escudos de plata, sino por 500.000 onzas de este metal», fué encargado de exaltar los pogromos como una obra pia. El modo como cumplió su misión, llenó de júbilo a los asesinos fascistas e indignó a los norteamericanos. La opinión pública, tan habilmente influenciada por él en su tiempo, se elevó unánimemente en contra suya, y el obispo de Chicago, cardenal Mundelein, declaró públicamente que Coughlin no tenía derecho a hablar en nombre de la Iglesia.

El pueblo norteamericano y la Iglesia Católica han desautorizado al reverendo Coughlin y le han estigmatizado públicamente como un contrabandista que pasa de matute los bacilos de la pesta fascista. He aquí un ejemplo que hay que seguir. Si los pueblos y las grandes organizaciones fieles al principio de la dignidad humana se decidiesen a estigmatizar a todos los contrabandistas de esta calaña y a quitar de enmedio a todos los protegidos del fascismo alemán, prestarían un gran servicio a la libertad y a la paz del mundo.

El camino de los bolcheviques

Publicamos a continuación las páginas finales (la «Conclusión») de la obra «Historia del P. C. (bolchevique) de la U.R.S.S. », cuya edición española aparecerá en breve.

CONCLUSION

¿Cuáles son los resultados fundamentales del camino histórico recorrido por el Partido bolchevique?

¿Qué nos enseña la historia del Partido Comunista (bolchevique) de la U.R.S.S.?

1) La historia del Partido bolchevique nos enseña, ante todo, que el triunfo de la revolución proletaria, el triunfo de la dictadura del proletariado, es imposible sin un partido revolucionario del proletariado, libre de oportunismo, intransigente frente a los oportunistas y capituladores y revolucionario frente a la burguesía y al Poder de su Estado.

La historia del Partido bolchevique nos enseña que el dejar al proletariado sin un partido así equivale a dejarle sin dirección revolucionaria, y el dejarle sin dirección revolucionaria equivale a hacer fracasar la causa de la revolución proletaria.

La historia del Partido bolchevique nos enseña que ese partido no puede ser un partido socialdemócrata corriente, del tipo de los de la Europa occidental, educados en una situación de paz social, que marchan a remolque de los oportunistas, sueñan con «reformas sociales» y temen a la revolución social.

La historia del Partido bolchevique nos enseña que ese Partido sólo puede ser un partido de nuevo tipo, un partido marxista-leninista, el partido de la revolución social, capaz de preparar al proletariado para los combates decisivos contra la burguesía y de organizar el triunfo de la revolución proletaria.

Eso es, en la U.R.S.S., el Partido bolchevique.

«En el periodo prerrevolucionario —dice el camarada Stalin—, en el periodo de evolución más o menos pacífica, en que los partidos de la Segunda Internacional representaban la fuerza predominante dentro del movimiento obrero y las formas parlamentarias de lucha se consideraban como fundamentales; en estas condiciones, el partido no tenía ni podía tener la grande y decisiva importancia que adquirió después, bajo las condiciones de los choques revolucionarios abiertos. Kautsky, defendiendo a la Segunda Internacional contra quienes la atacaban, dice que los partidos de la Segunda Internacional son instrumentos de paz y no de guerra y que precisamente por esto resultaron ser impotentes para emprender nada serio durante la guerra, en el periodo de las acciones revolucionarias del proletariado. Y esto es totalmente exacto. Pero, ¿qué significa esto? Significa que los partidos de la Segunda Internacional son inservibles para la lucha revolucionaria del proletariado, que no son partidos combativos del proletariado, partidos que conducen a los obreros al Poder, sino máquinas electorales, adaptadas a las elecciones, al parlamento y a la lucha parlamentaria. Esto explica, precisamente, el hecho de que, durante el periodo de predominio de los oportunistas de la Segunda Internacional, la organización política fundamental del proletariado no fuese el partido, sino la fracción parlamentaria. Es sabido que en ese periodo el partido era, en realidad, un apéndice de la fracción parlamentaria y un elemento puesto al servicio de ésta. No hace falta demostrar que, en tales condiciones y con semejante partido al frente, no se podía ni hablar de preparar al proletariado para la revolución.

Pero las cosas cambiaron radicalmente al entrar en el nuevo periodo. Este nuevo periodo es el periodo de los choques abiertos entre las clases, el periodo de las acciones revolucionarias del proletariado, el periodo de la revolución proletaria, el periodo de la preparación directa de las fuerzas para el derrocamiento del imperialismo y la toma del Poder por el proletariado. Este periodo plantea ante el proletariado nuevas tareas de reorganización de toda la labor del Partido en un sentido nuevo, revolucionario, de educación de los obreros en el espíritu de la lucha revolucionaria por el Poder, de preparación y atracción de las reservas, de alianza con los proletarios de los países vecinos, de establecimiento de sólidos vínculos con el movimiento de liberación de las colonias y de los países vasallos, etc., etc. Pensar que estas tareas nuevas pueden resolverse con las fuerzas de los viejos partidos socialdemócratas, educados bajo las condiciones pacíficas del parlamentarismo, equivale a condenarse a una desesperación sin remedio, a una derrota ineluctable. Querer afrontar estas tareas con los viejos partidos al frente, equivale a encontrarse completamente desarmados. ¿Hace falta, acaso, demostrar que el proletariado no podía resignarse a semejante situación?

De aquí la necesidad de un nuevo partido, de un partido combativo, de un partido revolucionario, lo bastante intrépido para conducir a los proletarios a la lucha por el Poder, lo bastante experto para desenvolverse en las condiciones complejas de la situación revolucionaria y lo bastante flexible para eludir todos y cada uno de los escollos que se interponen en el camino hacia sus fines.

Sin un partido así, no se puede pensar en el derrocamiento del imperialismo, en la conquista de la dictadura del proletariado.

Este nuevo partido es el partido del leninismo.» (Stalin, «Sobre los fundamentos del leninismo»).

2) La historia del Partido bolchevique nos enseña, asimismo, que el partido de la clase obrera no puede cumplir su misión de dirigente de su clase, no puede cumplir su misión de organizador y dirigente de la revolución proletaria, si no posee la teoría de vanguardia del movimiento obrero, si no posee la teoría marxista-leninista.

La fuerza de la teoría marxista-leninista consiste en que da al

* Ed. Europa-América, pags. 78-79. (N. del ed.)

Partido la posibilidad de orientarse dentro de la situación, de comprender el nexo interno que une los acontecimientos que le rodean, de prever la marcha de los acontecimientos y discernir, no sólo cómo y hacia dónde se desarrollan los acontecimientos en el presente, sino también cómo y hacia dónde habrán de desarrollarse en el porvenir.

Sólo un partido que posea la teoría marxista-leninista puede avanzar con paso firme y conducir hacia adelante a la clase obrera.

Por el contrario, un partido que no posea la teoría marxista-leninista veráse obligado a vagar a tientas, perderá la seguridad en sus actos y no será capaz de conducir a la clase obrera hacia adelante.

Podría pensarse que el poseer la teoría marxista-leninista significa aprender conscienzudamente las conclusiones y las tesis que se contienen en las obras de Marx, Engels y Lenin, aprender a citarlas oportunamente y contentarse con ésto, creyendo que las conclusiones y las tesis aprendidas se adaptan a cualesquiera situaciones, a todos los casos de la realidad. Este modo de abordar la teoría marxista-leninista es completamente falso. La teoría marxista-leninista no puede considerarse como un conjunto de dogmas, como un catecismo, como un artículo de fe, ni a los marxistas como eruditos pedantes y exégetas. La teoría marxista-leninista es la ciencia del desarrollo de la sociedad, la ciencia del movimiento obrero, la ciencia de la edificación de la sociedad comunista. Y, como ciencia, no está ni puede estar estancada, sino que se desarrolla y se perfecciona. Es evidente que, en su desarrollo, no puede por menos de enriquecerse con la nueva experiencia, con los nuevos conocimientos, y que algunas de sus tesis y conclusiones no pueden por menos de cambiar a lo largo del tiempo, no pueden por menos de ser reemplazadas por nuevas tesis y conclusiones, con arreglo a las nuevas condiciones históricas.

Poseer la teoría marxista-leninista no significa, ni mucho menos, aprenderse todas sus fórmulas y conclusiones y aferrarse a la letra de ellas. Para poseer la teoría-marxista-leninista, hace falta, ante todo, aprender a distinguir entre su letra y su espíritu.

Poseer la teoría marxista-leninista significa asimilarse el *espíritu* de ella y aprender a aplicarla, para resolver los problemas prácticos del movimiento revolucionario, dentro de las diversas condiciones de la lucha de clases del proletariado.

Poseer la teoría marxista-leninista significa saber enriquecer esta teoría con la nueva experiencia del movimiento revolucionario, saber enriquecerla con nuevas tesis y conclusiones, saber *desarrollarla e impulsarla*, sin retroceder ante la necesidad de reemplazar, partiendo del espíritu de la teoría, algunas de sus tesis y conclusiones, caducas ya, por otras nuevas, con arreglo a la nueva situación histórica.

La teoría marxista-leninista no es un dogma, sino una guía para la acción.

Hasta la segunda revolución rusa (febrero de 1917), los marxistas de todos los países partían del criterio de que la República democrática parlamentaria era la forma de organización política de la sociedad más conveniente para el período de transición del capitalismo al socialismo. Es cierto que Marx había señalado ya en la década del 70 del siglo

pasado que la forma más conveniente de la dictadura del proletariado no era la República parlamentaria, sino una organización política del tipo de la Comuna de París. Pero, desgraciadamente, esta indicación de Marx no fué desarrollada en sus obras y cayó en el olvido. Además, la autorizada declaración hecha por Engels en su crítica del proyecto de programa de Erfurt, en 1891, de que «la República democrática... es... la forma específica para la dictadura del proletariado», no dejaba lugar a duda en el sentido de que los marxistas seguían considerando la República democrática como la forma política de la dictadura del proletariado. Esta tesis de Engels sirvió más tarde de orientación a todos los marxistas, incluyendo a Lenin. Sin embargo, la revolución rusa de 1905, y sobre todo la de febrero de 1917, destacaron una forma nueva de organización política de la sociedad: los Soviets de diputados obreros y campesinos. Basándose en el estudio de la experiencia de las dos revoluciones rusas y partiendo de la teoría del marxismo, Lenin llegó a la conclusión de que la forma política mejor para la dictadura del proletariado no es la República democrática, sino la República de los Soviets. En abril de 1917, en el período de transición de la revolución burguesa a la revolución socialista. Lenin lanzó, basándose en esto, la consigna de organizar la República de los Soviets, como la mejor forma política de la dictadura del proletariado. Los oportunistas de todos los países se aferraban a la República parlamentaria, acusando a Lenin de volver la espalda al marxismo y hundir la democracia. Pero era Lenin, naturalmente, y no los oportunistas, quien representaba el auténtico marxismo y dominaba la teoría marxista, ya que, mientras los oportunistas tiraban de ella hacia atrás y convertían una de sus tesis en un dogma, Lenin la impulsaba, enriqueciéndola con la nueva experiencia.

¿Qué habría sido del Partido, de la revolución proletaria, del marxismo, si Lenin se hubiera plegado a la letra del marxismo, en vez de decidirse a sustituir una de sus viejas tesis, formulada por Engels, por la nueva tesis de la República de los Soviets, que era la que correspondía a la nueva situación histórica? El Partido habría vagado en las tinieblas, los Soviets habrían sido desorganizados, no tendríamos hoy un Poder Soviético y la teoría marxista habría sufrido un serio descalabro. Con ello, habría salido perdiendo el proletariado y habrían salido ganando sus enemigos.

Estudiando el capitalismo preimperialista, Engels y Marx llegaron a la conclusión de que la revolución socialista no podía triunfar en un solo país por separado, de que sólo podía triunfar simultáneamente en todos o en la mayoría de los países civilizados. Esto ocurría a mediados del siglo XIX. Y esta conclusión sirvió más tarde de orientación para todos los marxistas. Sin embargo, a comienzos del siglo XX, el capitalismo preimperialista se convirtió en capitalismo imperialista, el capitalismo ascensional se convirtió en capitalismo agonizante. Basándose en el estudio del capitalismo imperialista y partiendo de la teoría marxista, Lenin llegó a la conclusión de que la vieja fórmula de Engels y Marx no estaba ya en consonancia con la nueva situación histórica, de que la revolución socialista podía perfectamente triunfar en un solo país por separado. Los oportunistas de todos los países se aferraban

a la vieja fórmula de Engels y Marx, acusando a Lenin de volver la espalda al marxismo. Pero era Lenin, naturalmente, y no los oportunistas, quien representaba el auténtico marxismo y dominaba la teoría marxista, ya que, mientras los oportunistas tiraban de ella hacia atrás y la convertían en una momia, Lenin la impulsaba, enriqueciéndola con la nueva experiencia.

¿Qué habría sido del Partido, de la revolución proletaria, del marxismo, si Lenin se hubiera plegado a la letra del marxismo, si no hubiera tenido la valentía teórica necesaria para echar por tierra una de las viejas conclusiones del marxismo, sustituyéndola por su nueva conclusión sobre la posibilidad del triunfo del socialismo en un sólo país por separado, en consonancia con la nueva situación histórica? El Partido habría vagado en las tinieblas, la revolución proletaria se habría quedado sin dirección y la teoría marxista habría comenzado a declinar. Con ello, habría salido perdiendo el proletariado y habrían salido ganando sus enemigos.

El oportunismo no consiste siempre en renegar abiertamente de la teoría marxista o de algunas de sus tesis y conclusiones. A veces, el oportunismo se manifiesta en el intento de aferrarse a determinadas tesis aisladas del marxismo, que han comenzado ya a envejecer y de convertirlas en dogmas, para contener de este modo el desarrollo ulterior del marxismo, y con él —consiguientemente— el desarrollo del movimiento revolucionario del proletariado.

Sin exageración, se puede afirmar que, desde de la muerte de Engels, los únicos marxistas que impulsaron la teoría del marxismo y la enriquecieron con la nueva experiencia, bajo las nuevas condiciones de la lucha de clases del proletariado, fueron el formidable teórico Lenin y, después de él, Stalin y los demás discípulos de Lenin.

Precisamente por eso, porque Lenin y los leninistas impulsaron la teoría marxista, el leninismo es el desarrollo ulterior del marxismo, el marxismo que corresponde a las nuevas condiciones de la lucha de clases del proletariado, el marxismo de la época del imperialismo y de las revoluciones proletarias, el marxismo de la época del triunfo del socialismo en la sexta parte del globo.

El Partido bolchevique no habría podido triunfar en Octubre de 1917 si sus cuadros de vanguardia no hubiesen poseído la teoría del marxismo, si no hubiesen sabido ver en esta teoría una guía para la acción, si no hubiesen sabido impulsar la teoría marxista, enriqueciéndola con la nueva experiencia de la lucha de clases del proletariado.

Criticando a los marxistas alemanes de Norteamérica, que habían tomado en sus manos la dirección del movimiento obrero norteamericano, escribía Engels :

«Los alemanes no han sabido hacer de su teoría la palanca que pusiese en movimiento a las masas norteamericanas. En su mayoría, ni ellos mismos comprenden esta teoría y se comportan con ella de un modo doctrinario y dogmático, creyendo que hace falta aprendérsela de memoria, y que basta con esto para afrontar todas las situaciones de la realidad. Para ellos, esta teoría es un dogma y no una guía para la acción.» (*C. Marx y Engels, Obras completas, t. XXVII, pág. 606.*)

Criticando a Kamenev y a algunos viejos bolcheviques que, en abril de 1917, se aferraban a la vieja fórmula de la dictadura democrático-revolucionaria del proletariado y de los campesinos, en un momento en que el movimiento revolucionario había rebasado esta fórmula y exigía el paso a la revolución socialista, Lenin escribía :

«Nuestra doctrina no es un dogma, sino una guía para la acción, han dicho siempre Marx y Engels, burlándose con razón de los que aprenden de memoria y repiten mecánicamente las «fórmulas», que, en el mejor de los casos, sólo sirven para señalar las tareas generales y que, necesariamente, cambian de forma con la situación económica y política *concreta* de cada fase especial del proceso histórico... Es necesario asimilarse la verdad indiscutible de que el marxista debe aprender de la vida real, de los hechos precisos de la *realidad*, y no continuar aferrándose a la teoría del día antes...» (Lenin, t. XX, págs. 100-101.)

3) La historia del Partido bolchevique nos enseña, además, que el triunfo de la revolución proletaria es imposible sin el aplastamiento de los partidos pequeñoburgueses que actúan dentro de las filas de la clase obrera y empujan a las capas rezagadas de ésta a echarse en brazos de la burguesía, quebrantando con ello la unidad de la clase obrera.

La historia del Partido bolchevique es la historia de la lucha contra los partidos pequeñoburgueses y de su aplastamiento : contra los socialrevolucionarios, mencheviques, anarquistas y nacionalistas. Sin vencer a estos partidos y expulsarlos de las filas del proletariado, no hubiera sido posible conseguir la unidad de la clase obrera y, sin la unidad de la clase obrera, el triunfo de la revolución proletaria habría sido irrealizable.

Sin el aplastamiento de estos partidos, que al principio laboraban por el mantenimiento del capitalismo y, más tarde, después de la Revolución de Octubre, por su restauración, habría sido imposible mantener la dictadura del proletariado, derrotar a la intervención armada extranjera y edificar el socialismo.

No tiene nada de casual el hecho de que todos los partidos pequeñoburgueses, que para engañar al pueblo se bautizaban con el nombre de partidos «revolucionarios» y «socialistas» —los socialrevolucionarios, los mencheviques, los anarquistas, los nacionalistas— pasasen a ser partidos contrarrevolucionarios ya antes de la Revolución socialista de Octubre, para convertirse más tarde en agentes de los servicios de espionaje extranjeros, en una banda de espías, saboteadores, agentes diversionistas, asesinos y traidores a la patria.

«En la época de la revolución social —dice Lenin—, la unidad del proletariado sólo puede realizarla el Partido revolucionario extremo del marxismo, sólo puede realizarse por medio de una lucha implacable contra todos los demás partidos.» (Lenin, t. XXVI, pág. 50.)

4) La historia del Partido bolchevique nos enseña, asimismo, que el Partido de la clase obrera no puede mantener la unidad y la disciplina dentro de sus filas, no puede cumplir con su misión de organizador y dirigente de la revolución proletaria, no puede cumplir con su misión de constructor de la nueva sociedad socialista, sin una lucha

intransigente contra el oportunismo dentro de sus propias filas, sin el aplastamiento de los capituladores en su propio seno.

La historia del desarrollo de la vida interna del Partido bolchevique es la historia de la lucha contra los grupos oportunistas dentro del partido y de su aplastamiento: contra los «economistas», mencheviques, trotskistas, bujarinistas y defensores de las desviaciones nacionalistas.

La historia del Partido bolchevique nos enseña que todos estos grupos capituladores eran, en el fondo, agentes del menchevismo dentro del Partido, sus satélites y continuadores. Al igual que los mencheviques, cumplían la misión de servir de vehículo a la influencia burguesa dentro de la clase obrera y del Partido. Por eso, la lucha por la liquidación de estos grupos dentro del Partido era la continuación de la lucha por la liquidación del menchevismo.

Sin aplastar a los «economistas» y a los mencheviques, jamás se habría logrado edificar el Partido y conducir a la clase obrera a la revolución proletaria.

Sin aplastar a los trotskistas y bujarinistas, jamás se habría logrado preparar las condiciones necesarias para la edificación del socialismo.

Sin aplastar a los defensores de las desviaciones nacionalistas de todos los matices, jamás se habría logrado educar al pueblo en el espíritu del internacionalismo, no se habría logrado defender la bandera de la amistad fraternal entre los pueblos de la U.R.S.S., no se habría logrado edificar la Unión de Repúblicas Soviéticas Socialistas.

Podría pensarse que los bolcheviques han consagrado demasiado tiempo a luchar contra los elementos oportunistas enquistados dentro del Partido, que han exagerado la importancia de estos elementos. Pero esto es completamente falso. No es posible tolerar en el seno del Partido el oportunismo, como no es posible tolerar la existencia de una úlcera en un organismo sano. El Partido es el destacamento dirigente de la clase obrera, su fortaleza de avanzada, su Estado Mayor de combate. No es posible consentir que en el Estado Mayor dirigente de la clase obrera haya gentes psilánimes, oportunistas, capituladores y traidores. Luchar a vida o muerte contra la burguesía, teniendo dentro del propio Estado Mayor, dentro de la propia fortaleza, a capituladores y traidores, es caer en la situación de quien se ve tiroteado desde el frente y desde la retaguardia. Fácil es comprender que la lucha, en estas condiciones, sólo puede conducir a una derrota. El modo más fácil de tomar una fortaleza es atacarla desde dentro. Para conseguir el triunfo, lo primero que hace falta es limpiar el Partido de la clase obrera, su Estado Mayor dirigente, su fortaleza de avanzada, de capituladores, desertores, esquiroles y traidores.

No tiene nada de casual el hecho de que los trotskistas, los bujarinistas, los mantenedores de desviaciones nacionalistas, luchando contra Lenin y contra el Partido, hayan acabado como acabaron los partidos mencheviques y socialrevolucionario: convirtiéndose en agentes de los servicios de espionaje fascistas, convirtiéndose en espías, en

saboteadores, en asesinos, en agentes diversionistas, en traidores a la patria.

«No es posible triunfar en la revolución proletaria, no es posible defenderla, teniendo en las propias filas a reformistas, a mencheviques. Esto es evidente en el terreno de los principios. La experiencia de Rusia y de Hungría lo confirma palpablemente... En Rusia, hemos atravesado *muchas veces* por situaciones difíciles en las que el régimen soviético habría sido infaliblemente derrotado si hubiesen quedado mencheviques, reformistas, demócratas pequeñoburgueses, dentro de nuestro Partido...» (Lenin, t. XXV, págs. 462-463.)

«Si nuestro Partido —dice el camarada Stalin— ha conseguido forjar dentro de sus filas una unidad interior y una cohesión nunca vista, se debe ante todo al hecho de que supo limpiarse a tiempo de la escoria del oportunismo, arrojar del Partido a los liquidadores y mencheviques. Para desarrollar y consolidar los partidos proletarios hay que depurar sus filas de oportunistas y reformistas, de socialimperialistas y socialchovinistas, de socialpatriotas y socialpacifistas. El Partido se fortalece depurándose de los elementos oportunistas.» (Stalin, «Sobre los fundamentos del leninismo».)*

5) La historia del Partido bolchevique nos enseña, además, que el Partido no puede cumplir su misión de dirigente de la clase obrera si, perdiendo la cabeza con los éxitos, comienza a vanagloriarse, si deja de advertir las deficiencias de su labor, si teme reconocer sus errores, si teme corregirlos a su debido tiempo, abierta y honradamente.

El Partido es invencible si no teme la crítica ni la autocrítica, si no disimula los errores y deficiencias de su labor, si enseña y educa los cuadros con el ejemplo de los errores del trabajo del Partido y sabe corregirlos a tiempo.

El Partido se hunde si oculta sus errores, si disimula sus lados flacos, si encubre sus defectos con una falsa exhibición de alegría, si no tolera la crítica y la autocrítica, si se deja penetrar del sentimiento de la fatuidad, si se deja llevar por el sentimiento del amor propio y comienza a dormirse sobre los laureles.

«La actitud de un partido político ante sus errores es —dice Lenin— uno de los criterios más importantes y más fieles de la seriedad de ese Partido y del cumplimiento *efectivo* de sus deberes hacia su *clase* y hacia las *masas* trabajadoras. Reconocer abiertamente los errores, poner al descubierto sus causas, analizar minuciosamente la situación que los ha engendrado y examinar atentamente los medios de corregirlos: esto es lo que caracteriza a un Partido serio, en esto es en lo que consiste el cumplimiento de sus deberes, esto es educar e instruir primero a la *clase*, y después a las *masas*.» (Lenin, t. XXV, pág. 200.)

Y más adelante:

«Todos los partidos revolucionarios que se han hundido, hasta ahora, se han hundido por dejarse llevar del *engreimiento* y no saber ver en qué consistía su fuerza y por *temor a hablar de sus debilidades*. Pero nosotros no nos hundiremos, porque no tenemos miedo a hablar de nuestras debilidades y aprendemos a superarlas.» (Lenin, t. XXVII, pgs. 260-261.)

6) Finalmente, la historia del Partido bolchevique nos enseña que, sin mantener amplios vínculos con las masas, sin fortalecer constantemente estos vínculos, sin saber escuchar atentamente la voz

* Ed. Europa-América, pág. 90. (N. del ed.)

de las masas y comprender sus necesidades más apremiantes, sin ser capaz nos sólo de enseñar a las masas, sino también de aprender de ellas, el Partido de la clase obrera no puede ser un verdadero partido de masas, apto para arrastrar consigo a millones de obreros y de toda clase de trabajadores.

El Partido es invencible si sabe, como dice Lenin, «vincularse con las masas, acercarse a ellas y hasta cierto punto, fundirse, por decirlo así, con las más extensas masas trabajadoras en primer lugar, con proletarios, pero también con la masa trabajadora no proletaria». (Lenin, t. XXV, pág. 174.)

El Partido se hunde si se encierra en su estrecha concha de Partido, si se desliga de las masas, si se cubre de moho burocrático.

«Se puede reconocer como norma —dice el camarada Stalin— que, mientras conserven el contacto con las grandes masas del pueblo, los bolcheviques serán invencibles. Y, al contrario, en cuanto se desliguen de las masas y pierdan el contacto con ellas, en cuanto se dejen cubrir por la herrumbre burocrática, perderán toda su fuerza y quedarán anulados.

Los griegos de la antigüedad tenían en su mitología un héroe famoso, Anteo, que era, según la leyenda, hijo de Poseidón, dios de los mares, y de Gea, diosa de la tierra. Anteo quería mucho a su madre, que lo había dado a luz y lo había criado y educado. No existía héroe al cual no hubiera vencido Anteo. Se consideraba como un héroe invencible. ¿En qué consistía su fuerza? Consistía en que, siempre que se sentía a punto de verse vencido en la lucha contra un enemigo, tocaba a la tierra, su madre, que le había dado a luz y criado, y ésta le infundía nuevo vigor. Pero Anteo tenía su punto débil: era el peligro de verse separado de la tierra. Sus enemigos conocían esta debilidad suya, y lo vigilaban. Y he aquí que un día un enemigo se aprovechó de esta debilidad, vencéndole. Este enemigo era Hércules. ¿Cómo lo venció? Lo separó de la tierra y lo levantó en vilo, quitándole la posibilidad de tocar la tierra y ahogándole así en el aire:

A mí me parece que los bolcheviques recuerdan a Anteo, el héroe de la mitología griega. Lo mismo que Anteo, son fuertes porque mantienen contacto con su madre, las masas, que los dieron a luz, los criaron y educaron. Y mientras mantengan el contacto con su madre, el pueblo, cuentan con todas las posibilidades de ser invencibles.

En esto está la clave del por qué la dirección bolchevique es invencible.» (Stalin, «Sobre las deficiencias del trabajo del Partido»)*

Tales son las enseñanzas fundamentales del camino histórico recorrido por el Partido bolchevique.

* Ed. Europa-América, págs. 74-75. (N. del ed.)

MINISTERIO
DE CULTURA



Les reivindicaciones coloniales del fascismo alemán

por K. FUNK

Se ha escrito y discutido mucho ultimamente, con simpatía unas veces, con antipatía, otras, de las reivindicaciones coloniales del régimen hitleriano. Con arreglo a las intenciones de sus instigadores, la propaganda del fascismo alemán en este aspecto se ha apuntado un tanto, logrando que las reivindicaciones alemanas hayan sido objeto de discusiones durante las cuales ha podido el régimen hitleriano sondear los puntos de ataque en que podía insistir con más probabilidad de éxito, aunque sus reivindicaciones no han sido formuladas de una manera concreta.

El *Times* que, como se recordará fué el portavoz del fascismo alemán en el asunto de Checoeslovaquia, ha expuesto el 16 de noviembre de 1938 una opinión acerca de las reivindicaciones alemanas que, a juzgar por la experiencia europea, debía haber llamado más la atención. Este periódico reaccionario se ha creído en el deber de interceder en buena y debida forma en favor de la cesión de colonias a Alemania, en el mismo momento en que las grandes masas del pueblo inglés estaban indignadas ante los odiosos pogromos contra los judíos en Alemania.

El periódico, cuyos directores conocen muy bien los procedimientos de los « exploradores » coloniales alemanes tales como Peters y otros de su misma especie, y que probablemente conserva aún los informes ingleses, acerca de la política colonial alemana, intentó nadar contra la corriente de la opinión pública inglesa entregando por anticipado al régimen hitleriano un certificado atestiguando que ese régimen tratará a los pueblos coloniales más suavemente que a los judíos alemanes. Dada la influencia actual de la dirección del *Times* en la política de la reacción imperialista de Inglaterra, esa actitud conciliadora ante las reivindicaciones coloniales del fascismo alemán debe interpretarse como un indicio de que los dirigentes reaccionarios de la política inglesa tienden a hacer, en esta como en tantas otras cuestiones, ciertas concesiones al régimen hitleriano. La *fairness* característica de los

políticos de la época de Chamberlain hace suponer que la reacción inglesa intentará ante todo, y siguiendo el procedimiento de Munich, realizar una «paz colonial» o un «arreglo de las colonias» a costa de terceras potencias. Esto, en Bélgica, en Portugal y en Holanda, inquieta a grandes masas de la población que sienten con razón que se discute a espaldas suyas acerca de sus posesiones coloniales. Ahora bien; la evolución de las relaciones franco-italianas y las declaraciones de los hombres de Estado y de los periódicos ingleses acerca de la actitud del gobierno británico ante el conflicto franco-italiano, demuestran que las reivindicaciones coloniales formuladas por el fascismo italiano (que obra sin duda alguna de acuerdo y en interés común, con el fascismo alemán) y dirigidas a una gran potencia de tanta categoría como Francia, no se refieren ni amenazan solamente a los países pequeños.

Aunque las reivindicaciones coloniales del fascismo alemán no han sido formuladas oficialmente de una manera absolutamente concreta, es indudable que en un porvenir muy próximo estarán esas reivindicaciones en el primer plano de los intereses internacionales. La propaganda fascista en Alemania y en el extranjero ha realizado un vasto trabajo preparatorio. «La caldera estallará algún día», dijo Goebbels en febrero de 1936. Mientras tanto, la evolución de la política interior y exterior de Alemania ha acumulado tales presiones que se va acercando el peligro de explosión. Gracias a la actitud adoptada por la reacción inglesa y francesa, Munich ha quitado muchos obstáculos al fascismo alemán. Los ataques del fascismo italiano representan también, dada la influencia de los círculos reaccionarios en la política de Inglaterra y de Francia, otros tantos servicios prestados al fascismo alemán, que los aprovechará para realizar un nuevo avance. La prensa de Goebbels se ha apresurado a establecer una relación entre las reivindicaciones italianas respecto a Francia y las aspiraciones coloniales alemanas. También en esto, se abstienen deliberadamente de concretar las regiones exigidas por los intereses coloniales alemanes, dejando adivinar que el cuadro de las reivindicaciones alemanas es amplísimo. Sin embargo, de las diversas publicaciones de la oficiosa *Correspondencia diplomática y política alemana*, se desprende que la «restitución de las antiguas colonias alemanas» no constituye más que una de las numerosas reivindicaciones coloniales del fascismo alemán. El *Berliner Boersezeitung* aprovechó un discurso del primer ministro belga, Spaak, para recalcar que el problema colonial alemán no se reduce a una «restitución», sino que es mucho más amplio. El *Frankfurter Zeitung* ha dicho sin ambages que el reforzamiento de la situación de Alemania en el continente no le permite renunciar a sus «derechos» coloniales y ultramarinos. Swarz von Berk, redactor jefe del *Angriff*, comisionado para dar la vuelta al mundo, resumió así las impresiones del primer año de su viaje, durante el cual visitó Egipto, Palestina, la India, Austria, etc.: después de referirse a la lucha por la libertad del pueblo chino y a las aspiraciones de los países coloniales a su independencia, dijo lo siguiente:

«En este momento histórico, Alemania anuncia su visita. ¿Se la querrá admitir entre las potencias mundiales o se prescindirá de sus fuerzas, cuando de ello depende cuanto el hombre blanco ha creado en el mundo?»

Leyendo al azar los artículos de los periódicos fascistas, todo el mundo podrá convencerse de que las reivindicaciones y las pretensiones coloniales del fascismo alemán van muy lejos y son variadísimas. No se pueden comprender y juzgar más que relacionándolas, y no por contraste, con los planes del fascismo alemán acerca de una «reorganización» y de un «arreglo» de Europa. Se cometerían errores fatales y se llegaría a conclusiones absolutamente falsas si se creyera que el fascismo alemán se propone insistir sobre la restitución de las antiguas posesiones coloniales alemanas por razones de «prestigio» o de «derecho» y que, por lo demás, se contentará con la hegemonía en el continente europeo.

Jorge Dimitroff ha dicho con sobrada razón :

«Hay que darse cuenta de que la cuestión se ha salido ya del marco de una revisión unilateral del tratado de Versalles por los Estados fascistas. Se trata de un nuevo reparto del mundo. No se trata solamente de una redistribución de las posesiones coloniales existentes. El fascismo incluye en el orden del día el nuevo reparto de la propia Europa, la colonización de una serie de Estados europeos, la esclavización imperialista de una serie de pueblos de Europa.» (*)

Las reivindicaciones coloniales como parte del programa de un nuevo reparto del mundo.

La táctica «experimentada» del fascismo alemán consiste en propagar primero y sistemáticamente en el interior del país las reivindicaciones de política exterior y hacerlo de una manera que impresione y fanatico a ciertos sectores de la población. Ya hace tiempo que las reivindicaciones coloniales constituyen una de las materias de enseñanza. Hay en Alemania una voluminosa literatura sobre las colonias. En las grandes ciudades se abren sucesivamente exposiciones coloniales. En ciertos grupos profesionales o en ciertas capas de la población particularmente interesadas en el comercio de exportación, se da a entender que sus intereses estarían mejor guardados si Alemania consiguiese posesiones coloniales. Los propagandistas del fascismo no se preocupan mucho de que los argumentos invocados, por ejemplo, por Rudolf Boehmer, para demostrar que las colonias ofrecen inmensas posibilidades para el establecimiento en masa de campesinos y de colonos alemanes, están en irreductible contradicción con los cálculos de otro especialista oficial, Paul Rohrbach. De estos cálculos se deduce, en efecto, que un dominio colonial de la extensión de Baviera (70.000 kilómetros cuadrados con 6 millones de habitantes) no podría sostener más que 58.000 colonos.

Los propagandistas de las reivindicaciones coloniales alemanas se guardan muy bien de confesar al pueblo que los planes de coloni-

(*) J. DIMITROFF, *Después del complot de Munich. Frente único del proletariado internacional y de los pueblos contra el fascismo*. Ediciones Europa-América, 1938, Barcelona.

zación del régimen hitleriano no proporcionarían al principio y durante cierto período a las grandes masas alemanas más que cargas extraordinarias, para permitir al régimen financiar la construcción de caminos y la creación de diversas industrias, sin olvidar los trabajos de fortificación. Además de los atrayentes colores con que la propaganda alemana en el interior pinta los cuadros del porvenir, hace uso sobre todo de los argumentos «nacionales» tales como «igualdad de derechos», «derecho a la categoría de gran potencia», «prerrogativas condicionadas por la misión radical del pueblo alemán», etc. El objetivo inmediato de esa propaganda es crear en el interior ciertas premisas favorables a los ataques que se preparan en el terreno de la política exterior, desde el punto de vista colonial.

Intentemos ahora precisar el punto ya alcanzado por el régimen hitleriano en su ruta hacia las conquistas coloniales. La propaganda en favor de la «restitución de las antiguas posesiones coloniales alemanas» ha producido ya en el extranjero resultados bastante apreciables. Sobre todo después de Munich, los círculos burgueses estiman que se demuestra un verdadero talento político murmurando que se posee un triunfo que emplear si el régimen hitleriano continuase inquietando al mundo con sus reivindicaciones; ese triunfo es la restitución de las antiguas colonias alemanas administradas hoy a título de «mandato» por Inglaterra, Francia, Bélgica, Japón, Australia, Unión Eudáfrica y Nueva Zelanda. Verdad es que los partidarios de semejante gesto no suelen pensar más que en una solución parcial, admitiendo, si ello es posible, una excepción para su propio país. Pero también hay partidarios consecuentes de una actitud «amplia» y «generosa» hacia el régimen hitleriano, los cuales creen que el fascismo alemán quedará satisfecho con la restitución de los países sometidos a mandato y renunciará a toda otra reivindicación. Ante esas ilusiones, no se insistirá nunca lo bastante sobre el hecho de que el régimen hitleriano, aunque coloque en el primer plano la «restitución», no se guía por las mismas razones tácticas que le inspiraron para realizar nuevamente la anexión del Sarre, el establecimiento del servicio militar obligatorio, la ocupación de la Renania, la creación de una gran flota aérea, la anexión de Austria, la anexión de la región de los Sudetes, etc. Para comprender mejor los métodos de la política exterior fascista, hay que darse cuenta del paralelismo—subrayado por los representantes del régimen hitleriano—existente entre su conquista del poder absoluto en Alemania y su marcha hacia la hegemonía mundial. La invocación de la «legalidad» jugó oportunamente un papel importante en Alemania. Todos sabemos adonde ha conducido al país aquella legalidad y no es difícil pronosticar la evolución ulterior de las reivindicaciones de «restituciones» basadas en un «derecho» imperialista.

Pero el régimen hitleriano no quiere esperar una futura «restitución» amistosa y además no se contentará con ella. Esta es la deducción que se desprende sin ningún género de dudas de las amplias disposiciones adoptadas discretamente por el fascismo alemán, con objeto de poseer en tiempo oportuno posiciones—llaves que le permitan aumentar la presión sobre los adversarios o los compinches dis-

puestos a ceder. Las antiguas colonias alemanas poseen una red completa de puntos de apoyo y de agencias fascistas. En ciertos sitios, los empleados de comercio y los «sabios» alemanes son más numerosos que en la época en que esas colonias pertenecían oficialmente a Alemania. En Africa del Sur y en Tanganika, países importantes por razones estratégicas, los fascistas alemanes poseen, además de sus representantes directos, aliados y vasallos entre los boers e incluso en las organizaciones inglesas. El Marruecos francés está sembrado de células del fascismo alemán y está unido por numerosos hilos al Marruecos español fascista. Asimismo, las islas Baleares, convertidas en base de los aviones de los intervencionistas fascistas en España, les permiten al mismo tiempo cortar las líneas de comunicaciones entre Francia y el Africa del Norte; varias islas próximas a las costas africanas han sido preparadas por el fascismo alemán e italiano para atacar las posesiones de otras potencias.

Teniendo en cuenta los esfuerzos del régimen hitleriano para conseguir la «restitución» de las antiguas colonias alemanas en relación con los manejos del fascismo italiano en el Mediterráneo; con el trabajo de disgregación en el Marruecos francés y con la lucha por la influencia en Egipto y en Africa del Sur, un observador atento observará que el Africa entera se halla dentro de una tenaza y que, además, está sembrada de centros de agitación fascista. Las dos potencias fascistas ponen particular cuidado en influir en el movimiento musulmán que, lo mismo en los países árabes que en otras comarcas, sirve a los intereses imperialistas del eje Berlin-Roma. Estos hechos ponen al descubierto con particular claridad el papel de Africa, que el fascismo alemán ha definido hace poco tiempo y en diversas ocasiones como una «región de reserva económica».

Después de su éxito en Munich, el fascismo alemán y su aliado italiano esperan tanta ayuda y tanto apoyo de Inglaterra y de Francia, que creen ser en un porvenir muy próximo dueños del Africa, que para ellos ha de representar el papel de una «región de reserva»; las posiciones-llaves serán preparadas para amenazar y cortar las líneas de comunicación de las colonias situadas en otras partes del mundo y pertenecientes a otras potencias. Porque los intereses coloniales del fascismo alemán no se reducen al Africa; se extienden también a la América del Sur, al Oriente y al Asia y para cada una de estas tres partes del mundo, posee el fascismo un programa especial y métodos de trabajo adecuados. Sin embargo, en su aspecto general, las reivindicaciones y la actividad coloniales del fascismo alemán constituyen en todos los casos un peligro directo para la paz y para el *statu quo* actual y tienden a un desplazamiento decisivo del centro de gravedad que asegure al imperialismo alemán la hegemonía mundial. En este orden de ideas, son particularmente interesantes los vastos planes del fascismo alemán en Asia, planes cuya realización debe ser ayudada por el Japón y por un vasto movimiento «panislámico». El régimen hitleriano sustenta el principio de actuar apoyándose simultáneamente en los círculos más reaccionarios de las potencias imperialistas y en las células diseminadas en todos los pueblos coloniales oprimidos. Procura influir por medio de sus agentes en los movi-

mientos de emancipación nacional y, en cierta medida, explotar estos movimientos como trabajos preparatorios en interés del imperialismo alemán. Sin embargo, el fascismo alemán no es nunca un verdadero aliado ni un verdadero punto de apoyo de los pueblos coloniales oprimidos, ni siquiera cuando finge, como lo ha hecho con Palestina, ponerse al lado de esos pueblos. Mas bien puede afirmarse que, en la política colonial del siglo imperialista, el fascismo alemán se revela como la fuerza más reaccionaria y más peligrosa. Las reivindicaciones y las teorías coloniales del fascismo alemán constituyen un peligro para el mundo, no solamente porque multiplican las posibilidades de guerra imperialista, sino también por su carácter especial y por las consecuencias que tienen para los mismos pueblos coloniales.

El carácter «especial» de las reivindicaciones coloniales alemanas.

Las recientes publicaciones del fascismo alemán expresan en numerosos lugares la idea de que la valorización del África debe ser considerada como un «trabajo común» de los europeos. Schwarz von Berk, al que ya hemos citado, insiste también en los intereses comunes de los «blancos» en la cuestión colonial. Para comprender el papel que en la política colonial representa el fascismo alemán, importa precisar lo que se llama el «trabajo común» y los «intereses comunes» de los «blancos», sobre todo teniendo en cuenta que los círculos dirigentes del Labour Party inglés están obsesionados por la idea de «trabajo común» (en relación con un reparto «justo» de las fuentes de materias primas).

La literatura especial del fascismo alemán sobre las colonias recalca insistentemente que el fascismo alemán considera la explotación y la opresión de los pueblos, de los Estados y de continentes enteros como un privilegio indiscutible y eterno de la «raza dominante» llamada según la teoría racial fascista a dominar el mundo. La teoría racial fascista juega, en la penetración y la influencia en los países coloniales, un papel semejante al antisemitismo como medio para minar y disgregar a los Estados europeos.

Paul Rohrbach, teórico fascista del problema colonial, ha expuesto claramente las concepciones del fascismo alemán afirmando que el negro es un ser racialmente inferior al «blanco» y por consiguiente debe estar bajo «la tutela permanente del blanco», que es único capaz de realizar

«la gran obra de transformación del África, organizando, en interés del progreso de la cultura general, las considerables fuerzas físicas y la facultad de asimilación de los negros». (*)

El progreso de la cultura general no significa en este caso más que una explotación sistemática en los países coloniales de las riquezas mineras, de los productos del suelo y de la mano de obra, en beneficio

(*) RÖHRBACH, *Las reivindicaciones coloniales de Alemania*.

de los opresores. La frase sobre la «misión cultural» de los opresores llamados a «educar» a los países coloniales no tiene nada que hacer aquí y desde luego la literatura colonial de los fascistas se emplea muy rara vez en su antiguo sentido. El fascismo habla de la «inmutabilidad» y de la «eternidad» de la opresión colonial como de una cosa natural. Se burla descaradamente de los intentos de enseñar a leer y escribir a los negros y demás pueblos coloniales y de comunicarles una cultura general. Se debe disciplinar a los pueblos coloniales y enseñarles lo necesario para obtener de su fuerza de trabajo el mayor rendimiento posible, pero el arte pedagógico consiste precisamente en infundirles

«el sentimiento de su subordinación al carácter, a la justicia y a la solitud del hombre blanco». (ROHRBACH.)

El fascismo alemán emplea hoy toda clase de medios para realizar, en la mayor medida posible, esa concepción de la política colonial. Para ello, no es necesaria la «restitución» de las antiguas colonias alemanas. En Africa del Sur, en Méjico y en otros países, los agentes alemanes y los aliados del fascismo alemán propagan sistemáticamente y ponen en práctica esas teorías. Para los pueblos coloniales y para las poblaciones de los Estados dependientes, la extensión de esa ideología racial fascista sería una fuente de nuevos e interminables conflictos y conduciría a su disgregación y finalmente a su sumisión al fascismo alemán, que es la potencia menos escrupulosa y la más experta.

Por consiguiente, si el fascismo habla hoy de la colaboración «europea» en el terreno colonial, es porque quiere que sus principios, es decir, los principios de la potencia imperialista más reaccionaria sean generalmente reconocidos, con objeto de poder obrar como materias explosivas.

Esa ideología racista del fascismo se armoniza perfectamente con la táctica del fascismo alemán, consistente en provocar en ciertos sitios que se juzgan más favorables, bajo la capa de la lucha contra la «opresión nacional», movimientos de los pueblos coloniales con objeto de eliminar a todos sus concurrentes europeos y americanos y afirmar más fuertemente su propia hegmonía. La consigna de «los intereses de los blancos» la adopta el fascismo alemán por razones de oportunidad y con la esperanza de facilitar la preparación de sus golpes decisivos en el terreno colonial, ya que esa consigna obliga transitoriamente a ciertos círculos reaccionarios de Inglaterra, de Francia y de América a adoptar una actitud benévola hacia el fascismo alemán.

En cuanto a los pueblos coloniales, no pueden esperar de los fascistas alemanes otra cosa que una reedición de las expediciones alemanas de castigo, de las que se acuerdan muy bien, el exterminio de fracciones enteras de la población y, lo que es más grave, la creación de un régimen imperialista de una brutalidad sin precedentes. En la propia Alemania el régimen hitleriano ha transformado a los ciudadanos del Estado en «gentés del séquito» (*Gefolgschaftsleute*), inferiores a los antiguos súbditos. ¡Cuántas crueldades indescriptibles hace sufrir el

fascismo alemán a su «compañeros blancos» en los campos de concentración! ¡Con que falta de escrúpulos los explota en las fábricas de armas, o en la construcción de autopistas y fortificaciones! Y ¿no trata peor aún a los súbditos de los países anexionados o convertidos en vasallos suyos?. Imagínese, pues, lo que haría donde fuese el dueño absoluto. Y no hablemos de las palizas o de las ejecuciones. Hay algo peor todavía. El fascismo alemán detendría completamente el desarrollo cultural de pueblos enteros y transformaría este desarrollo en lo contrario. Por lo que se refiere a los medios de semejante opresión terrorista de los pueblos coloniales, el teórico del fascismo alemán, Paul Rohrbach, a quien ya hemos citado antes deplora en su libro, publicado en 1937, que las tropas alemanas no tuviesen a su disposición en 1904 aviones de guerra para exterminar a los Herreros y asegura que los modernos medios de combate del ejército alemán serían mucho más eficaces para reducir y castigar a los pueblos coloniales que los empleados antaño. Rohrbach expone con bastante franqueza los fines de la política colonial alemana en Africa, fines que, con pequeñas modificaciones, son también aplicables a otras regiones coloniales y a los países que todavía son independientes pero que deben ser colonizados por el fascismo alemán.

«Africa es desde hace ya mucho tiempo el continente colonial por excelencia y continuará siéndolo. Por varios motivos, se diferencia de otras regiones de ultramar que interesan a la economía europea. En primer lugar no está todavía desarrollada desde el punto de vista del número de habitantes. En segundo lugar, las razas africanas aunque ofrecen más resistencia que nosotros, los blancos, a la influencia nociva del clima y del medio ambiente, son y serán siempre inferiores a los europeos por su capacidad intelectual racial, razón por la cual están destinadas a ser guiadas por nosotros. En tercer lugar, según lo que puede preverse humanamente, jamás nacerá en el pueblo africano una gran industria de creación puramente indígena.»

He aquí una exposición auténtica y relativamente franca de la política colonial reaccionaria y parasitaria proyectada por el fascismo alemán y practicada ya en las regiones no africanas y hasta en los países europeos anexionados, con la diferencia, por ejemplo, de que las industrias de esos países son arruinadas y liquidadas, si su desaparición sirve a los intereses del capital monopolista alemán.

Es necesario que la clase obrera internacional adopte una actitud firme y unida frente a las reivindicaciones coloniales alemanas.

En cuanto ello es posible en una breve exposición, hemos intentado demostrar que las reivindicaciones y las teorías coloniales del fascismo alemán son mucho más reaccionarias que los métodos coloniales empleados hasta hoy por los Estados imperialistas. Al juzgar esas reivindicaciones y esos manejos, el movimiento obrero internacional debe tener en cuenta que no solamente multiplican las causas

y las probabilidades de guerras imperialistas de conquista, sino que representan un intento de la potencia más reaccionaria y más imperialista de interrumpir todo progreso ulterior de la sociedad humana, sustituyendolo por la degeneración y la sumisión al regimen inhumano de espoliación y de servidumbre instaurado por el fascismo alemán.

Por consiguiente, la clase obrera internacional y las organizaciones obreras marxistas no pueden considerar con indiferencia las reivindicaciones coloniales alemanas y los manejos del fascismo alemán en los países coloniales y dependientes. No basta hacer como los círculos dirigentes socialistas franceses e ingleses, que se limitan a pronunciarse vagamente contra la política colonial imperialista en general, para reconocer finalmente, encogiéndose de hombros, el «fundamento» relativo de las pretensiones alemanas «mientras existan en general una política y una dominación coloniales». En último análisis, ese punto de vistaseudoradical es tan burgues e imperialista como el de esos «socialistas» que adoptan la plataforma de la política colonial de sus respectivas burguesías.

En un porvenir muy próximo, la cuestión colonial planteada por el fascismo alemán adquirirá tal importancia que obligará a todas las fuerzas políticas activas a adoptar ante ella una actitud clara. Y ya no será posible pronunciarse vagamente contra la política colonial «en general» ni limitarse a adaptarse al punto de vista de tal o cual gobierno burgués. Ya se dejan sentir en las regiones coloniales los resultados de la actividad fascista alemana; el fascismo alemán más o menos disfrazado, es ya un factor político y entorpece las tentativas emprendidas por los pueblos coloniales oprimidos para conquistar su independencia y su libertad nacionales.

En interés de la lucha libertadora de la clase obrera internacional, se puede y se debe encontrar un punto de vista que permita unificar en la medida de lo posible todas las fuerzas progresivas de la pequeña burguesía de los países capitalistas. En interés de todos los grupos antes citados, este punto de vista no puede consistir más que en rechazar las reivindicaciones coloniales del fascismo alemán y oponerse a sus manejos en los países coloniales; pedir la ampliación de los derechos democráticos y de la libertad de los pueblos coloniales y semicoloniales. Solo adoptando este punto de vista, se encontrará la fuerza necesaria para oponerse a las tentativas de capitulación y a las negociaciones clandestinas de los reaccionarios ingleses y franceses que pretenden comprar una tregua para ellos mismos, a costa de concesiones a Alemania. La denegación incondicional de las reivindicaciones coloniales alemanas es indispensable para impedir la instauración de una nueva era de política colonial imperialista más brutal que todas y empapada de la ideología rasista preconizada por el fascismo alemán. Semejante denegación está de acuerdo con los intereses de la mayoría del propio pueblo alemán que no puede esperar ningún mejoramiento de sus durísimas condiciones de vida, de ningún éxito de las aspiraciones coloniales fascistas y que, en cambio, tendría que soportar pesadísimas cargas (nuevos impuestos, trabajo obligatorio, reducción de salarios en razón de una mano de obra barata que aprovecharían el regimen fascista y los monopolios capitalistas).

El punto de vista esbozado aquí a grandes rasgos puede unificar a las fuerzas decisivas cuyos intereses están en litigio y se impediría que el fascismo alemán obtuviese, adquiriendo colonias y explotando y falsificando con fines reaccionarios las aspiraciones liberadoras de los pueblos (como las de las árabes, por ejemplo) un aumento de fuerzas de las que solo haría uso para subyugar a la humanidad y oprimir todavía más cruelmente al propio pueblo alemán. Es posible y, sobre todo, es necesario que las organizaciones obreras del mundo adopten una actitud firme, unida y francamente negativa ante las pretensiones del fascismo alemán.



MINISTERIO
DE CULTURA

El congreso nacional del partido socialista francés

por Pierre VIDAL

Inmediatamente después del complot tramado por Chamberlain y Daladier, Hitler y Mussolini, el Partido socialista francés se pronunció casi unánimemente en favor de la desastrosa política de Munich. En la sesión de la Cámara, convocada por Daladier al regresar de Munich, un solo socialista, Jean Bouhey, votó con los comunistas contra la traición perpetrada por el gobierno francés contra Checoslovaquia, contra los intereses del pueblo francés, contra la lucha de todos los pueblos contra los agresores fascistas.

El Congreso extraordinario del Partido socialista francés reunido en Montrouge el 24 de diciembre de 1938, tuvo resultados totalmente distintos. La mayoría de los socialistas franceses condenó en dicho congreso la política de Munich y exigió una *política de resistencia enérgica al agresor fascista*. No debe ignorarse, ciertamente, que una importante minoría continúa defendiendo el punto de vista de la capitulación efectiva ante el agresor fascista y que la propia mayoría está aún lejos de haber sacado todas las consecuencias que se derivan de su apreciación de la situación política.

El congreso del Partido ha sido la expresión del despertar de la conciencia que se está operando en el seno de las masas obreras socialistas, pero también ha sido la expresión de la gran confusión que existe en las filas socialistas y de la actividad que desarrollan los saboteadores y los provocadores trotskistas, que siguen al servicio de sus amos fascistas. Sin embargo, ni los capituladores ni los representantes del fascismo han logrado desconcertar la clara conciencia de clase, la voluntad proletaria de lucha que anima a la gran mayoría de los obreros socialistas franceses, ni inocularle los principios de su política de capitulación, pero han conseguido provocar una profunda división en el Partido socialista, disminuyendo la eficacia de su acción. Los camaradas socialistas partidarios de la resistencia resuelta al agresor fascista tienen hoy una importante labor que realizar: atraer a esta política a todos los obreros socialistas, realizar la unidad de los obreros socialistas en la lucha contra el agresor fascista y contra sus cómplices. Realizar esa unidad en la lucha, lograr que los obreros franceses demuestren la mayor resolución y vean la finalidad perseguida, es de una importancia decisiva, no solo para el

Partido socialista, sino para toda la clase obrera francesa ; por eso no tenemos solamente el derecho, sino también el deber de tomar parte en las graves discusiones de nuestros camaradas socialistas y de no ocultarles nuestra opinión. En el Congreso extraordinario celebrado por nuestros camaradas socialistas, se han tratado los problemas actuales más importantes del movimiento obrero internacional, el problema de la guerra y de la paz, el de la política exterior antifascista de la clase obrera. Los problemas a que respondía el manifiesto de la Internacional Comunista del 7 de noviembre de 1938 han preocupado también al congreso de nuestros camaradas socialistas, y su manera de resolver estas cuestiones no carece de importancia para la clase obrera...

Los hombres de Munich lograron engañar y desorientar a los pueblos en los primeros momentos. Es indudable que entre los que se dejaron engañar hubo grandes masas de obreros y que, en los primeros instantes, la mayor parte de nuestros camaradas socialistas se dejó engañar, creyendo que se había salvado la paz. Tan peligrosas ilusiones, que paralizaron durante algún tiempo a la clase obrera, se esfumaron rápidamente. Los acontecimientos que sucedieron a la reunión de Munich sacudieron a las masas y les abrieron los ojos. Checoslovaquia se convirtió en un Estado vasallo de Alemania, Hitler pronunció frases amenazadoras contra las potencias occidentales, aceleró febrilmente el ritmo de la producción de guerra, intentó hacer de la Ucrania subcarpática un escalón del imperialismo alemán y planteó categóricamente la reivindicación de un Imperio colonial alemán. El fascismo italiano desencadenó una desenfrenada agitación, reivindicó Córcega, Túnez y Niza y envió más tropas a España. Las masas populares de todos los países se vieron obligadas a reconocer que Munich no había salvado la paz, que Munich había agudizado el peligro de guerra. Al mismo tiempo que el fascismo exterior redoblaba sus ataques, la reacción francesa comenzó una violenta ofensiva contra los derechos conquistados por los obreros y las masas populares. Daladier hizo traición al Frente popular y, con la aprobación de los fascistas alemanes, se puso a la cabeza de la ofensiva desencadenada contra la semana de 40 horas, contra la legislación social, contra las libertades democráticas del pueblo francés. El cerco fascista en el exterior, el sabotaje reaccionario en el interior, fueron, para Francia las consecuencias inmediatas, de la política inaugurada en Munich.

Bajo la impresión de estos acontecimientos, se desarrolló en las filas del Partido socialista una *resistencia a la política de capitulación*. Comenzó la división de los espíritus ; a un lado, se agruparon los socialistas que nos están dispuestos a capitular ante el fascismo, los que, ante los acontecimientos, tienen el valor de reconocer sus errores y, al otro lado, los capituladores que hacen el juego al fascismo y ven el principal enemigo, no en el fascismo, sino en las fuerzas revolucionarias de la clase obrera. Entre ambos campos, formados con relativa rapidez, había una gran masa de vacilantes, de indecisos, de hombres sumergidos en la práctica, que no reconocen la importancia decisiva de una línea política clara, miembros sinceros de Partido con una educación política insuficiente, que vieron en la

discusión más las divergencias personales que la inevitable contraposición de las opiniones. En el debate abierto en *Le Populaire* a fines de octubre de 1938, se vió ya toda la agudeza de las oposiciones; por un lado, Zyromski, Lebas y otros, representaban la política de resistencia al agresor fascista; por otro lado, Severac, Lheveder, Lazurick y otros, representaban el pacifismo a toda costa, pretendiendo que el peor de los «arreglos» es mucho mejor que una política exterior antifascista que lleva consigo el «peligro de una guerra por la libertad». Leon Blum, que al principio fué uno de los más fervorosos defensores de la política de Munich, adoptó entonces una postura intermedia, pero se pudo ya advertir una transformación progresiva de su punto de vista.

Con objeto de aclarar el candente problema de la política exterior socialista, se convocó, para el 24 de diciembre, un Congreso extraordinario. En la discusión que sirvió de introducción al congreso, se marcó una más clara delimitación de las divergencias existentes en las cuestiones decisivas y se produjo un considerable desplazamiento de las fuerzas en favor de los partidarios de la resistencia resuelta al agresor fascista. *La transformación del estado de ánimo* de las masas se fué manifestando cada vez más claramente, no sólo en del mundo obrero socialista, sino también en las numerosas capas populares que comprendieron con creciente ansiedad que la política de concesiones y de capitulación amenaza inmediatamente la seguridad de Francia. Los políticos que se daban cuenta de la situación, gran número de hombres pertenecientes a los partidos políticos más diversos, comenzaron a ver la necesidad nacional de derribar el gobierno Daladier. Se trataba entonces de saber qué fuerzas podían constituir un nuevo gobierno y qué política había de desarrollar ese gobierno. Esta cuestión se planteó con carácter de urgencia ante el Partido socialista que dispone del grupo parlamentario más fuerte. El gobierno Daladier puede mantenerse en el poder, a pesar de su débil y frágil mayoría, mientras el Partido socialista no sea capaz de oponer a la política de capitulación de Daladier una política clara, fundamentalmente diferente, mientras no sea capaz de concentrar a las grandes masas populares alrededor de semejante política exterior e interior. Pero los obreros quieren derribar a ese gobierno, que es el enemigo de la clase obrera y del pueblo y cuyas medidas reaccionarias les hacen cada día más daño.

En presencia de esta situación, LEON BLUM presentó al congreso un proyecto de moción que reflejaba, en lo esencial, el cambio del estado de ánimo de las masas y en el cual se manifestaba la política de resistencia al agresor fascista.

PAUL FAURE y SEVERAC presentaron una moción opuesta, que interpretaba en esencia la política de capitulación ante el fascismo.

Leon Blum y Paul Faure habían estado de acuerdo hasta entonces. Pero se había manifestado ya tan profunda y evidente la divergencia de opiniones en el seno del Partido socialista, en la discusión sobre un problema que interesa directamente a la suerte del movimiento obrero, habían intervenido tantos miembros del Partido, que ya no era posible pasar por alto las divergencias. La moción de Zyromsky

y de Lebas, de una parte, la moción de Paul Faure y de Deixonne de otra, eran tan opuestas, que no era posible intentar una mediación. Leon Blum no estaba en situación de servir de intermediario, de conciliador y hubo que plantear el combate de las opiniones.

La moción que Leon Blum elaboró era, en ciertos aspectos, menos clara y menos evidente que las de Ziromsky y Lebas, pero era adecuada para proporcionar una plataforma que hiciera posible la concentración de todos *los adversarios de la política de Munich*. Ziromsky retiró su moción antes del congreso ante la moción de Leon Blum y Lebas se unió en el mismo congreso al líder del Partido socialista, después de haber aceptado éste algunas de sus fórmulas.

La discusión fué, como lo reconoció Blum en el congreso, la expresión de una crisis en el Partido socialista. En todas las conferencias reunidas en provincias, hubo apasionadas divergencias que terminaron, en muchos casos, con la dimisión de los secretarios de las secciones del Partido. Al principio, parecía que iba a lograr la mayoría Paul Faure, secretario general del Partido. En varias ocasiones, los hombres del aparato político del Partido intentaron dejar a un lado las discusiones de principios y hacer creer que sólo se trataba de una diferencia personal entre Leon Blum y Paul Faure. El oscurecimiento de la discusión de principio, producido con diversos rumores, con un trabajo de opinión, llegó tan lejos, que un amigo personal de Leon Blum declaró en una conferencia provincial que éste abandonaría todas sus funciones en el Partido y se retiraría a la vida privada si no lograba la mayoría. Paul Faure y Severac se vieron entonces obligados a declarar que nos podían asumir la responsabilidad de la retirada de Blum, razón por la cual no mantenían su moción. A lo cual hubo de contestar Blum que no renunciaría a sus funciones si el congreso se pronunciaba contra su moción. Al lado de los intrigantes que ponían en primer plano las cuestiones personales, con objeto de impedir que se aclarasen las cuestiones de principio y de provocar divisiones en las filas socialistas, había miembros del Partido sinceros que se dejaban engañar, temían la escisión y recomendaban una moción única, aun en perjuicio de la claridad del debate político. Apesar de esta atmósfera enturbiada, venció el espíritu no corrompido de los obreros, de aquellos obreros que querían claridad en las cuestiones políticas y la discusión se convirtió en una discusión de principios, a pesar de todas las maniobras y de todas las intrigas. Y cuanto más claramente aparecían las cuestiones principales de la política, a pesar de todos los intentos de división, más numerosa era la mayoría que se iba formando contra la política de capitulación. En el congreso del Partido, obtuvo la moción Blum 4.322 votos; la de Paul Faure 2.937; la resolución francamente trotskista de Deixonne y de Gukowski no obtuvo más que 60 votos; hubo 71 ausencias y 1.014 abstenciones.

*
**

La moción votada por la mayoría declara que no se trata de elegir entre la guerra y la paz, sino de la determinación de una polí-

tica de paz eficaz. El peligro de guerra inmediata tiene por causa la política de las dictaduras fascistas. El Partido declara

«que participará totalmente y sin reservas en la defensa del país contra todas las agresiones o empresas que amenacen la integridad de su territorio, la plenitud de su soberanía y de su independencia políticas». (*)

Estos puntos no admiten tratos ni concesiones bajo la amenaza de una guerra. Con objeto de proteger la seguridad de Francia, el Partido se pronuncia por la elevación al máximo de la técnica del armamento. La seguridad de Francia reclama también tratados de asistencia mutua que, una vez firmados, deben ser respetados por los gobiernos que los han concertado. Los tratados,

«en cuyo primer término coloca el Partido la inteligencia anglo-francesa y el pacto franco-sociético». (**)

deben aplicarse con honradez y valor. El Partido considera que es necesario preparar un acercamiento entre Inglaterra y los Estados Unidos, por una parte, y la Unión Soviética, por otra. La ocupación de España, de las Baleares o de las Canarias por adversarios posibles es incompatible con la seguridad de Francia. El Partido no vacilará en

«reanimar en las masas populares el espíritu de resistencia a la injusticia y a la agresión que constituye uno de los elementos esenciales del socialismo». (***)

Si el pueblo se viese obligado a elegir entre la esclavitud y la guerra, el Partido no le aconsejaría la esclavitud; sin embargo, el Partido quiere evitar a toda costa que se plantee al pueblo esa alternativa. El Partido recomienda una conferencia internacional de todos los Estados, de la que no debe estar excluido ninguno de ellos, conferencia que

«inaugura sus trabajos en las mejores condiciones obteniendo de los gobiernos alemán e italiano la retirada de sus tropas que combaten en territorio español a la República votada por el pueblo de España». (*)

Sobre estas bases, esta conferencia podría

«abordar todos los problemas jurídicos, económicos, financieros y coloniales», (**)

y comenzar la limitación de los armamentos. Al lado del llamamiento a los Estados para organizar la paz, sería necesario

«el resurgimiento nacional, la concentración y la exaltación de todas las energías, y ante todo de las energías populares, cuya confianza y cuyo impulso representan la más valiosa fuerza del país».

(*) *Le Populaire*, 27 de diciembre de 1938.

(**) *Idem*.

(***) *Idem*.

(*) *Le Populaire*, 27 de diciembre de 1938.

(**) *Idem*.

Tales son los puntos esenciales de la moción adoptada por la mayoría del Partido socialista francés. No hay duda de que esta moción es un arma contra la política de capitulación ante los agresores fascistas. Ciertamente es que no podemos negar que, en varios otros puntos la tenemos por insuficiente. La posición que adopta el Partido socialista en lo que se refiere a la lucha del pueblo español por la libertad no puede, según nuestro criterio, limitarse a esa declaración, que a nada obliga, de que la ocupación de España, de las Baleares y de las Canarias por un adversario eventual es incompatible con la seguridad de Francia. La «política de no intervención» forma parte de las desastrosas concesiones al fascismo, que contribuyen esencialmente a aumentar el peligro de guerra. En el congreso socialista ha habido delegados que han hecho observar a Leon Blum que hay una contradicción entre la moción presentada por él y la política de «no intervención», de que él fué iniciador. Nosotros creemos que habría sido conveniente demostrar con mayor claridad y evidencia que hay que rechazar toda concesión al fascismo, mostrar que *toda* concesión aumenta su apetito y su arrogancia y agrava el peligro de guerra. Creemos también que las bases de una conferencia internacional por la paz, en que tomasen parte todos los Estados, no se determinan de una manera suficientemente clara y que, a propósito de este problema, la moción de la mayoría puede despertar grandes ilusiones. Nuestros amigos socialistas deben persuadirse también de que los Estados fascistas no están dispuestos a hacer ninguna concesión en favor de la paz y de que sólo se les puede yugular con una resistencia fuerte y resuelta y no con negociaciones. Una conferencia internacional por la paz, análoga a la imaginada por nuestros amigos socialistas no puede celebrarse ni conducir a un resultado más que si Francia, Inglaterra, los Estados Unidos y la Unión Soviética hacen causa común y oponen a los agresores fascistas el frente sólido de las potencias pacíficas. El fascismo no reconoce más que un argumento, que es *el argumento de la superioridad de fuerzas*.

Varios delegados en el congreso del Partido, como Zyromski, Lebas, Grumbach, Lagrange y otros, desarrollaron con más fuerza que en la resolución la teoría de que, ante todo, hay que oponer al fascismo la superioridad política y militar de las potencias pacíficas, y no consentir ninguna concesión a los agresores fascistas. Zyromski subrayó que, no sólo España, sino también Francia, está inmediatamente amenazada y que el Partido socialista y la clase obrera deben adoptar una línea política exacta y eficaz, una política exterior verdaderamente antifascista, aun a costa de los mayores sacrificios y de los más grandes esfuerzos. Lebas recordó que, hasta entonces, la fracción parlamentaria socialista no había estado en condiciones de oponer al gobierno Daladier una política de paz internacional concreta. Grumbach se pronunció apasionadamente contra toda concesión al fascismo y contra la pretendida «reconstrucción» de Europa, que no es otra cosa que abandonar a Europa en manos de Hitler y de Mussolini y destruir el socialismo. He aquí lo que gritó a los capituladores :

«Después del drama checoslovaco y después de Munich, si fuérais lógi-

cos, habría que llegar hasta el fin y decir a los republicanos españoles : «¡Cesad en vuestra resistencia!» (*)

El discurso del delegado negro, Lamine-Guiye, del Senegal, causó una gran impresión ; respondió a los partidarios de hacer concesiones coloniales a Hitler y a Mussolini :

«Se ha olvidado demasiado preguntar su opinión a los indígenas, a los cuales no es indiferente convertirse repentinamente en italianos o alemanes.» (**)

El grupo Paul Faure luchó con gran aspereza contra la adopción de una política exterior antifascista. Los periódicos fascistas de la Alemania hitleriana siguieron muy atentamente los debates del congreso y no ahorraron los elogios a Paul Faure y a la política que representa. Primero, en un artículo breve y después en un editorial, el *Berliner Boersenzeitung* declaró que Leon Blum era la guerra y que Paul Faure era la paz, y que en el congreso se mantenía la lucha entre el «partido de la guerra y el de la paz».

El trotskista Albertini, que el 27 de diciembre retiró una resolución descaradamente trotskista en favor de la moción Faure, tuvo la impudicia de recoger esta afirmación fascista y de decir en el congreso :

«En la lucha por la paz dentro del Partido, nosotros estaremos siempre al lado del partido de la paz.» (***)

Se levantó un verdadero tumulto contra esta voz de Berlin y Dormoy contestó legítimamente indignado al que se hacía eco del fascismo alemán :

«En un congreso socialista, no hay un partido de la paz y un partido de la guerra.» (*)

Otros oradores fueron menos impúdicos que Albertini y sostuvieron habilmente un punto de vista que en realidad conviene al fascismo.

El *Berliner Boersenzeitung* y otros periódicos de Goebbels revelaron súbitamente una gran simpatía por el «socialismo no falsificado» : la tendencia de Paul Faure es la que enarbola la bandera del «socialismo no falsificado», mientras que los socialistas que nos quieren aceptar las concesiones al fascismo han vuelto la espalda a este socialismo. Hasta hoy, el fascismo alemán había confiado a los trotskistas la tarea de representar al «socialismo no falsificado» ; pero ahora, los propios fascistas pretenden ser los concienzudos abogados del marxismo. Para un socialista, no debe ser muy agradable ser calificado por Goebbels de socialista de buena cepa ; sin embargo, algunos oradores de la tendencia de Paul Faure no han tenido inconveniente en defender, con la aprobación de Berlin, la política de capitulación que los fascistas alemanes denominan «socialismo no falsificado». La concordancia de

(*) *Le Populaire*, 28 diciembre 1938.

(**) *Idem*, 25 diciembre 1938.

(***) *Idem*, 27 diciembre 1938.

(*) *Le Populaire*, 27 diciembre 1938.

su punto de vista con el que Berlin tiene por verdadero debe precipitar, en el campo del socialismo francés, la comprensión de las realidades que ya ha comenzado a operarse.

El fascismo alemán hace grandes esfuerzos por impedir la concentración de las fuerzas de la paz y la constitución de un bloque democrático. Del mismo modo, los oradores de la minoría del congreso socialista maniobraron contra la formación de un «bloque ideológico»; no pudieron negar que el bloque de los Estados fascistas existe ya, pero se opusieron ferozmente a que el Partido socialista recomiende la unión necesaria de los Estados amenazados por el fascismo.

El fascismo alemán afirma resueltamente que la lucha que sostiene se dirige solamente contra la paz de Versalles. Sin duda, es el tratado de Versalles el que ha obligado a los fascistas alemanes a incendiar el Reichstag, a matar a decenas de miles de hombres, a condenar a centenares de millones de personas al infierno de los campos de concentración, a organizar sus horribles persecuciones antisemitas, a pretender la hegemonía mundial. Apesar de lo ingenua, y desvergonzada que es esta justificación, ha encontrado un eco en la mayoría del congreso del Partido socialista. Algunos oradores, partidarios de la moción Paul Faure, se dedicaron a la triste labor de desplazar de los dictadores fascistas al tratado de Versalles la responsabilidad del creciente peligro de guerra y la de la segunda guerra imperialista, que ya ha comenzado en España y en China. Van todavía más lejos y declaran, con evidente satisfacción de los agresores fascistas, que si no se «provoca» al fascismo presentándole resistencia, entrará en la senda pacífica. ¡Pobre fascismo! Primeramente, fueron los abisinios los que le «provocaron»; la segunda «provocación» fué obra de los españoles; la tercera, la de los chinos; la cuarta, la de los austriacos, y los checos no han hecho otra cosa que continuar la serie «provocadora»... ¡El pobre fascismo se ha visto obligado por las provocaciones a desencadenar una guerra tras otra, un golpe de fuerza tras otro!

El fascismo alemán afirma que lo que más le provoca es el pacto de ayuda mútua entre Francia y la Unión Soviética. Inmediatamente, se encuentran oradores de la minoría del Partido socialista que hacen suya aquella afirmación y exigen que el Partido socialista se pronuncie en favor de la anulación del pacto franco-soviético. Lazurick, cuya posición está muy cerca de la de los trotskistas, declaró que la minoría podría entenderse con Blum en muchas cuestiones, pero que no cedía en lo referente a la Unión Soviética. Hay que denunciar el pacto franco-soviético, porque constituye una provocación contra la Alemania hitleriana. Y, volviéndose hacia Blum, exclamó :

«Temo que, con mociones en las que se insiste sobre los armamentos y sobre la concentración de las fuerzas, deis a los fascismos, los pretextos que necesitan.» (*)

El fascismo alemán, que siempre lo ha afirmado, porque, para aislar y debilitar a Francia y degollarla una vez aislada, todos los

(*) *Le Populaire*, 28 de diciembre 1938.

procedimientos le parecen buenos, invocará con alegría al socialista Lazurick, que ha llegado al corazón de los señores de Berlin. En Francia, son cada día más numerosos los sectores que comienzan a comprender que Francia ha sido considerablemente debilitada en Munich, que va a verse completamente cercada y que, sin pacto de ayuda mútua con la Unión Soviética, está completamente abandonada a la superioridad de la potencia alemana; pero hay gentes como Lazurick que quieren quitar a Francia ese apoyo y obligar al pueblo francés y a la clase obrera francesa a capitular ante Hitler.

El fascismo alemán se opone resueltamente a todo sistema de seguridad europeo y exige el aislamiento voluntario de todos los Estados, con objeto de poder degollarlos uno a uno. Los oradores de la minoría han tenido también presente ese deseo y se han pronunciado contra la idea de que Francia se considera obligada por cualquier pacto. Es evidente que todo pacto pierde su valor en el momento en que pierde su carácter de obligatoriedad, en el momento en que quien lo firmó no se compromete a nada. Eso es justamente lo que desean los agresores fascistas; y los oradores de la minoría se han pronunciado por la satisfacción de este deseo.

*
**

Los ataques más violentos de la minoría estuvieron dedicados a este punto de la moción mayoritaria: despertar en el pueblo francés un espíritu de resistencia contra toda opresión, contra toda violación del derecho, procurar la concentración de todas las fuerzas del pueblo, obrar de manera que puedan actuar. Los oradores de la minoría declararon que no se debía, en manera alguna, apelar al sentimiento nacional del pueblo ni realizar la concentración nacional del pueblo y que el socialismo debía separarse lo más rigurosamente posible de todo sentimiento nacional del pueblo. La reacción francesa, que lo que más teme es ver desarrollarse el Frente popular sobre la base de la resistencia nacional al agresor fascista, ha prestado su apoyo a la minoría del Partido socialista. Los periódicos reaccionarios lanzaron, durante los debates, la noticia de que Leon Blum había entablado negociaciones con Tardieu para constituir un gobierno nacional; con esta noticia, se proponían comprometer a Blum y convertir, a los ojos de los delegados, la idea de la concentración nacional de todas las fuerzas populares en una ficción parlamentaria. Blum aseguró inmediatamente que la noticia era falsa, pero algo quedó flotando en el ambiente. La mayoría experimentó un retroceso y se llegó a una transacción que quita parte de su valor a la moción de política exterior.

Es evidente que no basta con concebir una línea política justa, sino que la determinación de esa línea política por el partido que dispone de la fracción parlamentaria más fuerte pone a la orden del día el problema de la formación de *un nuevo gobierno*. No se trata solamente de pronunciarse platónicamente por un cambio en la política exterior; se trata de llevar al Poder un gobierno que esté dispuesto a aplicarla y que sea capaz de hacerlo. Se trata de agrupar a todas las fuerzas del pueblo, a todas las fuerzas que quieren la salva-

ción de Francia, y que ven esa salvación en una política de resistencia resuelta al agresor fascista. Se trata de constituir, *sobre la más amplia base posible, un gobierno de resistencia nacional.*

Esa es una tarea que ha sido claramente formulada en el manifiesto de la Internacional Comunista, con motivo del 7 de noviembre de 1918 :

«Reemplazar los gobiernos de traición y de vergüenza nacional, en los países amenados por el fascismo extranjero, por gobiernos dispuestos a rechazar a los agresores fascistas, es la condición del éxito en la lucha para consolidar la paz. Un verdadero gobierno de Salud nacional no puede aventurarse por la funesta vía de la capitulación.

Emprenderá una lucha implacable contra los capituladores y los agentes del fascismo extranjero. Reprimirá sin piedad los manejos fascistas de la reacción interior. Expulsará del ejército a los fascistas enemigos del pueblo. Establecerá el control efectivo de la clase obrera sobre la defensa del país. Desarmará a las ligas fascistas y hará de las organizaciones obreras el baluarte para la defensa de la paz. Practicará una política consecuente de seguridad colectiva y no vacilará en aplicar las sanciones al agresor. Sólo con la ayuda de gobiernos así, dispuestos a defender con las armas la libertad y la independencia de su pueblo, podrá constituirse el indestructible frente de los pueblos que obligará a los agresores fascistas a respetar las fronteras, a respetar la paz» (*).

Numerosos delegados del congreso socialista insistieron en que hay que concentrar todas las fuerzas del pueblo para constituir este gobierno de salvación nacional y para poner en práctica una política de resistencia a los agresores fascistas. El delegado Jean Bouhey dijo en el congreso :

«La unidad francesa se hará sin nosotros o contra nosotros, si no se hace por nosotros» (**).

A pesar de eso, Blum retiró la moción de la mayoría sobre política interior ante la de la minoría. Veamos lo que dice esta resolución :

«Opuesto a la constitución de un ministerio de unidad francesa que ya no tiene ningún objeto, (el Partido socialista) no puede aceptar más que un gobierno apoyado en una mayoría netamente republicana, decidido a defender sin equívocos la democracia y los derechos del trabajo y a aplicar un programa económico y financiero inspirado en el espíritu del presentado en abril de 1938 por el segundo gobierno de dirección socialista» (***)

A esta resolución se oponía otra de matiz trotskista presentada por Deixonne, el cual declaró irónicamente que estaba asombradísimo de ver a Leon Blum renunciar a su propia moción, puesto que la concentración nacional del pueblo francés era la consecuencia lógica del punto de vista de la mayoría. Se opuso violentamente a la idea de tal concentración nacional y añadió que el programa del Frente popular era también insuficiente y que era necesario que el Partido se negase a todo trance a entrar, en el porvenir, en relaciones confusas, so pretexto de unidad. Se pronunció por unas nuevas elecciones y dijo que el Partido debía continuar solo, si no era posible, por el momento, una unión

(*) *Internacional Comunista*, núm. 8-9 de 1938, pág. 7.

(**) *Le Populaire*, 27 diciembre 1938.

(***) *Le Populaire*, 28 de diciembre de 1938.

anticapitalista. Las pretensiones de Deixonne conducirían, por lo tanto, a *aíslar completamente al Partido socialista* y a quitarle toda posibilidad de constituir un gobierno de resistencia al agresor fascista.

La moción de política interior de Paul Faure, a la que se había adherido Leon Blum, fué aprobada por 7.076 votos. La moción Deixonne obtuvo 910 votos ; hubo 96 ausentes y 218 abstenciones.

*
**

El congreso socialista se terminó con una transacción confusa. Se exageraría diciendo que la moción de política interior adoptada por los delegados impide la constitución de un gobierno de resistencia al agresor fascista, pero no ha facilitado la formación de ese gobierno. Entre la moción de política exterior, que reclama la concentración de todas las fuerzas populares para la resistencia al agresor fascista y la moción de política interior, que rechaza la constitución de un gobierno de unidad francesa, de un gobierno que fuese reflejo de esa concentración de las fuerzas populares, existe una fatal contradicción.

Polemizando con los delegados que intentaban salvar a todo trance la unidad formal del Partido por medio de una moción única sin ningún contenido, Lebas dijo en el congreso que él, como todo socialista, era partidario de la unidad, pero de *una unidad basada en una visión clara de las realidades*. En efecto, sólo una unidad basada en una clara visión de las realidades puede garantizar la eficacia de un partido obrero. Toda «unidad» que tenga por base una transacción dudosa, es en gañarse a sí propio, y ese engaño no facilita la lucha y paraliza las fuerzas. En sus controversias acerca de las cuestiones que interesan a la suerte de la clase obrera, el Partido socialista francés ha despejado algunas oscuridades y, hasta cierto punto, ha apresurado en sus propias filas la adquisición de una conciencia de las realidades ; pero se ha quedado a mitad de camino. Si hay ciertos puntos de la moción de política exterior dignos de consideración, es de deplorar que en la moción de política interior no se hayan sacado las consecuencias naturales de esos resultados. La «unidad» relativa que se ha logrado en las cuestiones de política interior no es una unidad basada en una clara visión de los acontecimientos, sino una transacción que perjudica a la eficacia del Partido socialista en la lucha contra los gobiernos antiobreros de los hombres de Munich.

Nosotros no queremos ni podemos aconsejar al Partido socialista, pero nuestra preocupación por el conjunto del movimiento obrero y por la paz nos autoriza a no permanecer apartados de sus debates. En interés de todo el movimiento obrero, deseamos que el Partido socialista francés consiga un *máximum de unidad interior*, unidad interior que, como declaró Lebas, debe basarse en la claridad. Creemos, por consiguiente, que es necesario despertar en las masas populares un espíritu de resistencia resuelta al fascismo extranjero y a sus cómplices de dentro, estimular ese espíritu en las filas del Partido socialista y hacer todo lo posible para convencer a todos los socialistas honrados que mantuvieron en el congreso el punto de vista de Paul Faure o el de Deixonne, a todos los miembros del Partido que desdeñan la impor-

tancia decisiva de las explicaciones de principio y que votaron una resolución de conciliación a todo trance, de la necesidad de no hacer la menor concesión a ese enemigo mortal de la clase obrera. Creemos también que el Partido socialista francés debe darse cuenta del peligro cada día mayor de las influencias trotskistas, del peligro de una escisión, consistente en que ciertas gentes introducen en el mundo obrero los procedimientos de la demagogia fascista, de las gentes que, fieles en esto a la prensa de Goebbels, acusan á los antifascistas consecuentes de ser un «partido de guerra». Hay que convencer con paciencia y sin descanso a cuantos son víctimas de buena fe de la demagogia fascista, descubriéndoles un juego que ignoran ; pero a los que introducen conscientemente la demagogia fascista en el mundo obrero, hay que impedirles que actuen, en interés de la unidad, en interés de la claridad.

Con ocasión de su congreso extraordinario, el Partido socialista francés ha entrado, sin duda alguna, en la senda que conduce a la unidad a través de la claridad. Esperamos que perseverará en esa senda, en interés de toda la clase obrera francesa, de todo el pueblo francés, de la libertad y de la paz del mundo.



El frente popular en Francia no ha muerto

por Rosa Michel

Después de la vergonzosa capitulación de Munich, que rebajó a Francia a los ojos del mundo, las masas laboriosas que en el mes de septiembre se dejaron engañar por la amenaza «chantagista» de la guerra, empiezan a comprender todo el alcance de la traición cuyas costas tienen que pagar ahora. Apenas seca la tinta del «dictado» de Hitler, reitera este, todavía con mayor violencia, sus amenazas de guerra. Apenas la línea Maginot checa ha caído en sus manos—¡y con ella cuantos secretos de la defensa de Francia!—cuando Mussolini plantea las más insolentes reivindicaciones territoriales contra Francia. Las fronteras de Francia, por tierra y por mar, en el Continente y en las colonias, están en peligro, y Francia amenazada del cerco fascista. A no ser por la heroica lucha del pueblo español que sigue pagando con su sangre la cobardía de los llamados gobiernos «democráticos» ese cerco estaría ya cerrado. Pero las masas trabajadoras francesas están haciendo también otra experiencia no menos dolorosa. El gobierno Daladier, que ha traicionado la causa de la paz, arremete igualmente contra el pan y la libertad de su pueblo. Sus golpes se dirigen contra todas las conquistas del Frente popular.

*
**

El Frente Popular es el enemigo mortal del fascismo y de la oligarquía financiera. Todas las fuerzas de la reacción en el mundo, con el fascismo a la cabeza, quieren derrotar al Frente Popular y anular las ventajas que trajo para las masas. En todo el mundo, la reacción pide la supresión de la semana de cinco días, la semana de las 40 horas en Francia, de los contratos colectivos y de las vacaciones pagadas, porque estas conquistas constituyen un estímulo para la lucha de los trabajadores del mundo entero. La reacción mundial, y el fascismo a su cabeza, quieren romper la unión entre los obreros, los campesinos y las clases medias, que da fuerza e influencia a Francia y anima la victoria de la reacción en todo el mundo. La victoria del Frente Popular en Francia «ha alterado en todo el mundo el equilibrio de fuerzas a favor de la democracia y de la paz», como dijo Maurice Thorez. Y para invertir esta situación, todas las fuerzas de la reacción arremeten contra

el Frente Popular. Daladier no es mas que el apoderado de todas ellas.

La reacción se sirve de un tráfuga para la gestión de su sucio negocio. Sigue en ello el ejemplo de las clases dominantes de todas las épocas y países que, en las situaciones críticas preferien a los tráfugas para gestores. Pero si es verdad que Daladier es un tráfuga del Frente Popular, ni él «ha hecho» el Frente Popular ni puede «desahacerlo».

El Frente Popular ha surgido del seno del pueblo francés que, conmovido por el horror del fascismo, enseñó al mundo en 1934 que la victoria de aquel no es inevitable sino que, por el contrario, el *pueblo unido puede triunfar del fascismo*. Y si hoy la jauria de la reacción reclama aullando la prohibición del Partido comunista es porque no puede perdonar a los comunistas que hayan luchado infatigablemente durante años para llevar a las masas al convencimiento de la necesidad de la unidad de acción de las clases laboriosas, de la unión de todo el pueblo francés. Y si Daladier y sus mandantes acumulan las calumnias sobre la clase obrera y emprenden contra ella la lucha mas violenta es porque no pueden olvidar que el Frente Popular encuentra sus raíces en la lucha de la clase obrera contra el fascismo y la guerra.

El ejemplo de la clase obrera combatiente es lo que ha incitado también a la lucha a los campesinos y a las clases medias. Tenemos la prueba en aquella manifestación de todo Paris en Febrero de 1935, primer aniversario de los acontecimientos de Febrero de 1934, en la plaza de la República: fué iniciativa exclusiva del Partido comunista, pero se presentó todo Paris y depositó al pie del monumento de la República las coronas con que el pueblo francés quiso honrar a los combatientes proletarios del 3 de Febrero. Ya el 11 de Noviembre de 1934 la manifestación de los antiguos combatientes se convirtió en una verdadera manifestación del Frente Popular. Las víctimas de la matanza imperialista de 1914-1918 proclamaron sin distinción de partidos su odio común contra el fascismo promotor de guerras.

También cobró un valor simbólico la manifestación que en Mayo de 1935 organizó el Partido comunista ante el Muro de los Federados, que se convirtió en una manifestación del Frente Popular en honor de los heroes de la Comuna asesinados por Thiers y Bismark, de las víctimas de aquella alianza de los enemigos alemanes y franceses del pueblo, que la reacción quisiera reanudar ahora con Hitler.

Así se llegó a aquella poderosa manifestación popular del 14 de Julio de 1935, en la que el pueblo francés prestó el juramento unitario de la lucha contra el fascismo. Acompañada de banderas tricolores y rojas, resonó en ella con nuevo vigor el himno de 1792, la *Marsellesa*. En ese dia, la oligarquía financiera dejó caer la careta de conservadora de las tradiciones de 1789 que se habia colocado y el Frente Popular se mostró con plena fuerza y decisión como la auténtica salvaguardia de las grandes tradiciones revolucionarias de Francia.

Entonces, nació una nueva Francia. Ella abrió nuevas perspectivas de libertad a los ojos de las masas trabajadoras esclavizadas de Alemania e Italia. Su ejemplo incitó a la unión al pueblo español y al pueblo

chino. Parecidas corrientes de unidad fueron sentidas por el pueblo inglés. Despertó en el corazón de los pueblos coloniales oprimidos nuevas simpatías y esperanzas. ¿Es que se imagina acaso Daladier que las poderosas manifestaciones a favor de Francia con que las colonias han respondido a las baladronadas de Mussolini están dedicadas a la reacción francesa o a él mismo? No; están dedicadas a la Francia del Frente Popular.

*
**

El partido radical y radical-socialista, que recoge los afanes democráticos de las clases medias y de los campesinos, cuyo partido tradicional constituye, y que tan a menudo proclamó como directiva suya «¡ningún enemigo a la izquierda!», desempeñó un papel importante en la formación del Frente Popular. En su Congreso del año 35 se abrió paso la corriente irresistible que lleva a las clases medias a una acción común con el proletariado. Los numerosos oradores que destacaron la oposición de los intereses de la oligarquía financiera con los de Francia no hicieron sino expresar lo que ya sus masas habían manifestado poniéndose *en la acción* al lado del proletariado. Y hasta Daladier tuvo que caracterizar así el Frente Popular :

«El Frente Popular es la alianza del *tercer estado* y del proletariado. Cuando el *tercer estado* y el proletariado marchan juntos nos traen el año 1789, el 1793, el 1848, y el 4 de septiembre de 1870. Cuando van separados, se hace contra ellos un Termidor, un Brumario, un 2 de diciembre (1851). Y cuando el pueblo se halla en servidumbre vienen un Waterloo y un Sedan. Una vez perdida la libertad, se han perdido también la paz y la seguridad de nuestra patria.»

Pero hay que mirar también el reverso de la medalla. En las elecciones de 1936 el partido radical fué desplazado de su tradicional primer puesto en el Parlamento; muchos jefes radicales vieron claro que las masas habían impuesto la adhesión al Frente Popular y esta adhesión se había convertido en una cuestión de vida o muerte para el partido radical. Jean Zay, actual ministro de Instrucción pública (uno de los ministros que no pudieron sentarse a la mesa con el Sr. von Ribbentrop para no herir sus sentimientos «arios») dijo por entonces que el partido radical, «si no da satisfacción a las esperanzas del pueblo, está amenazado de una decadencia miserable». Entonces estos hombres comprendieron lo que hoy, cuando es más necesario, parecen haber olvidado. Entonces marcharon con las masas que mediante la acción colocaron la piedra angular del Frente Popular. Hoy quieren esos señores olvidarlo, Pero las masas no olvidan.

Y por esto tenemos que decir que el destino del Frente Popular no depende de tal o cual político, ni de su lealtad o deslealtad al Frente Popular. Hay jefes del partido radical que se han pasado al campo de las doscientas familias y otros hace tiempo que se encontraban en ese campo. Han conseguido provisionalmente provocar un desplazamiento de fuerzas en la dirección del partido radical. Pero todo nos indica que se trata de un equilibrio muy inestable; muchos radicales declaran ya que nos están dispuestos a dejarse deslizar por el camino de la reacción. En este sentido son característicos los resultados de las votaciones par-

lamentarias de los proyectos financieros del Gobierno. El Frente Popular había dicho: ¡deben pagar los ricos!. Los decretos del gobierno dicen clamaramente: ¡tienen que pagar los trabajadores, tienen que pagar las capas medias!. Pues bien; el Gobierno obtuvo penosamente una mayoría de 7 votos en la aprobación de los decretos. De los radicales 77 votaron por el Gobierno y 36 se opusieron, votando en contra o absteniéndose. ¿Y quien osaría afirmar que dos terceras partes de las clases medias del país, ni siquiera del partido radical están dispuestas realmente a pagar las costas del contrato firmado por Daladier en Munich?

Tres meses han transcurrido desde lo de Munich, tres meses en cuyo transcurso muchos han abierto los ojos. Amplios sectores se orientan contra la política de Munich y contra la política de los decretos-leyes. Nunca se ofrecieron tan fuertes y amplias bases al desarrollo posterior del Frente Popular. Las masas campesinas, sobre las que Daladier ejerció la presión más vergonzosa, a las que convenció de que era menester romper el Frente Popular y la alianza con la clase obrera para poder salvar la paz, han podido darse cuenta ante las amenazas de guerra de Mussolini de que el Frente Popular constituye la mejor garantía de la seguridad de Francia frente a los apetitos desenfrenados del fascismo.

Pero también se va formando un frente cada vez más fuerte contra los decretos-leyes. Con mayor claridad que nunca, todo el pueblo francés comienza a darse cuenta de que la política de Daladier y Reynaud no es otra cosa que la defensa de las cajas de caudales de las doscientas familias contra los intereses del pueblo, y que Daladier solo en nombre de las doscientas familias inició el 30 de Noviembre su política contra la clase obrera. Pero la clase obrera ha ofrecido recientemente al país un nuevo ejemplo de lucha. Resultado de esta lucha ha sido que la propuesta de amnistía ha sido aceptada y que las perspectivas de votación de las pensiones de vejez van mejorando. La reelección a la vicepresidencia de la Cámara de Jacques Duclos, uno de los secretarios del Partido comunista, es una señal más de este desplazamiento de fuerzas a favor del Frente Popular. Basta comparar el Congreso de Marsella con la última reunión del comité ejecutivo del partido radical para poder apreciar la evolución en los tres últimos meses. Mientras que en Marsella se quiso imponer al partido radical la glorificación de Munich, ahora se siente cada vez con mayor fuerza la presión que acusan las filas radicales por un cambio de la política exterior. El mismo giro observamos en la actitud con respecto a la España republicana; en el llamado «pequeño Congreso» de los radicales se oyeron gritos reclamando la apertura de la frontera. El mismo Daladier que no tuvo en Marsella más que improperios para la clase obrera se sintió de pronto inspirado para hablar de la «necesidad de la alianza de la clase obrera con el tercer estado».

En Marsella, Daladier logró imponer al partido radical su política reaccionaria.

Pero ahora tiene lugar dentro del partido radical una diferenciación profunda entre radicales auténticos, fieles a la política tradicional de alianza de las clases medias con la clase trabajadora, y aquellos otros, aliados más o menos disimulados de la reacción, que hasta ahora solo han podido avanzar a favor de la corriente so pena de verse orillados.

Los radicales que siguen a Daladier asumen la grave responsabilidad de convertirse en instrumentos más a menos directos de las doscientas familias que luchan contra el Frente Popular. La reacción derrotada en las elecciones de 1936 se sirve de estos elementos para arrebatar al pueblo francés las libertades y logros conseguidos gracias a su unidad en lucha abierta. No pudiendo llevar un ataque de frente contra el pueblo unido, la reacción siguió desde un principio la táctica de ir arrebatando *paso a paso* las reivindicaciones logradas. Cuanto mayor era el desparpajo con que la reacción formulaba sus reclamaciones tanto más obstaculizaban sus auxiliares del partido radical la realización del programa del Frente Popular. Las grandes potencias financieras ejercían una presión económica: los capitales eran enviados al extranjero, se desataban maniobras en Bolsa, se saboteaban el desenvolvimiento económico y la defensa del país, se incumplían los contratos celebrados con los sindicatos, se involucraban sistemáticamente las leyes sociales y, al mismo tiempo, se apresuraba el armamento de los partidos fascistas.

El poder oculto de la oligarquía financiera se oponía al poder legal del pueblo francés, se oponía al gobierno, tras el cual se hallaba la poderosa mayoría del pueblo.

Estaba en manos del Gobierno, o, mejor dicho, de los diversos gobiernos que se sucedieron, el no ceder a la presión «chantagista» de las potencias ocultas y aplicar contra ellas los instrumentos del poder. Pero en lugar de ello, demasiado a menudo se hizo frente a esos manejos con una política de compromisos y concesiones, es decir, con aquella política, precisamente, que hacía posible la realización de la política de la reacción: llegar al poder *paso a paso*. No se defendieron las reivindicaciones logradas por el Frente Popular, no se ampliaron ni extendieron a nuevas capas de la población, sino que se dejó imponer la «pausa» que, en realidad, no era otra cosa que la introducción al ataque contra las conquistas del Frente Popular. No se llevó a realidad el programa de que paguen los ricos, sino que se cargó sobre las gentes modestas y se permitió el encarecimiento de la vida. No se actuó con energía frente a las formaciones políticas y militares del fascismo, sino que se practicó con ellas una política de debilidad. En política exterior se continuó la misma política de concesiones continuas al fascismo. Se dejaron manos libres a Hitler y a Mussolini en sus violentos intentos de estrangulamiento de la República española y se hicieron cómplices del crimen sin nombre cometido con el pueblo español, cómplices de la invasión de Austria, del desmembramiento de Checoeslovaquia, cómplices de todos esos crímenes que, a su vez se dirigían contra la independencia y la seguridad de Francia.

Esta política de concesiones condujo en dos años a la capitulación de Francia en Munich y a los decretos de miseria de Daladier y Reynaud. Se ha ofrecido el dedo meñique al diablo en un momento en que era fácil resistirle; ahora tiene toda la mano y costará mucho esfuerzo antes de que podamos desprendernos de él.

*
**

Pero Francia posee esta fuerza. La han demostrado los poderosos

movimientos de protesta en todo el país contra el golpe de mano de los decretos de miseria. Daladier ha «ordenado» el fin del Frente Popular—que él nunca consideró sino como una mera agrupación parlamentaria—pero el Frente Popular es una *experiencia concreta de combate de las masas* y ni Daladier ni todo el aparato de las discientas familias pueden hacer desaparecer de la superficie de la tierra una experiencia de semejante trascendencia histórica.

Uno de los pilares del Frente Popular lo constituye la C.G.T. unificada, cuya formación fué factor esencial en la creación del Frente Popular. La C.G.T. es un factor extremadamente importante en la vida del país, con el cual hay que contar. Se ha opuesto con una sola voz a los decretos. Ha erguido la cabeza del trabajador, del trabajador que exige una vida digna del hombre. Agrupa la iniciativa importante de convocar a una conferencia de las tres poderosas organizaciones sindicales de Francia, Inglaterra y Estados Unidos.

El pilar más firme del Frente Popular lo constituye la *unidad de la clase obrera*. Esta unidad, creada el 6 de Febrero de 1934 en la lucha de calles contra la insurrección fascista, se va fortaleciendo con el proceso de clasificación política que se desarrolla dentro del partido socialista, con la decisión creciente que marcan los obreros socialistas en la lucha contra los decretos-leyes, contra la política de capitulación ante el fascismo, contra la política de Munich, mediante la fuerte corriente que en el congreso extraordinario del partido socialista obtuvo la mayoría.

Esta clase trabajadora, rica en experiencia, que reafirma su unidad, que aprende con los últimos acontecimientos, sabrá atraerse nuevamente a las clases medias y reanimar de nuevo el Frente Popular ensanchándolo vigorosamente.

En el País del Socialismo

La esencia del patriotismo soviético

por A. Claire

Perdida en los tupidos bosques de la Carelia soviética oriental, cerca de la frontera finlandesa, se levanta una humilde cabaña, en la que se presentaron una tarde estival de 1938 cinco desconocidos, pidiendo al dueño, un koljosiano de avanzada edad, llamado Yegor Kopilof, un refugio para pasar la noche. El hospitalario anciano accedió a la petición de los desconocidos, les dió de comer y les preparó en su cabaña un lecho de heno. Antes de irse a dormir, les relató la vida del país. Al amanecer, los desconocidos abandonaron la cabaña, sin prestar atención a una anciana que habían encontrado el día anterior y que sin cambiar una sola palabra con el dueño se inclinó ante ellos y se alejó. Con una mirada, el dueño de la cabaña le había indicado el puesto de guarda-fronteras más próximo. Este puesto estaba a más de 12 kilómetros y la vieja Matrena Semenova tenía 65 años; fué a pie... Los desconocidos se marcharon y cuando los guarda-fronteras de caballería llegaron a galope a la cabaña, la vieja los guió por las huellas todavía frescas de los desaparecidos. Y se comprobó que aquellos hombres eran espías al servicio de una potencia extranjera.

Hoy, en Moscú, en Kief, en Vladivostok, en Arkangel, hay colas a la puerta de los cines. Las salas están llenas. En la pantalla, se proyecta *La Batalla del hielo*, la batalla de 1242 en el lago Peipus; los caballeros alemanes combaten al ejército de Alejandro Nevski, príncipe electo de la ciudad de Novgorod. La técnica militar de los conquistadores alemanes es excelente y sus filas están repletas. No es fácil vencerlos; a pesar de todo, los vence el pueblo ruso que defiende su suelo natal contra la invasión extranjera. El director escénico Sergio Eisenstein pone en boca de Alejandro Nevski las palabras auténticas de la vieja crónica rusa. Nevski dice, al devolver la libertad a los soldados alemanes prisioneros:

«Volved a vuestro país y decid a todos los habitantes de los países extranjeros que Rusia vive. Que vengan sin temor a gozar de nuestra

hospitalidad. Sin embargo, los que vengan con la espada en la mano perecerán por la espada. Tal es y tal será la ley de la tierra rusa.»

Y estallan los aplausos.

Los japoneses han detenido un barco soviético, aunque éste no había quebrantado ningún reglamento internacional. A bordo, se encontraba una joven, empleada en la cantina. Los japoneses le negaron el alimento y el agua y la sometieron a toda clase de torturas, para que les entregara secretos de Estado. Ella no respondió ni descubrió nada.

Los aviadores soviéticos comandante Kusnetsof y capitanes Bulkin y Ribkin han relatado el 17 de noviembre de 1938, en el periódico del Ejército Rojo, sus combates contra los fascistas :

«Ya hacía mucho tiempo que mi corazón ardía en odio contra los oscurantistas fascistas, promotores de guerras y me consideré feliz al presentármeme la ocasión de combatir frente a frente, en lucha franca, a esos vulgares granujas,»

escribe el aviador condecorado Bulkin.

«Nuestros aviones abrieron la lucha contra los Heinkel y los Messerschmidt que las potencias fascistas habían enviado en ayuda de nuestros enemigos, 8 de nuestros aparatos se encontraron con 14 aviones de bombardeo y 18 aviones de caza. Son tan sanguinarios y rapaces como cobardes. Desconocen el valor y sólo demuestran audacia cuando están seguros de su superioridad numérica y, sobre todo, cuando se ensañan con una población pacífica e inermes. Nuestro fuego derribó 6 Messerschmidt que se estrellaron en nuestro suelo, envueltos en una nube de humo y de llamas. Los aviones Heinkel desaparecieron también, después de haber perdido 5 aparatos.»

Los aviadores soviéticos escriben :

«Nuestra victoria no se debe solamente a nuestra excelente técnica, sino que obedece también a nuestra voluntad, a nuestro espíritu bolchevique de lucha que no puede ser quebrantado por ningún obstáculo ni peligro...»

¿Que sentimiento anima al koljosiano Yegor Kopilof, a la sexagenaria Matrena Semionova, al escenógrafo Sergio Eisenstein, a la joven empleada en la cantina del barco soviético y a los aviadores militares de la U.R.S.S.? ¿Cual es ese sentimiento, más fuerte que el instinto de conservación y que el miedo a la muerte, que ha guiado a todas esas personas y que existe en la U.R.S.S. en centenas de miles, en millares de ciudadanos?

Ese sentimiento es el amor a la patria. Son patriotas soviéticos. En el primer momento, la palabra «patriota» despierta en todos nosotros recuerdos desagradables. Nos recuerda la sangre vertida en la guerra de 1914-1918. Evoca en nosotros la idea del nacionalismo bestial, del chovinismo que, para sus fines, hace uso de la guerra, del fraude y de la violencia.

Pero si a ese vocablo se añade el calificativo de «soviético», suena

ya de un modo completamente distinto. El fango y la sangre desaparecen y vemos erguirse ante nosotros un ciudadano de la U.R.S.S., un ciudadano del Estado soviético y, al mismo tiempo, un ferviente internacionalista. En un ciudadano soviético, están indisolublemente unidos el amor a la patria y el internacionalismo.

Papanin ha recibido recientemente una carta de C. Samoïlof, joven estudiante de Kuibichef :

«No puedo oír con calma la radio, cuando reproduce las noticias de la guerra en España y en China y sobre los guerrilleros abisinios. Mis camaradas, mis hermanos, combaten en esos países a los opresores extranjeros. Yo deseo fervientemente su rápida victoria; pero esto no es más que un deseo y no una lucha por la emancipación de la humanidad. Las juventudes de la Unión Soviética no hemos vivido personalmente el terrible pasado de Rusia pero estamos profundamente apenados por la situación actual del proletariado en el mundo capitalista. ¿Debemos estar con los brazos cruzados? Siento el odio al fascismo e ignoro el uso que debo hacer de mis fuerzas.»

Papanin ha contestado en la prensa soviética a ese joven camarada y su respuesta es tranquila y firme al mismo tiempo. Cuenta cómo los cuatro héroes escuchaban por la radio, en el banco de hielo a la deriva, las noticias de los frentes de España y de China :

«Parecía que, perdidos en el lejano Océano glacial, separados de la humanidad por miles de kilómetros, no podíamos contribuir en manera alguna a la lucha contra el fascismo. Sin embargo, no nos sentíamos impotentes, porque sabemos que cumplíamos nuestro deber con el País de los Soviets y que, al hacerlo, trabajábamos por el proletariado internacional. La pequeña tienda negra levantada sobre un bloque de hielo a la deriva estaba unida por millares de hilos a los frentes en que se sostenía una furiosa lucha contra el fascismo.»

La generación de Papanin, la generación de la Revolución de Octubre y de la guerra civil, educa a la juventud soviética en el espíritu del patriotismo soviético y del internacionalismo proletario. En la Unión Soviética, no hay pequeños negocios ni trabajo sin objeto. Todo lo que ocurre en la Unión Soviética tiene gran importancia para toda la humanidad. El koljosiano que recoge la abundante cosecha de sus campos, el trabajador del Metro que construye palacios subterráneos de marmol y acero, el minero que da al país nuevas toneladas de oro negro, el maestro de aldea y el escritor soviético, trabajan por su patria socialista; es decir, trabajan también por el presente y por el porvenir de toda la humanidad.

El patriotismo soviético consiste en un concierto armonioso de las ideas y de los sentimientos. Pero, para sentir, se necesita tener conciencia clara de la grandeza de la propia tarea. Una de las más preciosas y efectivas conquistas del socialismo, consiste precisamente en que las masas de los ciudadanos soviéticos tienen, como pueblo, conciencia de la importancia histórica de las grandes obras que crean.

Piénsese en las palabras del *Manifiesto Comunista* :

«Los obreros no tienen patria. Mal se les puede quitar lo que no

tienen. No obstante, como la mira inmediata del proletariado es el conquistar el Poder político, erigirse en nación, en clase nacional, es evidente que también él tiene todavía carácter nacional, aunque no, ni mucho menos, en el sentido de la burguesía.» ()*

Estas palabras proféticas se han realizado en la Unión Soviética. La clase obrera de la U.R.S.S. ha conquistado el Poder político, se ha elevado a la categoría de clase nacional y se ha *constituido* en nación.

El sentimiento de los intereses y de los fines socialistas no puede nacer espontáneamente, sino que debe ser inculcado a la clase obrera. Marx y Engels nos han enseñado esta verdad. A sus maestros, a su vanguardia, el Partido bolchevique, a Lenin y Stalin, debe la clase obrera rusa el haber descubierto que es patriota.

Los bolcheviques han comprendido muy bien la esencia misma y la inmensa fuerza del sentimiento nacional. Al asimilarse la doctrina marxista como principio de acción y no como dogma, han purificado, por medio de la conciencia socialista, ese sentimiento nacional dotado de una fuerza latente elemental. Durante los años de embriaguez patriótica de la primera guerra mundial de 1914-1918, Lenin contestaba a las calumnias de sus enemigos :

*«¿Somos nosotros, los proletarios conscientes de Rusia, ajenos al orgullo nacional? Seguramente que no. Amamos nuestra lengua y nuestro país... Sufrimos sobre todo al ver y sentir la arbitrariedad, el yugo, las humillaciones, a que los verdugos imperiales, los nobles y los capitalistas someten a nuestra bella patria. Estamos penetrados de un sentimiento de orgullo nacional, porque la nación rusa ha producido también una clase revolucionaria, ha demostrado también que es capaz de dar a la humanidad grandes ejemplos de lucha por la libertad y por el socialismo, y no sólo de legarle el triste ejemplo de los progromos, de las horcas levantadas en serie, de las huellas de verdugos, de las grandes hambres y de un gran envilecimiento ante los popes, el zar, los terratenientes y los capitalistas.. Estamos penetrados de un sentimiento de orgullo nacional. Y, por eso, precisamente, execramos especialmente nuestro pasado de esclavos... y nuestra esclavitud presente.» (**)*

En estos términos contestaba Lenin a los calumniadores que acusaban a gritos a la clase obrera rusa de hacer traición a su patria, de no amar a su patria, porque los obreros deseaban la derrota del zarismo en la guerra imperialista. Pero el orgullo nacional de la clase obrera rusa se basaba en que ya no eran justas las amargas palabras de uno de los primeros demócratas rusos (Chernichevski) : «Una lamentable nación, una nación de esclavos ; de arriba abajo, nada más que esclavos ;» y en que la clase obrera rusa había sostenido, en medio de las atrocidades de la guerra imperialista, la gran lucha por la libertad y por el socialismo. El verdadero patriotismo de la clase obrera rusa se manifestó en su deseo de derrocar la esclavitud, utilizando la derrota de su patria esclavizada. En aquel momento, la clase obrera rusa, apoyada por la simpatía de millones de campesinos, era la única que representaba los

(*) C. MARX y F. ENGELS. *Manifiesto del Partido Comunista*, pág. 34. Ediciones Europa-América, 1938, Barcelona.

(**) LENIN, *Contra la corriente*, Ed. franç.

verdaderos intereses de la nación. Al luchar por poner fin a la guerra imperialista, servía a la causa de los obreros de todas las naciones. Los verdaderos intereses del pueblo ruso coincidían con los intereses de los trabajadores de todos los países. Ahí está el poderoso manantial que alimenta el patriotismo soviético.

Defiende la libertad española quien combate por la España republicana y contra la intervención fascista. Defiende la patria china quien lucha por una China independiente y democrática, contra los agresores japoneses. Defiende la patria alemana el que combate a Hitler. Thorez tenía absoluta razón, al decir :

«La palabra patriota recobra su verdadero sentido original; designa, en efecto, a los descamisados de 1792, a los revolucionarios franceses cuya obra trastornó el mundo.» ()*

Defiende a la patria francesa todo el que lucha contra Daladier y por la potencia militar de Francia... La clase obrera representa los verdaderos intereses de la nación, en la lucha contra el fascismo.

Los bolcheviques enseñaron al pueblo soviético a amar a su patria. Lenin dijo, a propósito de la clase obrera victoriosa en Octubre : *«Después de Octubre de 1917, nosotros somos partidarios de la defensa de la patria.»* En 1918, Lenin llamó al pueblo de los Soviets a la guerra en defensa de la patria contra los imperialistas de la Europa occidental y los guardias blancos rusos. Los obreros de la U.R.S.S., que habían ocupado el Poder político, restauraron su patria, no una patria esclavista, desgraciada, opresora de varias docenas de nacionalidades, sino una patria independiente, democrática y socialista, resplandeciente por el brillo de sus victorias.

El pueblo soviético comprende un gran número de nacionalidades. Unificar ese pueblo heterogéneo significaba hacer de la Unión Soviética, no sólo la patria del pueblo ruso que había sido el pueblo dominante durante varios siglos, sino también la patria de los pueblos de Ucrania, de Bielorrusia, del Cáucaso, del Asia central, del Norte, la patria de todas las nacionalidades y de todos los pueblos grandes y pequeños. La proclamación de la igualdad de derechos de las diversas nacionalidades fué el primer paso en esta senda.

No hay nada más falso que, como lo hacen ciertos amigos de la U.R.S.S., representarse esta creación gradual de una patria socialista como una serie ininterrumpida de triunfos. Incluso cuando están animados de las mejores intenciones, esos amigos de la Unión Soviética se perjudican ellos mismos. Porque todos tenemos que sacar enseñanzas, no solo de las victorias del primer Estado socialista y de su partido, sino también de sus derrotas y de sus retiradas temporales.

En realidad, el camino recorrido ha sido difícil y heroico. Ha pasado por el fuego de la guerra civil, por el doloroso martirio de las masas campesinas ucranianas, georgianas, usbekas, rusas y cosacas, torturadas por las expediciones de castigo de los intervencionistas y de los terratenientes rusos. Ha pasado por gravísimos errores, por la recaída de ciertos individuos aislados en el chovinismo imperialista, así como

(*) MAURICE THOREZ, *La hora de la acción.*

por paroxismos de nacionalismo y de desconfianza hacia aquellos que, a los ojos de los pueblos oprimidos de la Rusia zarista, habían representado a la «nación dominante» de antaño. Este camino hacia el nacimiento de una familia fraternal de los pueblos de la Unión Soviética estaba erizado de enormes dificultades y hubo de exigir heroicos sacrificios durante los primeros años de la industrialización del país. No solo con la proclamación de la igualdad de derechos nacionales, sino por años enteros de lucha furiosa y de actividad socialista del Partido bolchevique y de las masas trabajadoras, se fué creando esa *conciencia* y ese sentimiento de una patria *soviética común*.

Al principio, hubo que proteger a esta patria contra una intervención abierta y crear un Ejército Rojo unificado de todos los pueblos y de todas las naciones del país. Después, hubo que curar las heridas producidas por la guerra imperialista y la intervención. Luego, hubo que conquistar la independencia económica del país.

Los bolcheviques explicaron al pueblo soviético por qué los conquistadores extranjeros—los kanes mongoles, los beis turcos, los señores feudales suecos, los panies polaco-lituanos, los samurais japoneses—habían derrotado durante varios siglos al imperio de los zares :

Todos lo derrotaron por su atraso en materia militar, en materia de educación, en materia de organización estatal, en materia de industria y de agricultura.

Había que poner término a aquella situación, sin lo cual no podía salvarse la Patria de los Soviets, conquistada a costa de tantas luchas heroicas. Aquel fué un llamamiento al patriotismo soviético.

Cuando se escribe o se discute acerca de los años del primer Plan quinquenal, se habla de varias cosas diferentes : del carácter genial del plan, del milagro del ritmo bolchevique, del triunfo logrado sobre dificultades invencibles a primera vista y de los hombres nuevos, formados en el fuego de aquella actividad creadora. Pero se suele desconocer toda la profundidad del potentísimo *movimiento popular* encarnado en las obras gigantescas del primer Plan quinquenal. Sin embargo, precisamente en ese movimiento popular ha tomado cuerpo el patriotismo soviético. Los hombres nuevos que echaron los cimientos de la independencia del país fueron *patriotas soviéticos* que protegieron a su patria contra el terrible peligro de un cerco capitalista.

Numerosos ignorantes tienden a condenar sin apelación todo lo que había existido antes de la toma del Poder por la clase obrera y pintan con los más sombríos colores el pasado de los pueblos soviéticos, sus luchas, sus guerras, sus hombres de Estado y sus generales, así como el conjunto de su historia anterior a la revolución de Octubre. Ahora bien ; el leninismo nos enseña una concepción de la historia completamente distinta. Ni Lenin ni Stalin han enseñado jamás a su Partido y a su pueblo semejante «ciencia histórica». Esta última no representa otra cosa que un empequeñecimiento y una falsificación del marxismo-leninismo. A los ignorantes se unen los razonadores vacuos que de nada se asombran y que, como el señor Dühring de antaño, lo saben y lo comprenden todo. Las gentes de esta especie ven en los bolcheviques cierta «vuelta al pasado histórico».

Naturalmente, no hay en los bolcheviques ninguna «vuelta» de esa clase. Lo único que hacen los bolcheviques es poner las cosas en su punto. Toda negación de las verdaderas tradiciones históricas, de las tradiciones nacionales de un pueblo, es extraña al leninismo, porque los bolcheviques no reconocen más historia que la verdadera y no la falsificada. Del hecho históricamente indiscutible de que la Revolución francesa de 1789 fué una revolución *burguesa*, no hay que deducir que los revolucionarios franceses de 1789 no fuesen verdaderos patriotas y que el pueblo francés no pueda enorgullecerse de esas grandes tradiciones patrióticas y de ese brillante pasado de Francia. Del indiscutible hecho histórico de que Rusia fué durante siglos enteros una monarquía feudal, no hay que deducir que los pueblos de la Unión Soviética no deban estar orgullosos de sus luchas históricas por su independencia nacional. El *pueblo ruso* fué efectivamente el que, sobre los hielos del lago Peipus, infligió en 1242 una derrota decisiva a los caballeros alemanes que querían encadenar al pueblo ruso. El *pueblo ruso* fué efectivamente el que expulsó en 1613 a los intervencionistas polacos —señores y nobles— que también habían extendido sus tentáculos hacia los bienes del pueblo. En 1709 el ejército ruso, dirigido por Pedro I, venció a los conquistadores suecos que habían invadido Rusia con el apoyo de los traidores que habían podido encontrar entre los otomanes ucranianos. En 1812, el pueblo ruso se alzó en defensa de su patria contra los ejércitos de Napoleón. Todos estos hechos forman para el pueblo una tradición, de la que se siente orgulloso y que ha reproduce en sus leyendas y en sus canciones, transmitidas de generación en generación. Los bolcheviques han restablecido la verdadera historia y, como corresponde a los teóricos de la clase obrera, han sido los únicos en encontrar la objetividad histórica en la exposición de esa verdadera historia.

Del hecho históricamente indiscutible de que Kutusof y Bagration, Alejandro Nevski y Pedro I, Suvorof y Bogdan Chmelniński fuesen miembros y representantes de la clase que en sus épocas respectivas dominaba en Rusia, no puede deducirse que los pueblos soviéticos no deban considerar a aquellos hombres como grandes capitanes y grandes patriotas.

Cuando hace dos años fueron caricaturizados en un teatro de Moscú los héroes de las epopeyas populares rusas, la opinión pública de todo el país desaprobó aquella idea. El Gobierno de los Soviets y el Partido condenaron aquella innoble tentativa como un ultraje a las verdaderas tradiciones populares y como un desconocimiento del hecho de que el pueblo había querido glorificar en esas epopeyas y en la persona de sus hombres legendarios a los hombres que habían luchado por la independencia y la integridad del país ruso. Los autores de aquella obra teatral, los directores del teatro, no tenían una concepción marxista de la historia, sino una concepción vulgar del marxismo y, en su altanero desprecio, desconocían la verdadera importancia de la epopeya popular y de las tradiciones nacionales.

Stalin, Kirof y Chdanof se han opuesto al falseamiento de la historia y a la tendencia a exponer los hechos históricos bajo el prisma de la actualidad y no bajo el prisma del período histórico correspondiente.

Los jefes del Partido bolchevique han dado a los historiadores soviéticos la base para una nueva historia de los pueblos de la U.R.S.S., historia que ha sido desfigurada y falseada por los pseudo-historiadores excésivamente celosos.

Sin el respeto y la comprensión de la verdadera historia, del sentimiento del orgullo nacional y de las tradiciones de los pueblos de la U.R.S.S., habría sido imposible realizar la unión fraternal de 60 pueblos, unión que penetra en toda su vida cotidiana.

Cuando la Unión Soviética celebró el centenario de la muerte de Puchkin, este homenaje fué una verdadera fiesta de la cultura y de la fraternidad de los pueblos soviéticos. Cuando se celebró el 750.º aniversario de la obra genial del poeta georgiano Chota Rustaveli, esta conmemoración fué una fiesta de la cultura para *todos* los pueblos soviéticos. La Unión Soviética, que se compone de numerosas naciones, se prepara para festejar en 1939 el 125.º aniversario del nacimiento de Taras Chevchenko, cuyas poesías son hoy canciones populares ucranianas.

Para un patriota soviético, sea georgiano o ucraniano, turco o bielorruso, ruso o judío, no existe más que una patria, que es la Unión de Repúblicas Soviéticas Socialistas.

Cuando la Unión Soviética se dió su nueva Constitución, llegaron diariamente a Moscú cartas de todos los rincones del mundo. Cartas de obreros, de campesinos, de intelectuales y de miembros de las clases medias; cartas de amigos y de enemigos... Un viejo obrero sin partido, que había hecho la guerra de 1914 escribió a Stalin:

«No desaprovecheis ningún medio. Cuantos más cañones, fusiles, ametralladoras, carros de asalto, tenga el Ejército Rojo, tanto mejor. Construid torpederos y submarinos. Cubrid de aviones el firmamento. Defendeos y haciéndolo nos defendereis también a nosotros...»

Estos hechos datan de dos años, es decir, de una época en que todavía no había guerra en China, en que no habían tenido lugar la batalla del lago Jasan ni los acuerdos del complot de Munich. La intervención fascista en España no se había revelado aún como el principio de la segunda guerra imperialista. Austria era independiente y Checoslovaquia no había sido todavía despedazada. La guerra no había revestido aún el aspecto amenazador que hoy tiene, ni llamaba a la puerta de todos los países. Desde entonces han transcurrido dos años, durante los cuales y cada día más, el vago *sentimiento* de las masas populares ha sido sustituido por la *convicción* de que la Unión Soviética constituye el baluarte, la esperanza y la *patria* de todos los trabajadores.

La conciencia de los hechos históricos se ha desarrollado más rápidamente en la sociedad soviética que en la sociedad capitalista de clases. Lo que millones de hombres de todos los países del mundo aprenden a costa de una dolorosa experiencia y de crueles derrotas, se lo comunica a los ciudadanos de la U.R.S.S. la previsora dirección de la sociedad socialista. El arte de la previsión constituye la esencia misma de la dirección bolchevique. Y a medida que aumenta la actividad de los vecinos capitalistas de la U.R.S.S. y se agudiza el peligro de una nueva guerra imperialista y contrarrevolucionaria contra la Unión Soviética.

tica, el pueblo de los Soviets se convence cada vez más de que el *Estado soviético debe ser fuerte.*

Pero el camino que conduce a este resultado no está cubierto de rosas y el trabajo que requiere no se hace con guantes de seda. ¡Cuántas «amistosas» advertencias se prodigaron a la Unión Soviética cuando esta descubrió ante el mundo entero el odioso complot de los agentes trotskistas y otros! ¡Cuántos «consejeros» quisieron convencer entonces al gobierno soviético de que era más prudente ocultarlo como una «enfermedad secreta», que aquellos procesos perjudicaban a la situación internacional de la U.R.S.S., que la depuración iniciada por la Unión Soviética repugnaba a las grandes masas de los países llamados «democráticos»! Sin embargo, la Unión Soviética obró enérgica y dignamente; destruyó los focos de infección abiertos en el País de los Soviets por sus enemigos, intensificó la lucha contra los incendiarios de la guerra y contra los traidores a su patria y convirtió aquella lucha en una obra de paz *general*, en verdadero interés de *todos* los pueblos. Al defenderse contra los agentes de la guerra secreta, el Estado soviético protege a todos los países del mundo contra la guerra y el fascismo, revelándose como la verdadera patria de todos los trabajadores. El patriotismo soviético es el verdadero internacionalismo.

Solamente un *fuerte* Estado soviético es capaz de aniquilar la guerra de un golpe, como lo ha hecho la Unión Soviética en las luchas del lago Jasán, en agosto de 1938. «¡Cubrid de aviones el firmamento!» ¡Cuántos hombres de todos los países del mundo repitieron esas palabras de un obrero desconocido, cuando el Ejército Rojo, defendiendo las fronteras de la U.R.S.S., asestó un golpe fulminante al «eje» guerrero! En las fronteras de la U.R.S.S. o en la retaguardia, los patriotas soviéticos con el uniforme del soldado rojo defienden hoy, como defenderán mañana, los *intereses internacionales de los trabajadores de todos los países.*

La verdadera potencia del pueblo, encarnada en el Estado soviético, se basa en la unidad del pueblo y en su completa conciencia de las necesidades. El patriota soviético no tiene solamente excelentes carros de asalto y magníficos aviones; necesita también otras armas, sobre todo, la comprensión del conjunto de los problemas que la lucha por el comunismo lleva consigo.

Los enemigos habían logrado engañar a ciertos individuos crédulos y superficiales que, atraídos por las frases sonoras, se dedicaron a preconizar la supuesta «degeneración» del Estado socialista en su paso al comunismo. Los bolcheviques arrancaron la careta a esa «teoría» y demostraron lo que se ocultaba detrás de la soberbia fachada de esa fraseología «marxista». En la U.R.S.S., dejar que degenerara el Estado socialista significaría, ante todo, renunciar al Ejército Rojo; después, liquidar los órganos del Estado que protegen al pueblo soviético contra la labor subterránea de los espías y de los agentes de los servicios de información y capitalistas... ¿Será necesario añadir algo más? ¿No está claro que, frente a los armamentos fascistas, frente a la hostilidad del mundo capitalista circundante, la degeneración del Estado socialista no significaría otra cosa que una capitulación sin lucha ante el enemigo y una traición al socialismo y a la clase obrera internacional? En nombre

de esa «teoría» pseudo-científica, se han justificado actos totalmente idénticos a los realizados en secreto por los viles traidores y agentes del espionaje fascista, como Trotski, Zinovief, Bujarin y Tujachevski.

Hay gentes ingeniosas que se sonrien porque en plena catrastrofe checoeslovaca, los bolcheviques se han ocupado de la historia de su partido. En realidad, al publicar ese libro, los bolcheviques han proporcionado a los patriotas soviéticos un arma poderosa. El libro en cuestión refuta las ilusiones de numerosos pacifistas que consideran a los bolcheviques como partidarios de la paz a toda costa, y restablece la verdadera doctrina de Lenin y de Stálin sobre la guerra : los bolcheviques no son pacifistas ; el pacifismo no es más que una manera de engañar a la clase obrera ; hay guerras justas y guerras injustas. Los patriotas soviéticos han sostenido en 1918-1920 una guerra justa contra los intervencionistas extranjeros y los guardias blancos rusos. El pueblo soviético ve en la guerra que los pueblos español y chino sostienen contra los intervencionistas fascistas una guerra justa y apoya, por consiguiente, a España y a China. El pueblo de los Soviets pensaba también que una guerra de Checoeslovaquia en defensa de su independencia y de su soberanía contra la Alemania fascista, era una guerra justa, y por eso estaba dispuesto el Estado soviético a tomar parte en ella. Los patriotas soviéticos saben que una guerra del pueblo de los Soviets contra los fascistas sería la guerra más légitima y más justa de todas las que la humanidad ha conocido jamás, porque sería una guerra por los intereses de la humanidad entera.

El patriotismo soviético ha escrito en su bandera estas palabras : «¡Proletarios de todos los paises, uníos!» Ser patriota soviético significa defender en cuerpo y alma el Estado ciudadela del socialismo, luchar por la paz y la libertad de todos los pueblos, por la evolución de la humanidad hacia el socialismo y contra el fascismo, el capitalismo y la guerra. El patriotismo soviético es el internacionalismo activo de un pueblo que ya ha realizado el socialismo en su propio país.

La heroica lucha **del pueblo español**

Por la defensa de Madrid

Resolución del Buró político del P.C. de España

EL BURO POLITICO DEL PARTIDO COMUNISTA DE ESPANA, REUNIDO EN MADRID, CON ASISTENCIA DE LOS CAMARADAS DOLORES IBARRURI, PEDRO CHECA, VICENTE URIBE, MANUEL DELICADO, ISIDORO DIEGUEZ, ANGEL ALVAREZ, JOSE PALAU, Y PRESENTES LOS CAMARADAS : JOSE MOIX, MIEMBRO DEL COMITE EJECUTIVO DEL PARTIDO SOCIALISTA UNIFICADO DE CATALUNA Y ARTURO JIMENEZ, SECRETARIO DE LA ORGANIZACION COMUNISTA DE MADRID, HAN DECIDIDO HACER PUBLICA LA POSICION DEL PARTIDO COMUNISTA ANTE LOS ACTUALES ACONTECIMIENTOS.

I. — TENEMOS CONFIANZA Y FE EN LA VICTORIA DEL PUEBLO ESPANOL

El Partido Comunista declara que seria un gravisimo error querer ocultar la gravedad extrema de la situación. La pérdida de Cataluña, del Ejército y del material de guerra que se encontraba en aquella zona, constituyen para la República un golpe muy duro, que cambia profundamente, agravándolas, las condiciones de nuestra lucha por la independencia y la libertad de España. Pero la situación se transformaría en catastrófica si los dirigentes de las organizaciones y de los partidos, si el Gobierno, si los jefes del Ejército, perdiesen la serenidad y la confianza en sí mismos y en la capacidad combativa y el espíritu de sacrificio de los soldados y del pueblo, y se orientasen, no hacia la resistencia, sino hacia el abandono de la lucha y la capitulación.

El Partido Comunista de España ha tenido siempre una fe absoluta en la victoria del pueblo español sobre los que quieren arrebatárle su independencia. Esta confianza continúa existiendo en nosotros, a pesar del duro golpe que para la República representa la pérdida de Cataluña.

El Ejército y el pueblo quieren seguir luchando por su libertad.

Primero.—Está intacta la mayor parte de las fuerzas de nuestro Ejército. De la retirada de Cataluña se han salvado todos o casi todos los cuadros militares y políticos de aquellas unidades. Nuestros soldados y mandos quieren resistir y lucharán con más heroísmo, si cabe, que hasta ahora.

Asimismo el pueblo, a pesar de la dureza de los sacrificios que la guerra exige, no está dispuesto a abandonar la lucha entregándose inerme al enemigo, porque sabe que esto equivaldría a la muerte, a la transformación del pueblo español en una masa de esclavos del fascismo extranjero. La guerra que se nos hace no es una guerra como las de los tiempos pasados, que en cada momento se podían terminar con una paz cualquiera; es una guerra de conquista y de exterminio. Es el mismo instinto de conservación nacional y humano quien dicta la resistencia por encima de todo egoísmo. Y en el seno de la masa popular, es la clase obrera quien de manera particular siente el deber, la necesidad imprescindible de la resistencia. Los obreros de España saben muy bien que la lucha que se desarrolla hoy contra el fascismo y contra la invasión extranjera no es una lucha como las que se desarrollaran en otros períodos de nuestra Historia, contra distintos regímenes reaccionarios. Hoy luchamos para impedir que sean aniquiladas todas nuestras posibilidades de existencia, de organización y de libre desarrollo político y cultural. El triunfo del fascismo en nuestra patria no significaría una etapa transitoria de gobierno reaccionario, como fué la dictadura de Primo de Rivera o el bienio negro. Si triunfaran sobre la república el fascismo y los invasores extranjeros que están a su servicio, eso no sería para la clase obrera de España una simple derrota parcial y pasajera. Sería el fin de todo lo que los obreros han conquistado con decenas de años de trabajo y de combate, el fin de todo bienestar, de toda libertad, de toda dignidad, el hundimiento en la esclavitud más negra. Asimismo los obreros agrícolas y campesinos, que han recibido de la República la tierra por la que han soñado y luchado tantos años, se verían desposeídos de ella y caerían de nuevo bajo las garras del terrateniente y del cacique. Conociendo todo esto los proletarios españoles no pueden ni por un momento pensar en abandonar el combate; deben ser, son y serán los animadores ardientes de la resistencia de todo el pueblo.

Por la fuerza y el heroísmo de nuestros soldados, por las energías inagotables de la clase obrera y del pueblo, de todas las fuerzas progresivas y patriotas del país, la resistencia es posible y será un hecho, que nos ha de permitir salvar la vida y la libertad de millares y millares de hermanos nuestros.

Rectificando nuestros errores,
nos fortaleceremos.

Segundo.—Las batallas y la retirada de Cataluña han puesto de

manifiesto toda una serie de errores, faltas, etc., que han contribuido a debilitar la resistencia del Ejército y del pueblo. Es preciso, aprovechando cada día y cada hora, corregir estas debilidades, bajo la dirección del Gobierno. Como ha afirmado el Frente Popular de Madrid en la circular dirigida a los Comités locales del Frente Popular, partidos y organizaciones: «Precisamos todos rectificar actitudes. Es aún hora para enmendar errores. La experiencia es lo bastante fuerte para imponer a todos los sacrificios que sean precisos.» Nuestra convicción es que si los hechos de todos responden a estas palabras, es decir, si teniendo en cuenta la trágica experiencia de Cataluña nos dedicamos, en común, con disciplina y sin recelo partidista, a corregir rápidamente las debilidades de los órganos esenciales del Ejército y del aparato civil del Estado, nuestra resistencia se afirmará mucho más de lo que ha sido posible hasta ahora, será el arma en donde se estrellen los propósitos enemigos.

Las contradicciones en la zona enemiga van agudizándose.

Tercero.—Es un error pensar que la conquista de Cataluña permite a los invasores extranjeros y a los fascistas resolver sus graves contradicciones interiores. Al contrario, éstas se van a agudizar. Es precisamente ahora cuando los invasores italianos y alemanes van a imponer a Franco, su servidor, a cambio de la ayuda militar y material que le han prestado y que es la causa de sus éxitos, la consolidación de su posición de dueños absolutos y colonizadores de la zona invadida. Es precisamente ahora cuando los fascistas extranjeros exigirán poder disponer sin límites de las riquezas de España y de la sangre de los españoles para lanzarlos al ataque contra los pueblos de Francia y de Inglaterra. Y, en esta situación es perfectamente lógico que, no solamente en el pueblo oprimido y hambriento, sino también en elementos del aparato político y hasta en una parte del aparato militar de Franco, que se siente humillado por el predominio extranjero, se afirme el deseo, la voluntad de cambiar la situación actual, realizando la unión de todos los españoles por la defensa de la independencia del país, imponiendo que salgan de España todos los invasores extranjeros.

Además la invasión y el sometimiento por el terror de esta zona de proletariado industrial concentrado y pequeña burguesía liberal y nacionalista, como es Cataluña, ha de tropezar con dificultades enormes. Barcelona, ciudad obrera, catalanista y revolucionaria, puede ser y será un elemento de profunda desorganización en la retaguardia franquista, un punto de apoyo, más firme que los que han existido hasta hoy, de la lucha contra el fascismo y la dominación extranjera, que ha de desarrollarse en la zona invadida.

Con nuestra resistencia se incrementará la solidaridad internacional.

Cuarto.—Es asimismo un error profundo pensar que nada o muy poco tenemos que esperar del extranjero, ya que los países democráticos que han dejada fuese invadida Cataluña por los alemanes e italianos,

no habrían de ayudarnos ahora que hemos perdido una posición tan importante. La situación internacional nunca ha sido más inestable que hoy. Además, el éxito que los invasores fascistas han obtenido en Cataluña aumenta su audacia, les incita a hacer manifiestos y más claros sus planes de conquista, de rapiña y de guerra, y esto, a su vez, abre los ojos a los que hasta ahora no han querido darse cuenta de la realidad, y aumenta las posibilidades de apoyo directo o indirecto al pueblo español. Está al lado de la República Española la Unión Soviética, el potente país que en todo el mundo es el defensor firme de la causa de la libertad, de la justicia y de la paz. El proletariado y las fuerzas sinceramente democráticas de Francia, de Inglaterra, de los Estados Unidos y demás países democráticos, han prestado hasta ahora a España una ingente ayuda material y continuarán prestándosela. Lo que no han podido hacer, en parte por falta de unidad y decisión en la lucha, en parte por no haber comprendido aún a fondo la importancia que tiene para ellos mismos una justa solución del problema de España, es cambiar radicalmente, a nuestro favor, la política de sus gobiernos. Pero lo que no se ha obtenido hasta hoy se podrá obtener en el porvenir si aquí se afirma nuestra resistencia.

Por todos estos motivos decimos que resistir no sólo es necesario, sino que es posible, y afirmamos que nuestra resistencia, como ya ha ocurrido en otros momentos en que muchos lo creían todo perdido (noviembre 1936, marzo y abril 1938), una vez más puede cambiar la situación, permitirá que maduren hechos nuevos, tanto en España como internacionalmente, que redunden en nuestro favor, y nos abrirá la perspectiva de victoria.

II. — LOS TRES PUNTOS DE FIGUERAS, BASE DE LA UNIÓN Y DE LA PAZ DE LOS ESPAÑOLES

El Partido Comunista declara su acuerdo completo, sin reservas de ninguna especie, con los tres puntos enunciados por el presidente del Consejo en nombre del Gobierno de Unión Nacional, en la sesión de Cortes de Figueras, y que expresan los motivos por los cuales el pueblo español y el Gobierno de España continúan la guerra contra los invasores. Estos tres puntos, que comprenden *la independencia de nuestro país, la libre disposición del pueblo y la exclusión de toda represalia una vez liquidada la guerra*, representan la aspiración profunda de todos los españoles en el momento actual; y no es posible pensar en que termine la lucha hasta que sea asegurado su respeto y realización integral.

El Partido Comunista está plenamente de acuerdo en que se realicen, por parte de las autoridades del Estado, cuantas gestiones sean necesarias para explicar intercionalmente el valor y la significación de estos tres puntos, para obtener el reconocimiento de ellos como base mínima indispensable para terminar la guerra y empezar la reconstrucción de España. Está de acuerdo y colaborará con todas las fuerzas para obtener que alrededor de estos puntos se realice la unión de todos los españoles contrarios a la permanencia en España de tropas extranjeras; de todos los que no quieren que, aplicándose los pactos secretos con-

cluidos entre Franco y los invasores alemanes e italianos, España se transforme en una colonia italoalemana y en punto de apoyo para la guerra contra Francia e Inglaterra.

La realización de esta unión, garantía del porvenir de España como nación libre e independiente, es posible, pero la primera condición para esto es que se afirme hoy la resistencia de nuestro Ejército y del pueblo entero, que nuestros frentes se preparen a resistir los ataques enemigos, y el aparato civil del Estado funcione para dar satisfacción a las necesidades del Ejército y del pueblo. Por esto es necesario que todos los órganos del Gobierno y todos los hombres, de arriba a abajo, se pongan a trabajar, no pensando en otra cosa que en la resistencia y en su organización. Esto es, desde cualquier punto de vista que examinemos la situación, el deber urgente e imprescindible de hoy, y deben ser denunciados como cobardes y traidores, quitados en seguida de sus puestos y castigados con todo rigor los que en lugar de trabajar por la organización de la resistencia rompen la moral del Ejército y del pueblo, orientándose hacia la capitulación y la entrega.

III. — EL ESTADO DE GUERRA DEBE SERVIR PARA FORTALECER NUESTRA RESISTENCIA

El Partido Comunista ha manifestado desde el primer momento estar de acuerdo con la declaración del estado de guerra, considerando esta medida indispensable para poner todo el país, efectivamente, en pie de guerra. Desgraciadamente, la pérdida de Cataluña ha sido precedida y seguida por manifestaciones bastante generalizadas de desconcierto, confusión y hasta de pánico, que han disminuído las posibilidades de resistencia, paralizando en parte el funcionamiento de los órganos del Gobierno y la actividad de las organizaciones antifascistas. Esta situación está corrigiéndose, pero no con la rapidez suficiente, y esto representa un peligro, que señalamos, pidiendo al Gobierno que tome medidas urgentes y radicales para hacer reinar en todo el país *el orden, la disciplina y una moral elevada*.

Esto exige que sean eliminados los elementos que en lugar de trabajar acatando todas las órdenes del Gobierno, creen confusión por estar ellos mismos desorientados y desmoralizados. Pedimos que a los que han abandonado o abandonen su puesto de lucha o de trabajo se exijan responsabilidades y se impongan severos castigos. El pueblo y los soldados continúan en sus puestos; en sus puestos deben estar los dirigentes. La moral del pueblo y del Ejército se elevará cien veces más, cuando sea evidente que el Gobierno impone su disciplina a todos, con todas las medidas que corresponden a la situación.

En el orden militar, consideramos necesario y urgente que sea estudiada a fondo la experiencia de los últimos meses de combate. Esta experiencia nos dice, una vez más, que nuestro Ejército es bueno, capaz de heroísmos, pero que existen todavía en él muchas debilidades que se pueden y deben corregir. La escasa unidad interior, la falta de solidaridad en el combate, la reducida capacidad de maniobra de muchos mandos medios, la deficiencia de la fortificación y capacidad de aprovechar el terreno, etc., son debilidades que el enemigo ha apro-

vechado en Cataluña para avanzar, pero son debilidades que se pueden corregir con un rápido e intenso trabajo de capacitación de todos los mandos. Al mismo tiempo es preciso que la disciplina sea en todo el conjunto del Ejército más firme que lo ha sido hasta aquí, y esto se obtendrá imponiendo la disciplina con mano de hierro, liquidando los últimos residuos de milicianismo y con una enorme intensificación del trabajo político en todas las unidades, sea del frente ou de la retaguardia.

El Partido Comunista, interpretando la voluntad de todo el pueblo, se dirige con un llamamiento especial a los jefes de todas las Armas. Está en la tradición del Ejército de España el hacer frente con heroísmo, abnegación y espíritu de sacrificio a las situaciones más graves. Los jefes del Ejército republicano, que el pueblo rodea de su admiración y su cariño, no renegarán de esta tradición.

Es falso considerar que la escasez de armas nos impida seguir combatiendo. Tenemos armas en cantidad suficiente para resistir y deshacer cualquier ataque enemigo. Lo que precisamos es que la industria de guerra funcione a un ritmo más intenso, rompiéndose las resistencias burocráticas que lo impiden. Nuestros obreros, las mujeres que han ocupado en las fábricas el lugar de los movilizados, saben por qué trabajan y quieren trabajar con ritmo de guerra. Que el aparato de dirección de la producción esté a la altura de la voluntad y del heroísmo del pueblo, y los medios de lucha no nos faltarán.

La línea de resistencia trazada por el Gobierno exige de la población civil sacrificios. Pedimos que ellos sean iguales para todos, lo que hará más fácil el soportarlos. Pedimos que se libere de toda incrustación burocrática el aparato de abastos, que se dé a los campesinos plena libertad de trabajar en la forma que quieran la tierra, que es suya, y se intensifique la producción agrícola con la aportación dignamente retribuida de las mujeres a las faenas del campo. Pedimos que se haga más efectiva la lucha contra la «quinta columna», que se aumente en los frentes y en la retaguardia la vigilancia de todos, aplastando sin compasión todo intento faccioso.

IV. — LA UNIDAD DE TODO EL PUEBLO DEBE SER MAS FIRME QUE NUNCA

La existencia y efectividad del estado de guerra no excluye, sino, por el contrario, exige se desarrolle un gran trabajo de esclarecimiento, agitación y propaganda política. Esta es hoy la tarea del Frente Popular, de los partidos antifascistas y de los Sindicatos. Y a esta tarea deben ayudar las autoridades civiles y militares.

Acercarse al pueblo, a los obreros de las fábricas, a los campesinos, a los mujeres, a los jóvenes, para hacerles comprender qué se quiere de ellos, enterarse de sus problemas y necesidades y ayudar a resolverlos, para encontrar en el pueblo nuevas fuentes de energía y de ayuda al Gobierno y al Ejército. Esto deben hacer hoy todos los hombres políticos del país, todos los cuadros dirigentes de partidos y Sindicatos.

El Partido Comunista se dirige a todos los partidos y organiza-

siones del Frente Popular, a los dirigentes y a las masas, con un llamamiento apremiante a la unidad y la fraternidad antifascista. El proletariado y el pueblo de España ya en otros momentos muy graves han dado a la clase obrera de todo el mundo el ejemplo de la unidad en el combate contra el fascismo; ejemplos de un heroísmo incomparable. Hoy, la unidad nos salvará, una vez más. El Frente Popular, no solamente debe continuar existiendo y funcionando, sino que, centuplicando su actividad, debe ser el eje de la resistencia de todo el pueblo. Los comunistas no abandonarán nunca la línea de unidad que han seguido hasta ahora, de colaboración estrecha con todos los partidos, con todos sus dirigentes, con todos los organismos sindicales, políticos y militares. Esto no quiere decir que renunciemos a denunciar y luchar contra los vacilantes, los desertores, los cobardes y otros agentes del fascismo. Esto quiere decir que nosotros sólo hacemos diferencia entre los que trabajan por la unidad del pueblo y la quieren y los que trabajan contra ella. A estos últimos los combatiremos siempre, sin piedad, y haciendo así estamos convencidos de actuar en beneficio del pueblo y de la causa común. Pero consideramos necesario que esta lucha contra todos los enemigos que nos amenazan desde el interior sea llevada a cabo por el Frente Popular y sus organizaciones unidas, y a esto les invitamos.

Los comunistas obedecerán todas las órdenes del Gobierno; se esforzarán en ayudar a corregir todos los errores, todas las debilidades que se presenten en cualquier terreno y se esforzarán siempre para hacerlo en unión de todas las demás fuerzas populares. De la clase obrera, del pueblo ha salido nuestro Partido; con la clase obrera, con el pueblo lucharemos siempre, por que el esfuerzo gigantesco del pueblo español se vea coronado por el triunfo de la República, por la existencia de una Patria libre e independiente.

El Búro Político estima necesario que, teniendo en cuenta las circunstancias de hoy, se dé un nuevo paso hacia la unidad de la clase obrera en el terreno sindical, funcionando en común (como ya habían empezado a hacerlo en Barcelona las dos Centrales sindicales) todos los directivos de Sindicatos y sus correspondientes secciones en las fábricas. La unidad de la clase obrera será garantía de la unidad de todo el pueblo.

V. — ¡EN PIE DE GUERRA EL PARTIDO!

El Buró Político se dirige de manera particularmente apremiante y seria al Partido, a todas sus organizaciones locales, dirigentes y militantes, recordando a todos la responsabilidad que pesa sobre nuestro Partido y sus afiliados.

Los comunistas deben considerarse hoy responsables de que reine en todas partes el orden y que haya disciplina; responsables de la unidad y la moral del Ejército y del pueblo. En cualquier parte donde se manifieste una debilidad, un error, una falta, los comunistas deben acudir con su esfuerzo y su sacrificio a restablecer la situación. Esto, tanto en los frentes como en la retaguardia. Hoy no podemos librarnos de nuestra responsabilidad simplemente acusando y criticando a los

demás. Dedemos criticar cuando sea preciso y ayudarnos todos, recíprocamente, a trabajar bien, bajo las órdenes del Gobierno.

Lo peor que hoy podría ocurrir al Partido es aislarse de las masas y de las otras fuerzas populares antifascistas. Para evitarlo, los comunistas tienen el deber (dejando de lado todas las provocaciones que pudieran haberse y que podrían ser organizadas por el enemigo y sus agentes) de estrechar el contacto y la ligazón del Partido con las masas y, en primer lugar, con la clase obrera, buscando nuevas formas allí donde sea preciso. Es su deber procurar que por ninguna circunstancia queden las masas obreras y campesinas sin Prensa, sin información, privadas de contacto con la dirección política del país. En todas las situaciones tienen el deber de conocer exactamente las necesidades y problemas de las masas y ayudar a su solución, el deber de conocer cuál es la moral del pueblo y hacer todo lo necesario para que nunca ésta sea quebrantada.

El Partido debe considerarse movilizado en permanencia. En cada localidad, en cada pueblo, en cada lugar, los Comités del Partido deben asegurar la orientación y el contacto con todos los comunistas y de éstos entre sí, al día, a la hora, al minuto.

Ni un local del Partido, ni un Comité del Partido sin una permanencia, día y noche, de los cuadros más calificados, siempre en relación estrecha con los dirigentes de todas las organizaciones y dispuestos en todo momento a resolver cuantos problemas exija la situación.

La producción agrícola e industrial, particularmente la de guerra, el funcionamiento normal de todos los órganos del Estado, especialmente los Ayuntamientos, el abastecimiento de la población, el orden y la disciplina, el cumplimiento de todos los decretos y disposiciones oficiales, la vigilancia de los enemigos y sus agentes, la orientación constante de todos los ciudadanos, con la Prensa, con murales, con la radio, con conversaciones y directivas, el funcionamiento del Frente Popular, de las direcciones sindicales : he ahí las tareas en que debe concentrarse la preocupación de todos los miembros y organizaciones del Partido.

Particularmente en las zonas próximas a los frentes, las organizaciones del Partido, en relación con las autoridades militares, deben estar dispuestas a prestar toda su ayuda y hacer todos los sacrificios para asegurar la resistencia.

La incorporación de todos los cuadros del Partido afectados por la movilización debe proseguir, reemplazándolos automáticamente por mujeres y hombres fuera del deber militar.

En todas las provincias y localidades debe organizarse, además de las Escuelas, sencillos cursos breves de noche o de día, para orientar a los camaradas que se hacen cargo de la dirección.

¡El Partido, en pie de guerra, unido a todas las organizaciones y a todo el pueblo, para asegurar el orden, la disciplina y la unidad, y con ello, la resistencia y la victoria!

Madrid, 23 de febrero de 1939.

**El Buró político del Partido Comunista
de España.**

Crónica de acontecimientos

Las masas populares de los países democráticos se indignan cada vez más profundamente ante la falsa « paz » de Munich y la siniestra política de no-intervención. Exigen cada día más resueltamente que se realice un cambio de política. Las reuniones del Partido radical-socialista y los últimos debates de la Cámara francesa demuestran que todo el país se siente profundamente inquieto ante la evolución de los acontecimientos españoles. Hasta el reaccionario *Le Temps*, cuya hostilidad hacia la España republicana es bien notoria, se ha visto obligado a plantearse seriamente el problema de saber cuáles serían los efectos de una victoria eventual de Franco, es decir, en realidad, de la intervención italo-alemana, en España. Dicho periódico se ha mantenido, ciertamente, partidario de la no-intervención ; pero no ha podido apoyarse para ello más que en las supuestas promesas de Mussolini a Chamberlain. En una u otra forma, la mayoría de los disputados franceses se ha pronunciado por la abolición de la política de no-intervención. Sin embargo, Daladier corona su traición contra Checoslovaquia con una doble o triple traición contra España.

En Inglaterra se desarrolla una serie ininterrumpida de manifestaciones contra la no-intervención. Personalidades de primera fila, los líderes del movimiento pacifista, los sindicatos ingleses, los partidos de la oposición, reclaman con energía armas para España.

En Francia, hay hombres perspicaces que demuestran al pueblo francés la situación en que se halla después de la ocupación de Barcelona por la intervención fascista ; los campos de aviación y la artillería de las potencias del eje en la frontera de los Pirineos, bases de hidroaviones y de submarinos en las Baleares y, al sur y al este de Francia, los ejércitos alemanes e italianos. Una vez realizado el cerco total de Francia, Mussolini volvería a presentar sus reivindicaciones territoriales, la Alemania nazi presentaría la cuenta a las dos potencias occidentales. Cuando el gran movimiento de las masas populares inglesas y francesas dió la perspectiva de un cambio de actitud de las dos democracias occidentales, la prensa fascista se extendió en invectivas rabiosas que denotaban su temor y su angustia. Sin embargo, cuando los gobiernos inglés y francés anunciaron la continuación de la no-intervención, a pesar del poderoso movimiento de las masas populares, hubieron de soportar los sarcasmos que les dedicó Mussolini.

La nueva traición que se prepara contra el pueblo español amenaza ser todavía mas negra que la cometida con Checoeslovaquia y sumergir en la desgracia al pueblo inglés y al pueblo francés. Después de Munich, los estadistas de las democracias occidentales intentaron convencer a sus pueblos de que las dictaduras fascistas dejarían tranquilo al Occidente y lanzarían su próxima campaña de saqueo contra la Europa oriental, contra la Unión Soviética. Después de la entrevista de Beck e Hitler en Berchtesgaden, el *Times* hizo grandes esfuerzos por animar al fascismo alemán a atacar a la Unión Soviética. Sin embargo, en Londres y en París, los círculos más perspicaces comprenden que Hitler no tiene ninguna gana de estrellarse contra el poderoso baluarte del socialismo victorioso. Los fines inmediatos de las dictaduras fascistas continúan siendo: 1.º establecer posiciones en el sur de Europa; 2.º aplastar a Francia; 3.º expansión en Asia Menor y en Africa. El periódico reaccionario inglés *Daily Mail*, que mantiene excelentes relaciones con la camarilla de Hitler, ha anunciado que durante las próximas semanas, el dictador alemán reivindicará sus antiguas colonias por medio de una gran acción de amenaza militar y que Mussolini presentará a Francia sus reivindicaciones.

La desastrosa situación económica del III Reich, sus dificultades interiores cada día mayores—con lo que hay que relacionar la retirada de Schacht, presidente del Reichsbank—no sirven más que para aumentar la sed de aventuras de los nazis, mientras las potencias democráticas no les obliguen a detenerse.

La aceleración del ritmo de los armamentos en Francia y en Inglaterra no es un medio suficiente para reaccionar contra la expansión de las dictaduras fascistas. La paradoja de la actual política de Inglaterra y Francia es que entregan cada vez posiciones más fuertes a los Esdos fascistas, aumentando así su potencial bélico y después intentan compensar su propia debilidad haciendo esfuerzos extraordinarios en la realización de su propio rearme. Es indudable que es necesario armarse contra los agresores fascistas; pero los armamentos no pueden ser eficaces más que practicando al mismo tiempo una política resuelta de resistencia y no una política de capitulación y de traición. Dada la política reaccionaria de los gobiernos actuales de Inglaterra y de Francia esos armamentos son para el pueblo una carga, mas que una protección. El gobierno inglés ha tenido ya que tomar medidas extraordinarias para sostener la cotización de la libra esterlina; a consecuencia de la incertidumbre reinante y de las dificultades del comercio exterior de Inglaterra durante las últimas semanas, se ha registrado un descenso progresivo de la cotización de la libra. Y el gobierno francés continúa intentando anular las conquistas del Frente Popular en nombre de la política de rearme y en beneficio de las doscientas familias.

Se ha dejado pasar otra ocasión.
El mensaje de Roosevelt.

En las pasadas semanas, se ha ofrecido a Inglaterra y a Francia una magnífica ocasión de reconquistar su fuerza y de organizar eficazmente la paz mundial. En su mensaje al congreso pan-americano de prin-

cipios de enero, el presidente de los Estados Unidos ha expresado en términos clarísimos la oposición que existe entre el mundo democrático y civilizado y el mundo de las dictaduras fascistas, entre el campo de los factores de guerra y el de la humanidad pacífica. El presidente manifestó que los Estados Unidos no pueden contemplar con indiferencia como los conquistadores fascistas imponen a otros pueblos sus doctrinas inhumanas a sangre y fuego, privándolos de su libertad y de su independencia. En términos penetrantes, Roosevelt ha puesto en guardia al pueblo americano frente al peligro con que también le amenaza la ilimitada expansión de los Estados fascistas; ha pedido que se esté vigilante frente a las tentativas de división interior con que el agresor fascista prepara su ataque. La reacción, llena de cólera y de odio, de la prensa alemana después del mensaje del presidente Roosevelt demostró clarísimamente que este había puesto el dedo en la llaga. El fascismo alemán vio de pronto erguirse frente a él a la gran democracia americana y sus fuerzas poderosas y perdió la serenidad; el señor Goebbels, después del raudal de injurias de la prensa alemana, se apresuró a pedir gracia a América. Y, sin embargo, el presidente de los Estados Unidos no había hablado más que de la posibilidad de sanciones económicas contra los agresores, lo cual basta para inspirar un gran terror a los amos de Alemania.

El mensaje del presidente Roosevelt contenía la proposición, hecha al congreso pan-americano, de revisar la llamada «ley de neutralidad» que prohíbe la entrega de material de guerra tanto a la víctima de la agresión como al agresor, etc. Además, el presidente Roosevelt hablaba de la posibilidad de una revisión de la actitud de los Estados Unidos en la no-intervención en España. Para dar más peso a su reto a las dictaduras fascistas, el presidente de los Estados Unidos propuso también reforzar en considerables proporciones los armamentos americanos. Incluso la mayoría de los adversarios reaccionarios de Roosevelt manifestó su conformidad en cuanto a la parte de su mensaje referente a la política exterior. Véase lo que decía el órgano del Partido republicano, el *New York Herald Tribune*:

«El pueblo americano tiene que ver también que el peligro totalitario ha aumentado tanto al Este como al Oeste, y está dispuesto a adoptar medidas enérgicas. En cuanto a esto, no siente ninguna incertidumbre. Por nuestra propia causa, por la causa del hemisferio occidental y de la democracia en todo el mundo, el pueblo americano, sin ruido de botas, daría armas para la acción donde fueren necesarias y en cualquier momento.»

Sin embargo, los representantes de la democracia europea se han limitado a aprobar platónicamente el mensaje de Roosevelt. La acogida fría dispensada al mensaje de Roosevelt por los gobiernos de Inglaterra y Francia ha dado fuerzas a los partidarios del aislamiento en los Estados Unidos y, en parte a causa de esto, la comisión de Negocios extranjeros del Senado americano ha aplazado por tiempo indefinido la revisión de la ley de neutralidad y la revisión de la política de no-intervención en cuanto a España. Sin embargo, ese éxito momentáneo de los partidarios del aislamiento no puede oponerse al progreso que, en las masas populares americanas, hace la idea de una consolidación

eficaz de la paz. En la hora actual, la gran mayoría del pueblo americano ve claramente que la democracia y la civilización no podrán afirmarse contra las potencias bárbaras, si no se alzan en toda su grandeza y en toda su potencia.

El Japón y las potencias occidentales.

Mientras tanto, América, Inglaterra y Francia han reforzado la política adoptada hacia el agresor japonés. A los créditos americanos e ingleses concedidos al gobierno nacional chino, han seguido las notas de protesta dirigidas al Japón, en las que los tres gobiernos rechazan el cambio del *statu quo* en Extremo Oriente y se atienen al «acuerdo de las potencias» de 1922. Aunque los tres Estados no hayan pasado aun a la aplicación de medios eficaces de presión, la sola posibilidad de sanciones, aunque no fuesen más que económicas, ha producido un gran desconcierto en los círculos dirigentes del Japón. La prensa japonesa acusa a los Estados Unidos de ser un instrumento de Inglaterra, contra la cual dirigen sus ataques los más importantes periódicos japoneses. El diario *Hochi Chinbun* ha afirmado que Inglaterra ha perdido la razón; el periódico *Nichi Nichi* ha declarado que el Japón se vería obligado a considerar a Inglaterra como su enemigo jurado, si apoyase a Chang Kai Chek. Los grandes capitalistas japoneses estaban convencidos, al parecer, de que el gobierno inglés iba a seguir con China la misma política que con Checoeslovaquia. Y su rabia es tanto mayor cuanto que la burguesía inglesa no quiere sacrificar sin compensación los miles de millones que tiene invertidos en China ni dejar de buen grado el camino libre a los trusts de la compañía textil y a las compañías japonesas de navegación. Por lo que se refiere a la actitud de los círculos dirigentes de la burguesía americana ante un conflicto en Extremo Oriente, hay un artículo del *New York Times* del 18 de diciembre de 1938 que es completamente característico; vease lo que dice, refiriéndose a las consecuencias de una victoria eventual del Japón:

«El primer resultado y el más notorio sería la exclusión del mundo occidental del comercio chino y de la participación en la economía de una quinta parte de la humanidad... Europa y América no podrían mantener relaciones con China más que con el consentimiento y el permiso del Japón. Es decir, solo en escasa medida... Políticamente, el imperio japonés pertenecería, llegado ese caso, al bloque fascista. La idea fascista tendría entonces un petentísimo desarrollo en Asia. Esta eventualidad tiene enorme importancia para la Gran Bretaña. Si el Japón consigue la hegemonía en China, en el mejor de los casos, el imperio inglés conservaría en Asia una posición precaria... Para América, no es menor la importancia de un imperio japonés aun mayor que el actual. Los Estados Unidos se verán obligados tanto por lo que se refiere a sus intereses como en lo relativo a su influencia a retroceder hasta Hawaii, por lo menos. La autoridad y la influencia de América en las islas Filipinas durará muy poco y la república de Filipinas no durará mucho más. Económicamente, América se verá rechazar hasta en su propio continente, después de haberse dirigido durante un siglo hacia occidente... En el caso de una victoria japonesa, solamente una nueva

guerra puede impedir que Japón convierta a China en una provincia suya. La elección ante la cual ha colocado al mundo el Japón es la guerra en la escala continental o la pérdida de una gran parte del mundo en beneficio del Japón.»

Esta voz traduce los temores de los círculos económicos americanos. Sin embargo, en la fuerte animadversión que el pueblo americano manifiesta hacia el Japón, se siente inspirado por su simpatía hacia la lucha heroica del pueblo chino.

El Frente Popular francés continua.

La fuerza del Frente Popular francés ha consistido siempre en que no representa solamente una combinación de dirigentes de Partidos y de grupos parlamentarios, sino que expresa la unión cada día más estrecha de las masas populares francesas. El señor Daladier ha suprimido impudicamente en toda su política interior un punto tras otro del programa del Frente Popular. Sin embargo, no ha logrado romper la unión de las masas populares francesas. En el congreso del Partido radical, injurió sañudamente al Partido Comunista de Francia; sin embargo, los diputados del mismo Partido radical, obligados por el estado de ánimo de las masas populares, han tenido que votar la reelección del camarada Duclos a la vicepresidencia de la Cámara. Los tribunales del señor Daladier han condenado a muchos obreros a penas de cárcel por haber tomado parte en la huelga del 30 de noviembre. Sin embargo, las comisiones parlamentarias de que forman parte los diputados del señor Daladier han votado en favor de la amnistía de las víctimas de la política de reacción del presidente. Daladier permanece fiel a la política de Munich y a la política de traición a la España republicana. Sin embargo, entre las masas populares francesas, hay cada día más descontento y cunde la irritación contra esa política que cierne una fuerte amenaza sobre la democracia francesa y sobre la misma existencia de Francia. Hace pocas semanas unos diputados radicales se unieron a los representantes de los sindicatos, de los Partidos socialista y comunista, para condenar la política de traición hacia la República española. Los ministros pasan. Sin embargo, la unión de las masas populares francesas es un hecho que ninguna traición ni ficción puede negar. Esa unión de las masas populares es la única garantía de que el pueblo francés ha de acordarse de su misión, que es la de mantener la paz para el mismo y para el resto del mundo.

¿Temen sus responsabilidades los líderes de derecha del Labour Party?

Mientras la prensa de las organizaciones del Labour Party unidas en esto a las organizaciones sindicales inglesas, estigmatizaban durante las pasadas semanas la política cínica del señor Chamberlain, sobre todo en lo que se refiere a la España republicana, los líderes de derecha del propio Labour Party demostraban, con su sabotaje de la concentración de las masas contra Chamberlain y con sus propias palabras, que temen, si no es que tienen horror, a las responsabilidades del poder. No otra

cosa significa un artículo del *Daily Herald* en el que ha podido leerse lo siguiente :

«Incluso hoy, quizá fuese posible derrotar al gobierno solo con una política agresiva, sin tomarse siquiera la molestia de fijar una política opuesta y exigir su aplicación... Sin embargo, aunque eso fuese posible, sería en cierto modo peligroso para el Labour Party tomar el Poder solo a causa del descontento a que daría lugar... El movimiento laborista no puede consagrar toda su energía concentrada (al problema de los parados) más que después de haber conquistado el apoyo y la comprensión de la mayoría de los electores.»

A pesar de sus declaraciones grandilocuentes (dicen que lo que ellos quieren es el socialismo puro), los líderes del Labour Party no tienen por consiguiente, mucha confianza en la fuerza de atracción de su propio programa. ¿Como es posible saber que una nueva mayoría eventual en la Cámara se basa «previamente» en el consentimiento de los electores a toda medida de gobierno y que no va acausar ningún «descontento»? ¿Como puede un eventual gobierno laborista conquistar a los electores a su política si no comienza afirmando la confianza de estos con actos audaces? ¿O quizá pretenden los líderes del Labour Party, para el caso, que parecen temer, de obtener una mayoría laborista en la Cámara de los Comunes, prepararse una salida destinada a explicar la no realización del «socialismo puro» acogiendo a la falta de preparación de los electores? El diputado laborista Gripps, miembro del Ejecutivo del Labour Party, ha hecho una larga proposición para la unión de todas las fuerzas que quieren derribar a Chamberlain. Cripps pide al Labour Party que se declare públicamente dispuesto a colaborar con todos los grupos y con todos los partidos que aspiran a la caída del gobierno Chamberlain y para que se hagan los preparativos adecuados en las circunscripciones electorales. El programa que propone contiene medidas de considerable importancia contra el paro forzoso y la miseria, para la reorganización de los transportes y de la agricultura bajo la dirección inmediata del Estado, para el control público de los bancos, para preparar la colaboración con América, la Unión Soviética, Francia y las demás potencias pacíficas. La dirección oficial del Labour Party no ha podido oponerse a la proposición de Cripps más que dirigiéndole ataques llenos de bilis y amenazándolo con medidas disciplinarias. Estas amenazas se han convertido en hechos y, a pesar de la violenta protesta de las grandes masas trabajadoras, Cripps ha sido expulsado del Partido. Las masas exigen la caída del gobierno Chamberlain, pero los líderes reaccionarios de Labour Party prefieren combatir a los que se pronuncian en pro de la concentración de todas las fuerzas contra Chamberlain. Es un hecho cierto que Chamberlain conservará el poder mientras el Labour Party no esté dispuesto a constituir contra él un frente eficaz con las demás fuerzas democráticas y progresivas del país.

La crisis interna del Partido Obrero Belga continúa igual.

La política mantenida por el presidente del Consejo «socialista» señor Spaak amenaza con precipitar al P.O.B. de una crisis en otra.

Apenas se hubo negado el Partido Obrero Belga, en su congreso, a aceptar que se entablasen relaciones con Franco, el señor Spaak reanudó, contra todos y a pesar de todo, sus esfuerzos en pro de la política de aproximación a los agresores. Sin preocuparse lo más mínimo de los acuerdos de su propio partido, continuó sus maniobras con Burgos y precipitó al P.O.B. en una nueva y difícil crisis intestina. El resultado de todo esto fué la reunión de un nuevo congreso del P.O.B. en el que Spaak, De Man y otros dirigentes de derecha obtuvieron con gran dificultad una mayoría en pro del envío de un agregado comercial a Burgos. La clase obrera belga tiene en su haber una gran tradición de lucha. El señor Spaak, en calidad de presidente del Consejo socialista, hace que el Partido Obrero Belga sea cómplice de una política reaccionaria, política cuyo tono es el que le da la burguesía de Bélgica.

Stauning sigue las huellas de Spaak.

Los mismos argumentos que Spaak, emplea, para justificar su política de aproximación a los agresores fascistas, el señor Stauning, presidente socialista del Consejo en Dinamarca. En el congreso del Partido socialdemócrata de Dinamarca que acaba de celebrarse, se ha guardado muy bien de decir una palabra acerca de la evidente amenaza que lanza contra Dinamarca y contra los países escandinavos el programa de saqueo de la Alemania nazi. Por eso mismo se arrojó como una fiera contra los comunistas. ¿Quién no conoce la maniobra? Ya es vieja la tentativa de busbarse una coartada ante los ojos de Hitler. Por cuya razón, el señor Stauning recibió las gracias del oficioso *Deutsche Diplomatische Korrespondenz* del gobierno hitleriano, que puso la política de Stauning como ejemplo a todos los pequeños Estados. El órgano hitleriano declaró textualmente :

«Muchos grandes Estados, y muchos pequeños también, que debían declararse resueltamente por la neutralidad y por la no-intervención, harían bien dirigiéndose con arreglo a estos principios.»

¿Puede concebirse un «elogio» más humillante para un gobierno socialdemócrata?

La ofensiva del gran capital americano contra Roosevelt.

En su mensaje al congreso pan-americano, subrayaba fuertemente el presidente Roosevelt que la seguridad exterior del pueblo americano está indisolublemente ligada a la seguridad social de todos cuantos forman parte del pueblo americano. Las democracias son las únicas que pueden contar con el apoyo de las masas populares para defenderse contra sus enemigos. Con arreglo a este principio, el presidente defendió en su mensaje las medidas adoptadas hasta ahora en los Estados Unidos para luchar contra el paro, así como la legislación del trabajo y la legislación social. Las medidas activas tomadas por el gobierno para mejorar la vida económica poniendo a contribución los créditos del gobierno fueron defendidas por Roosevelt con el siguiente argumento : gracias a una política económica activa, podrá el pueblo americano alcanzar una renta nacional de 80 á 90 mil millones

de dólares al año, mientras que la renta de los años de crisis era solamente de 60 mil millones. Sobre esta base se colocó el presidente Roosevelt para defender la continuación de las obras públicas financiadas por el gobierno. Toda la prensa reaccionaria produjo un alboroto infernal, acusando al presidente de convertir el deficit presupuestario en un fenómeno permanente, gracias a su política de financiación de las obras públicas, provocando una inseguridad financiera general. Los grandes capitalistas hicieron que su prensa afirmase que la política financiera de Roosevelt era responsable de que no se invirtiesen bastantes capitales, por lo que la industria pesada había de producir un rendimiento inferior, etc. Al mismo tiempo, los sectores reaccionarios del Partido demócrata han rechazado, de acuerdo con el Partido republicano, las proposiciones del presidente acerca de la continuación de la financia de la lucha productiva contra el paro forzoso. Simultáneamente, la reacción prosigue su campaña contra las demás ramas del seguro contra el paro, contra la legislación del trabajo y la legislación social. La famosa comisión Dies para la lucha contra los manejos antiamericanos se va convirtiendo en un arma de lucha contra el *New Deal*. Aunque el presidente haya acordado privar a la comisión de los medios de continuar su campaña de calumnias contra las fuerzas progresivas del país, los círculos reaccionarios del Partido demócrata y el Partido republicano están de acuerdo en que hay que convertir dicha comisión en un organismo permanente, de modo que pueda continuar, durante otros dos años, calumniando a los elementos progresivos del país, sin perder el apoyo del gobierno. Sin embargo, la ofensiva de los círculos reaccionarios del Partido demócrata y del Partido republicano contra el nivel de vida de las masas populares y contra los derechos conquistados durante los últimos años (particularmente sus ataques contra los seguros sociales contra el paro), acabará por volverse contra sus propios autores. El Partido republicano pudo obtener éxitos en las elecciones verificadas en noviembre último porque adoptó una actitud radicalísima en cuanto al problema nacional, prometiendo acentuar la política del *New Deal*. Ahora, los diputados y los senadores del Partido republicano, cogidos del brazo de los sectores reaccionarios del Partido demócrata, están demostrando cuán engañosas eran sus promesas. El Partido Comunista de los Estados Unidos ha declarado, a propósito del mensaje Roosevelt que no hay que limitarse a defender las reformas precedentemente obtenidas por el *New Deal*, que no hay que darse por satisfechos, quedándose a mitad del camino. Para defender y consolidar lo ya conseguido, hay que tomar otras medidas decisivas contra el capital de monopolio, contra la situación privilegiada de los monopolios privados en la vida económica. En este sentido, el Partido Comunista de los Estados Unidos exige ante todo el control del Estado sobre los bancos y sobre la industria de guerra.

Incertidumbre de las camarillas dirigentes japonesas.

El príncipe Konoye ha dejado al baron Hiranuma el puesto de presidente del Consejo. La crisis del gobierno fué motivada por las

reivindicaciones de los grupos militaristas extremistas que querían avanzar más todavía en la senda de la militarización de la economía japonesa, a lo que intentaron oponerse ciertos elementos liberales del gobierno Konoye. Y Konoye hubo de caer. Parece, sin embargo, que el gobierno Hiranuma no es la última etapa del paso del país al fascismo. Los representantes extremistas de la pandilla militar han reclamado, con mucha más fuerza durante las últimas semanas, la disolución de los antiguos partidos y la constitución de un solo partido totalitario con arreglo al modelo del partido nazi o del partido fascista italiano. En su primera declaración ante el Parlamento, el nuevo presidente, Hiranuma, no ha dejado traslucir sus planes. Los observadores de Tokio creen que el gobierno actual no durará mucho tiempo. El ministro del Interior de Konoye, el almirante Suetsugu, era en el anterior gobierno el más decidido partidario de la inmediata imitación de los partidos fascistas. Por consideración a los antiguos partidos, Hiranuma no ha incluido al almirante en su nuevo gobierno. Suetsugu es, al mismo tiempo, uno de los representantes más notorios de la expansión japonesa en el Sur, en dirección a las colonias inglesas y holandesas. En Tokio, se cree que Suetsugu y los que representan la tendencia más radical en el campo de los militares no abandonarán sus planes. La crisis gubernamental es la manifestación de la incertidumbre general que invade los círculos dirigentes del Japón ante la bancarrota de su política en China y ante el progresivo aislamiento del país.

LA INTERNACIONAL COMUNISTA

Revista mensual

EDICIONES EUROPA-AMERICA

Paris-México-Nueva York

Sección española del BUREAU D'EDITIONS

Pedidos a : **Bureau d'Éditions**, 31, Boulevard Magenta, **Paris**

Editorial Popular, Apart. 2352, **Mexico**

Workers Library Publishers (39 East 12th. Street),
Nueva York

Precio de cada ejemplar :

En Francia, **4 frcs** ; en México, **40 centavos** ;
en los EE. UU. y demás países, **0,15 dólar**

EDICIONES EUROPA-AMERICA

Paris-México-Nueva York

Sección española del BUREAU D'EDITIONS

Acaban de aparecer :

José DÍAZ

Una recopilación de todos los artículos y discursos de José Díaz, Secretario general del P.C. de España, desde 1935 hasta 1939. La mejor historia de la gloriosa lucha del pueblo español contra el fascismo

Un volumen de 700 págs., 18 frcs.

Dolores IBARRURI (Pasionaria)

**EL PUEBLO ESPAÑOL NO
HA SIDO VENCIDO**

El último discurso pronunciado por Pasionaria en Madrid

Un folleto de 16 págs., 50 cts.

Pedidos a :

BUREAU D'EDITIONS
31, Boulevard Magenta, Paris

Printed in France.